



Ödön von Horváth

Juventud sin Dios

Traducción de
Isabel Hernández

Presentación de
Franz Werfel

Nørdicalibros

colección otras latitudes

Ödön von Horváth

Juventud sin Dios

Presentación de Franz Werfel

Edición y traducción de Isabel Hernández



PRESENTACIÓN^[1]

POR FRANZ WERFEL

En los últimos días de mayo del desafortunado año de 1938 nos llegó de repente la increíble noticia de que Ödön von Horváth había muerto. A aquel hombre joven, en la plenitud de la vida, lo había matado un árbol. Había sucedido en medio de París, en los Campos Elíseos, al atardecer, cuando el tráfico era denso. Un golpe de viento quebró de súbito un robusto castaño, podrido por dentro. Horváth, el paseante que deambulaba por allí, fue a parar justo al punto hacia el que la rama partida dirigió su caída. Nadie más resultó herido. El árbol muerto le destrozó la cabeza al escritor.

Esa tarde los periódicos aparecieron con titulares gigantescos: «Bombas en Cantón – Ataque aéreo sobre Granollers – Cientos de víctimas mortales». Pero en los Campos Elíseos un castaño podrido había perpetrado su obra mortal en una cabeza en la que maduraba el conocimiento. En absoluto resulta indiferente cómo y de qué muere un hombre. Todos los amigos de Ödön von Horváth sintieron que esa muerte no era una casualidad. Alguno que otro dijo que esa muerte iba con él. (Y, sin embargo, el ser sosegado y corpulento de aquel hombre aññado parecía estar muy lejos de todo lo repentino y catastrófico). No obstante, con tales observaciones los amigos no hacían otra cosa que liberarse de la abrumadora sospecha de que esa muerte, en realidad, tenía una explicación enigmática.

Hacía unos siete años que el nombre de Ödön von Horváth se había conocido en Alemania. Sus obras de teatro se representaban en los mayores

escenarios de Berlín y cosechaban un éxito entusiasmado en determinadas esferas. Pero a mí me parecía que esas piezas teatrales, con su predilección por las ferias de barrio, las coplas callejeras, los delitos, la maldad, la revelación de los sentimientos, no se salían mucho del marco de la nueva literatura de aquellos años, que no era más que una fría sombra que anticipaba la derrota de la República alemana. Y, sin embargo, algo diferenciaba también a aquellas piezas de los otros intentos mordaces de sus vecinos. En la mirada de Horváth, que miraba a sus personajes con tan poco cariño, tan seco, tan insignificante, había una paz dulce y extraña. Era una mirada sin compasión, pero una mirada desde lo alto.

La singularidad de este individuo y creador de individuos estaba definida desde el mismo principio. Su gran valor quedó probado por primera vez en el drama *El día del Juicio Final*, un trabajo con el que empieza esa serie de obras que culmina en las novelas *Juventud sin Dios* y *Un hijo de nuestro tiempo*, y que se quiebra con inesperada precipitación. Si hasta entonces Horváth, con toda la plenitud de su talento, había observado como norma lo bajo, lo infame, y le había dado forma con una capacidad casi inocente, ahora, de forma inesperada, por un susto fulminante, todo ello se ve fundamentado con hechos y con dolor. La infamia ya no es evidente. Lo satánico produce un reflejo. Surge la idea de la culpa. Un lema nuevo y grande: «El frío tiene la culpa». Este lema rige el último libro del escritor, que tenemos aquí ante nosotros.

Hay talentos ingenuos para los que la vida interior y la conciencia moral suponen un peligro decisivo. La naturaleza de Horváth, aunque absolutamente ingenua, se ha librado de ese peligro. Al contrario, su fuerza para penetrar y descubrir cualquier cosa se ha multiplicado gracias al reconocimiento de la culpa. Las dos novelas superan por ello el resto de lo que ha compuesto. Claro que no estaría bien querer otorgarles el rango de unas obras épicas perfectas. Ese rango no lo poseen en absoluto. Su importancia no está en la perfección artística, sino en la forma única,

inusitada, en la que un individuo prácticamente carente de presuposiciones despierta al horror del presente y al reconocimiento religioso de la culpa por mostrar un desinterés absoluto. Estas obras son aún peldaños. Pero conducen muy alto. Cuando se han subido, se puede medir la grandeza de la pérdida. Ödön von Horváth fue arrancado de golpe, antes de haber reunido sus fuerzas para el último acto. No obstante, el trabajo fragmentario es suficiente para suponer que este escritor había nacido antes que ningún otro para regalar a la novela alemana la agotadora «Demonología del pequeño burgués». *Juventud sin Dios* y *Un hijo de nuestro tiempo* habrían sido, probablemente, los primeros volúmenes de esta «Demonología».

El pequeño burgués, tal como lo dibuja Horváth, es menos el perteneciente a una clase social que el individuo sordo y maniatado, que se resiste al intelecto, menos que el individuo obstinado por antonomasia. Mientras que el que a nivel social está más abajo y también el que está más arriba se abren a la verdad, el individuo del medio lucha enconadamente por que siga existiendo la mentira, pues sin ella perecería. Es el representante del diablo en la tierra, sí, el diablo en persona. Al contrario que el Satanás de Dostoievski, que se reproduce en Iván Karamazóv, el diablo de Horváth prescinde de todo trasfondo espiritual y romántico. Es un diablo pequeño, ordinario. No obstante, su imaginación para lo malvado y lo carente de sentido es inagotable. La voluntad de hacer daño es su fuerza motriz. Incluso en el momento en el que cree estar lamentándose por una amada perdida, comete un asesinato. Como una consecuencia implacable este tipo se presenta a sí mismo en el relato en primera persona. Con esa mano ligera que caracteriza su estilo Horváth muestra la causa y la consecuencia política. Sobre el individuo obstinado que lucha por la persistencia de la mentira descansan todos los actos diabólicos colectivos. Con él se levantan y caen los despotismos totalitarios. Del frío de su corazón sale el gran invierno del mundo que paraliza el tiempo. Pero, al fin y al cabo, la humanidad no se congela, sino él solo, y se convierte en un rígido muñeco de nieve. El símbolo

del frío es un auténtico símbolo, inadvertido y, por eso, hecho de manera convincente. A lo mejor por eso al escritor le sale tan bien, porque en su propio ojo escrutador vive una esquirla de hielo del gran invierno del mundo, imposible de derretir.

En la página 154 de *Un hijo de nuestro tiempo* aparece la frase: «Crece un árbol, un árbol muerto». Un árbol muerto ha matado a Ödön von Horváth, un pedazo de naturaleza muerta en medio de la gran ciudad viva. Sus amigos apenas pueden creer que ya no esté aquí, ese amigo fiel y atento, cuyo corazón ocultaba en secreto tanta bondad, ese sedentario compañero de tragos, cuya gran cara de niño observó cómo se acercaban tantos crepúsculos, ese infatigable caminante que de todos los caminos regresaba siempre a casa con un cargamento de auténticas historias de Horváth. La última semana de su vida había ido a ver a un vidente en Ámsterdam, pues creía mucho en videntes, adivinos, astrólogos, quiromantes y demás magos. El vidente le vaticinó que en París le esperaba la mayor decisión de su vida. Se dirigió a París sin demora. Allí le esperaba de verdad la mayor decisión de su vida.

¡Una muerte curiosa! Los amigos sintieron que esa muerte no era una casualidad. ¿Por qué tuvo que morir Ödön von Horváth? ¿Es que acaso tenía ya en los labios la palabra, ya en la mente la frase que no puede pronunciarse ni escribirse antes de que haya llegado la hora?

Franz Werfel
St. Germain en Lage
29 de junio de 1938

[1] Esta presentación fue escrita por Franz Werfel un mes después de la muerte accidental de Ödön von Horváth, a finales de mayo de 1938, para la edición de *Un hijo de nuestro tiempo* (de próxima aparición en Nórdica). La incluimos en esta edición de *Juventud sin Dios* porque nos parece un excelente texto de presentación de la vida y la obra de Horváth. (N. del E.).

Juventud sin Dios

LOS NEGROS

25 *de marzo*

Sobre mi mesa hay flores. Preciosas. Un regalo de la buena de mi casera, porque hoy es mi cumpleaños.

Pero necesito la mesa y pongo las flores a un lado, y también la carta de mis ancianos padres. Mi madre ha escrito: «En el día en que cumples treinta y cuatro años te deseo, hijo mío querido, todo lo mejor. ¡Que Dios todopoderoso te dé salud, suerte y felicidad!». Y mi padre ha escrito: «En el día en que cumples treinta y cuatro años, hijo mío querido, te deseo todo lo mejor. ¡Que Dios todopoderoso te dé suerte, felicidad y salud!».

La suerte siempre puede necesitarse, me imagino, y sano también estás, gracias a Dios. Toco madera. Pero ¿feliz? No, feliz en realidad no soy. Pero, al fin y al cabo, nadie lo es.

Me siento a la mesa, le quito el corcho a un frasco de tinta roja, me pongo los dedos perdidos y me enfado. ¡Deberían inventar de una vez una tinta con la que fuera imposible mancharse!

No, ciertamente no soy feliz.

«No pienses esas bobadas», digo increpándome. Tienes un puesto seguro con derecho a pensión, y eso, en los tiempos que corren, en los que nadie sabe si mañana la tierra seguirá girando, ¡eso ya es mucho! ¡Cuántos no darían lo que fuera por estar en tu lugar! ¡Con lo escaso que es el porcentaje de candidatos a maestro que realmente pueden llegar a serlo! Da gracias a

Dios por pertenecer al cuerpo de maestros de un instituto de la ciudad y poder llegar a viejo y chocho sin problemas económicos! Puedes llegar incluso hasta los cien años, ¡quizá hasta te conviertas en el habitante más anciano de la patria! Entonces, el día de tu cumpleaños, saldrás en la revista y debajo pondrá: «Aún tiene la cabeza perfecta». ¡Y todo eso con pensión! ¡Piénsalo y no ofendas a nadie!

No ofendo a nadie y empiezo a trabajar.

A mi lado hay veintiséis cuadernos azules, veintiséis chicos, más o menos de en torno a catorce años, ayer, en la clase de Geografía tuvieron que escribir una redacción, yo doy clase, por cierto, de Historia y Geografía.[2]

Afuera aún brilla el sol, ¡qué bien se tiene que estar en el parque! Pero el trabajo es lo primero, corrijo los cuadernos y anoto en mi libreta quién es bueno y quién no.

El tema impuesto por la inspección es: «¿Por qué debemos tener colonias?».[3] Sí, ¿por qué? ¡Pero escuchemos...!

El primer alumno empieza por *b*: se apellida Bauer, de nombre de pila Franz. En esta clase no hay ninguno que empiece por *a*, pero a cambio tenemos cinco con *b*. ¡Cosa extraña tanta *b* con solo veintiséis alumnos! Pero dos bes son gemelos, de ahí lo inusual. Automáticamente echo un vistazo a la lista de apellidos de mi libreta y compruebo que a la *b* casi la alcanza la *s*..., cierto, cuatro empiezan con *s*, tres con *m*, dos con *e*, *g*, *l* y *r*, uno con *f*, *h*, *n*, *t*, *w* y *z*, mientras que ninguno de los chicos empieza con *a*, *c*, *d*, *i*, *o*, *p*, *q*, *u*, *v*, *x* o *y*. [4]

Bueno, Franz Bauer, ¿por qué necesitamos colonias?

«Necesitamos las colonias —escribe—, porque precisamos de numerosas materias primas, porque sin materias primas no podríamos dar trabajo a nuestra industria de primera categoría teniendo en cuenta su esencia intrínseca y su valor, lo cual tendría como consecuencia intolerable que el obrero nativo volvería a quedarse sin empleo». ¡Muy cierto, querido Bauer! «Pero no se trata del obrero», sino... ¿Bauer?, «se trata más bien del conjunto

del pueblo, pues, al fin y al cabo, el obrero también pertenece al pueblo».

Se me pasa por la cabeza que, sin duda, este es, en último término, un descubrimiento magnífico, y, de repente, vuelve a llamarme la atención con cuánta frecuencia nos sirven los saberes antiquísimos como si fueran lemas formulados por primera vez. ¿O es que siempre ha sido así?

No lo sé.

Ahora solo sé que tengo que volver a leer veintiséis redacciones, redacciones que, partiendo de presupuestos erróneos, llegan a conclusiones falsas. Qué bonito sería que lo «erróneo» y lo «falso» se eliminaran mutuamente, pero no lo hacen. Deambulan cogidos del brazo cantando estribillos sin contenido.

¡Como funcionario municipal me cuidaré bien de no hacer ni la más mínima crítica a esta adorable canción! Aunque duela, ¿qué puede hacer un individuo solo contra todos juntos? No puede más que enfadarse en silencio. ¡Y yo no quiero enfadarme más!

¡Corrige de prisa, quieres ir al cine!

Pero ¿qué es lo que escribe N?

«Todos los negros son ladinos, cobardes y vagos».[5]

¡Demasiado absurdo! ¡Lo tacho!

Y voy a escribir con tinta roja en el margen: «¡Generalización ridícula!»..., entonces me detengo. Cuidado, ¿acaso no he oído hace poco en alguna ocasión esta frase sobre los negros? Pero ¿dónde? Exacto: salía del altavoz del restaurante y casi me quitó el apetito.

Así que dejo estar la frase, pues lo que se dice en la radio ningún maestro puede tacharlo del cuaderno.[6]

Y, mientras sigo leyendo, no dejo de oír la radio: susurra, aúlla, ladra, arrulla, amenaza... y los periódicos lo reproducen y los chiquillos lo copian.

Ya he dejado la letra *t* y ahora viene la *z*. ¿Dónde está *W*? ¿He traspapelado el cuaderno? No, *W* ayer estuvo enfermo..., el domingo se pilló una pulmonía en el estadio, cierto, el padre me lo comunicó por escrito como es

debido. ¡Pobre W! ¿Por qué vas también tú al estadio si está diluviando y hace un frío helador?

Se me ocurre que esa pregunta podrías hacértela también a ti mismo, pues el domingo tú también estuviste en el estadio y aguantaste fiel hasta el pitido final, aunque el fútbol que ofrecieron ambos equipos no fue en absoluto de primera. Sí, el juego fue incluso francamente aburrido..., así que ¿por qué te quedaste? ¿Y contigo treinta mil espectadores que habían pagado?

¿Por qué?

Cuando el extremo derecha dribla al lateral izquierdo y centra, cuando el delantero centro lanza el balón al espacio vacío y el portero se tira, cuando el lateral izquierdo deja la defensa y fuerza el juego por el ala, cuando el defensa salva la línea de meta, cuando uno carga de mala manera o hace un gesto caballeroso, si el árbitro es bueno o débil, parcial o imparcial, entonces para el espectador no existe en el mundo nada excepto el fútbol, ya brille el sol, ya llueva o nieve. Entonces lo ha olvidado todo.

¿Qué es «todo»?

Tengo que sonreír: los negros, probablemente...

[2] Las dos asignaturas que los nacionalsocialistas utilizaban preferentemente para difundir sus ideales. El 20 de julio de 1933 se dictaron las líneas directrices para los libros de Historia, por las cuales se introdujo el concepto de «raza» como una de las bases del estudio de la disciplina. *(Esta nota y las siguientes son de la traductora).*

[3] Según las mencionadas directrices, la cuestión colonial se hacía estrictamente necesaria dado que Alemania no disponía de suficiente espacio geográfico tras la pérdida de los territorios coloniales, que ahora, por tanto, era estrictamente necesario recuperar. A ello se unía el peligro que suponía la civilización africana, que estaba entonces empezando a desarrollarse, a la que se igualaba asimismo la judía, definida como resultado de una mezcla de sangre negra y asiática con un pequeño porcentaje europeo.

[4] Con esta reducción de los nombres a su inicial, Horváth juega con la costumbre propia del Tercer Reich de reducir la persona de lo individual al ideal del colectivo anónimo.

[5] Negro también en el sentido de marginado, inadaptado, judío e impuro.

[6] La radio fue el medio de comunicación gracias al que se difundió la ideología fascista, pues, al estar presente en la práctica totalidad de hogares, se veía como el único vehículo posible para conseguir la unificación del pueblo alemán.

LLUEVE

Cuando a la mañana siguiente, tras llegar al instituto, subía las escaleras para ir a la sala de profesores, escuché un tremendo ruido en el segundo piso. Me apresuré hacia allí y vi que cinco chicos, a saber E, G, R, H y T, estaban pegando a otro, a F.

—Pero ¿cómo se os ocurre? —les grité—. ¡Si creéis que tenéis que seguir pegándoos como los de la escuela popular,[7] pegaos al menos uno contra uno, pero cinco contra uno es una cobardía!

Me miraron sin comprenderme, también F, sobre el que se habían echado los cinco.

—¿Qué es lo que os ha hecho? —continué preguntando, pero los héroes no querían hablar, y tampoco el apaleado.

Poco a poco conseguí averiguar que F no había hecho nada a los otros cinco, sino al contrario: los cinco le habían robado su bocadillo, no para comérselo, sino tan solo para que se quedara sin él. Habían tirado el pan al patio por la ventana.

Miro abajo. Ahí está, sobre la piedra gris. Llueve y el panecillo sigue brillando.

Y pienso: «A lo mejor estos cinco no tienen bocadillo y les sienta mal que F sí lo tenga». Pero no, todos tienen sus bocadillos, G incluso dos. Y vuelvo a preguntar:

—¿Por qué habéis hecho eso?

Ni ellos mismos lo saben. Se quedan frente a mí, sonriendo con sorna, perplejos. Sí, el hombre puede ser verdaderamente malvado y eso está ya en la Biblia. Cuando dejó de llover y las aguas del diluvio universal volvieron a retroceder, Dios dijo: «No volveré ya más a maldecir a la tierra por causa del hombre, pues los designios del corazón del corazón humano son malos desde su niñez».[8]

¿Ha mantenido Dios su promesa? Aún no lo sé. Pero ya no pregunto por qué han tirado el pan el patio. Tan solo quiero saber si no han oído nunca que, desde tiempos inmemoriales, desde hace miles y miles de años, desde el comienzo de la civilización, se ha ido formando una ley no escrita, una hermosa ley humana: ¡si os peleáis, entonces peleaos solo uno contra uno!, ¡sed siempre caballerosos! Y me dirijo una vez más a los cinco y pregunto:

—¿No os da vergüenza?

No les da vergüenza. Yo hablo otro idioma. Me miran perplejos, solo el apaleado sonrío. Se ríe de mí.

—Cerrad la ventana —digo—, si no, entrará la lluvia.

La cierran.

¿Qué generación va a ser esta? ¿Una de duros o solo de brutos?

No les digo una palabra más y me dirijo a la sala de profesores. En la escalera me detengo y escucho: ¿estarán peleándose otra vez? No, todo está en silencio. Están perplejos.

[7] El concepto de escuela popular va unido a la idea de la obligatoriedad de la enseñanza y a la necesidad de construir instituciones formativas para las clases más bajas de la población. Aunque la idea se remonta a la Edad Media, fue en el siglo XIX cuando empezó a desarrollarse plenamente en suelo alemán.

[8] Génesis 1, 21.

LOS PLEBEYOS RICOS

De diez a once tenía Geografía. En esa clase he tenido que ponerme con las tareas sobre la cuestión colonial que había corregido el día anterior. Como ya he mencionado, conforme a las ordenanzas no tenía nada que reprochar en cuanto al contenido de las redacciones.

Así pues, mientras repartía los cuadernos a los alumnos, he hablado únicamente de sensibilidad lingüística, ortografía y formalidades. Por ejemplo, a un B le he dicho que no escribiera siempre en el margen izquierdo, a R que los párrafos tenían que ser más largos, a Z que *colonia* se escribe con minúscula, no con mayúscula. Solo al devolverle el cuaderno a N no he podido contenerme:

—Escribes —dije— que nosotros, los blancos, desde el punto de vista de la cultura y la civilización, estamos por encima de los negros, y eso podría ser cierto. Pero lo que no puedes escribir es que no depende de los negros que puedan vivir o no. Los negros también son seres humanos.

Me miró fijamente durante un momento y luego una expresión nada agradable atravesó su rostro. ¿O me lo había parecido a mí? Cogió su cuaderno con la buena nota, se inclinó correctamente y volvió a tomar asiento en su banco.

Pronto me enteraría de que no me lo había parecido.

Justo al día siguiente el padre de N apareció en la hora de tutoría que estaba obligado a tener una vez a la semana para entrar en contacto con los padres.

Preguntaban por los progresos de sus hijos y pedían información sobre todo tipo de problemas educativos, en su mayoría sin importancia. Eran ciudadanos honrados, funcionarios, oficiales, comerciantes. No había ningún obrero entre ellos.

Con algunos padres tenía la sensación de que pensaban igual que yo sobre el contenido de las diferentes redacciones de sus retoños. Pero solo nos mirábamos, sonreíamos y hablábamos del tiempo. La mayoría de los padres eran mayores que yo, uno incluso era un verdadero anciano. El más joven cumplió veintiocho años hace apenas dos semanas. A los diecisiete sedujo a la hija de un industrial, un tipo elegante. Cuando viene a verme, viene siempre en su coche deportivo. La mujer se queda abajo, sentada, y yo puedo verla desde arriba. Su sombrero, sus brazos, sus piernas. Nada más. Pero me gusta. «Tú también podrías tener ya un hijo», pienso entonces, pero me puedo contener de traer a un niño a este mundo. ¡Solo para que lo maten a tiros en una guerra cualquiera!

Ahora tenía ante mí al padre de N. Caminaba muy seguro de sí mismo y me miraba directamente a los ojos.

—Soy el padre de Otto N.

—Me alegro de conocerle, señor N —respondí, me incliné como es debido y le ofrecí asiento, pero él no se sentó.

—Señor maestro —empezó a decir—, el hecho de mi presencia se debe a un asunto extremadamente serio que podría tener consecuencias de peso. Mi hijo Otto me comunicó ayer por la tarde, muy indignado, que usted, señor maestro, había dejado caer una observación un tanto inaudita...

—¿Yo?

—¡Sí, usted!

—¿Cuándo?

—Con ocasión de la clase de Geografía de ayer. Los alumnos habían escrito una redacción sobre los problemas de las colonias y entonces usted le dijo a mi Otto: «Los negros también son seres humanos». ¿Sabe a lo que me

refiero?

—No.

De verdad que no lo sabía. Me miró con gesto inquisitivo. Dios, qué tonto debe ser, pensé.

—Mi presencia —empezó a decir otra vez despacio y con énfasis— se debe al hecho de que yo, desde mi más tierna juventud, he buscado siempre la justicia. Así que le pregunto: ese ominoso juicio sobre los negros, ¿lo manifestó usted en efecto de esa forma y en ese contexto o no?

—Sí —dije y no pude por menos de reírme—. Así que su presencia no sería en vano...

—Tenga la bondad de disculparme, por favor —me interrumpió bruscamente—, ¡no estoy para bromas! ¿Es que acaso no tiene usted claro lo que significa una afirmación así sobre los negros? ¡Es un sabotaje a la patria! ¡Oh, a mí no me la pega! ¡Yo sé muy bien por qué caminos secretos y con qué pérfidas argucias el veneno de su delirio humanista pretende socavar las inocentes almas infantiles!

Aquello ya me pareció el colmo.

—Permítame —dije muy enfadado—, ¡que todos los hombres somos seres humanos es algo que está ya en la Biblia!

—Cuando se escribió la Biblia no había colonias en el sentido en que nosotros las entendemos —me aleccionó firmemente el maestro panadero—. Una Biblia hay que entenderla en sentido figurado, ¡metafóricamente o nada! Señor, ¿acaso cree usted que Adán y Eva existieron en carne y hueso o solo metafóricamente? ¡Pues entonces! ¡No me va a poner usted como excusa a nuestro buen Dios, de eso me cuidaré yo!

—No se cuidará usted de nada —dije y, cortésmente, le acompañé afuera. Fue como echarlo.

—¡Volveremos a vernos en Filipos![9] —me gritó aún y desapareció.

Dos días después yo estaba en Filipos.

El director me había mandado llamar.

—Escuche —dijo—, ha llegado un escrito de la inspección. Un tal N, maestro panadero, se ha quejado de usted. Ha debido de dejar caer usted algunas afirmaciones... Bueno, ya sé lo que es eso y también cómo se originan estas quejas, no tenemos que explicarle nada. Pero, querido colega, es mi obligación llamarle la atención para que no vuelvan a repetirse tales cosas. ¿Se olvida usted de la circular interna 5679 u/33? Tenemos que mantener alejado de los jóvenes todo aquello que pudiera perjudicar sus futuras cualidades militares..., es decir, tenemos que educarlos moralmente para la guerra. ¡Punto!

Miré atentamente al director, se rio y adivinó mis pensamientos. Luego se levantó y anduvo de un lado a otro. Un anciano apuesto, pensé.

—Se asombra usted —dijo de repente— de que toque trompetas de guerra, ¡y se asombra usted con razón! Ahora estará pensando usted: «¡Mirad qué hombre![10] Hace unos años firmaba ardientes mensajes de paz, ¿y hoy? ¡Hoy prepara para la batalla!».

—Sé que lo hace solo por obligación —dije intentando tranquilizarlo.

Escuchó, se paró ante mí y me miró atentamente.

—Joven —dijo todo serio—, tome nota de una cosa: no hay ninguna obligación. Yo podría contradecir al espíritu de la época y dejar que un maestro panadero me encerrara, podría marcharme de aquí, pero no quiero marcharme, ¡por supuesto que no quiero! Porque quiero llegar a la edad de jubilación para poder cobrar toda la pensión.

«Eso sí que es bueno», pensé.

—Me toma usted por un cínico —continuó diciendo mirándome ahora ya de forma muy paternal—. ¡Oh, no! Todos los que pretendíamos llegar a las cimas más altas de la humanidad hemos olvidado una cosa: ¡el momento! El momento en el que vivimos. Querido colega, quien ha visto tantas cosas como yo va comprendiendo poco a poco la esencia de las cosas.

«Con qué facilidad hablas», volví a pensar, tú al menos viviste los buenos años de antes de la guerra. ¿Pero yo? Yo amé por primera vez durante el

último año de guerra y no preguntes qué.

—Vivimos en un mundo plebeyo —dijo asintiendo tristemente con la cabeza—. Piense usted simplemente en la vieja Roma,[11] año 287 antes de Cristo.[12] La lucha entre los patricios y los plebeyos aún no estaba decidida, pero los plebeyos ya habían ocupado puestos muy importantes en el Estado.

—Permítame, señor director —me atreví a replicar—, por lo que yo sé, aquí no es que gobiernen unos pobres plebeyos, sino única y exclusivamente el dinero.

Volvió a mirarme perplejo y sonrió con disimulo:

—Es cierto. ¡Pero ahora mismo voy a ponerle un suspenso en Historia, a usted, señor profesor de Historia! Se le olvida de principio a fin que también había plebeyos ricos. ¿Lo recuerda?

Lo recordaba. ¡Naturalmente! Los plebeyos ricos abandonaron al pueblo y con los patricios, ya algo decadentes, formaron la nueva nobleza pública, los denominados *optimates*.^[13]

—¡No vuelva a olvidarlo!

—No.

[9] Cita libre de la biografía de César contenida en las *Vidas paralelas* de Plutarco, que aparece también en *Julio César* (IV, 3) de Shakespeare. Plutarco refiere que, unos meses antes de la batalla de Filipos, en la Tracia occidental, se le apareció a Bruto una noche una figura enorme y tenebrosa, que volvió a aparecersele justo la noche antes de la batalla. Al preguntarle quién era, la figura le respondió: «Tu espíritu maligno, Bruto; te veré en Filipos». En efecto, el espíritu volvió a aparecersele durante la batalla, tras lo cual Bruto decidió suicidarse, lo que dio la victoria a Octaviano y Antonio.

[10] Juan 19, 5: «¡Aquí tenéis al hombre!». En la traducción de Lutero literalmente: «¡Mirad qué hombre!».

[11] En la obra que recoge su pensamiento ideológico, *Mein Kampf* (*Mi lucha*), Hitler recurría frecuentemente al Imperio romano como modelo de Estado.

[12] El año en que los plebeyos alcanzaron la igualdad política.

[13] Esta era la denominación que se daba a los senadores desde el siglo II a. C., «los mejores».

EL PAN

Cuando entro en la siguiente hora de la clase en la que me había permitido hablar sobre los negros, percibo al instante que algo no está en orden. ¿Acaso los señores han untado la silla de tinta? No. ¿Por qué me miran entonces con tanta malicia?

Uno levanta la mano. ¿Qué pasa? Viene hacia mí, se inclina levemente, me da una carta y vuelve a sentarse.

¿Qué significa esto?

Abro la carta, la leo por encima, quisiera explotar, pero me contengo y hago como si la estuviera leyendo detenidamente. Sí, la han firmado todos, los veinticinco al completo, W sigue enfermo.

«No queremos —pone en la carta— que siga usted dándonos clase, porque, después de lo que ha ocurrido, nosotros, los abajo firmantes, ya no tenemos confianza en usted y pedimos un nuevo profesor».

Contemplo a los abajo firmantes, uno tras otro. Callan y no me miran. Yo reprimo mis nervios y pregunto como de pasada:

—¿Quién ha escrito esto?

Nadie levanta la mano.

—¡No seáis tan cobardes!

No se mueven.

—Muy bien —digo y me levanto—, tampoco me interesa ya quién lo ha escrito, porque habéis firmado todos... Bueno, yo tampoco tengo la más

mínima gana de enseñar en una clase que no confía en mí. Pero creedme, con la mejor de las intenciones quería... —me interrumpo, porque de repente me percató de que uno está escribiendo por debajo del banco.

—¿Qué estás escribiendo ahí?

Intenta esconderlo.

—¡Dámelo!

Se lo quito y sonrío con un gesto de burla. Es una hoja de papel en la que había taquígrafado cada una de mis palabras.

—Vaya, ¿queréis espiarme?

Sonríen con gesto irónico.

Reíd, sí, os desprecio. Por Dios, aquí no se me ha perdido ya nada. ¡Que sea otro el que pelee con vosotros!

Voy a ver al director, le cuento lo sucedido y le pido que me dé otra clase. Sonríe:

—¿Cree usted que los otros son mejores?

Luego me acompaña de vuelta a la clase. Gruñe, grita, los regaña..., ¡un actor magnífico! Que es una desfachatez, dice a rugidos, una bajeza, y que esos caraduras no tienen ningún derecho a exigir otro profesor, que cómo se les ocurre, que si acaso se han vuelto locos, etc. Luego vuelve a dejarme solo.

Ahí están, sentados frente a mí. Me odian. Querrían arruinarme, mi existencia y todo, solo porque no pueden soportar que un negro también sea un ser humano. ¡No sois seres humanos, no!

¡Pero esperad, amigos! No haré que me carguen con una falta disciplinar por vuestra culpa, y menos aún que pierda mi sustento..., no debería tener nada que comer, ¿es eso? ¿Ni vestidos ni zapatos? ¿Ni techo? ¡Eso os gustaría! No, a partir de ahora solo os contaré que no hay más seres humanos que vosotros, ¡os lo contaré hasta que los negros os tengan fritos! ¡Eso es lo que queréis!

LA PESTE

Esa noche no quería irme a dormir. No dejaba de ver ante mí el texto taquigrafiado..., sí, quieren destruirme.

Si fueran indios, me atarían al poste de tortura y me despellejarían, y, sin duda alguna, con la conciencia muy tranquila.

Están convencidos de que tienen razón.

¡Son una panda terrible!

¿O acaso no los entiendo? ¿Es que a mis treinta y cuatro años soy ya demasiado viejo? ¿Es la brecha entre nosotros más profunda que entre otras generaciones?

Hoy en día, creo que es insalvable.

Que esos chicos rechacen todo lo que para mí es sagrado no sería tan malo. Peor es cómo lo rechazan: sin conocerlo. ¡Pero lo peor de todo es que ni siquiera quieren conocerlo!

Cualquier pensamiento les resulta odioso.

¡El ser humano les importa un pito! Quieren ser máquinas, tuercas, ruedas, pistones, correas..., pero aún mejor que máquinas les gustaría ser munición: bombas, proyectiles, granadas. ¡Cómo les gustaría estallar en un campo cualquiera! El nombre en un monumento de guerra es el sueño de su pubertad.

Pero ¡alto! ¿No es acaso una gran virtud esa disposición para el mayor de los sacrificios?

Seguro que sí, si se trata de una causa justa...

¿Y aquí de qué se trata?

«Lo justo es lo que le viene bien a los nuestros», dice la radio. Lo que no nos viene bien es injusto. O sea, que todo está permitido: asesinato, robo, incendio, perjurio..., sí, ¡no solo está permitido, sino que no existe delito alguno si se comete en interés de los nuestros! ¿Esto qué es?

El punto de vista del delincuente.

Cuando, en la antigua Roma, los plebeyos ricos se temieron que el pueblo pudiera llegar a imponer sus demandas de aligerar los impuestos, se replegaron en la torre de la dictadura. Y condenaron a muerte al patricio Manlio Capitolino, que con su fortuna había querido liberar de sus deudas a los deudores plebeyos, y lo arrojaron desde la roca Tarpeya.[14]

Desde que existe la sociedad humana, no ha podido renunciar al delito por razones de supervivencia. Pero los delitos se silenciaban, se encubrían, se sentía vergüenza de ellos.

Hoy en día están orgullosos de ellos.

Es una peste.

Todos estamos infectados, amigo y enemigo. Nuestras almas están llenas de negras bubas, pronto morirán. Entonces seguiremos vivos, pero estaremos muertos.

También mi alma está ya debilitada. Cuando leo en el periódico que uno de ellos ha fallecido, pienso: «¡Poco es! ¡Poco es!».

¿Acaso no he pensado hoy: «A ver si la palmáis todos»?

¡No, ahora no voy a seguir pensando! Ahora me lavo las manos y me voy al café. Allí siempre hay alguien con quien jugar al ajedrez. ¡Venga, fuera ahora mismo de mi cuarto! ¡Aire!...

Las flores que mi patrona me regaló por mi cumpleaños están marchitas. Van a la basura. Mañana es domingo.

En el café no hay nadie conocido. Nadie.

¿Qué hacer?

Me voy al cine.

En el noticiario veo a los plebeyos ricos.[15] Descubren sus propios monumentos, ponen las primeras piedras y pasan revista a sus escoltas. Luego sigue un ratoncillo que vence a los gatos más grandes, y después una emocionante historia policíaca, en la que hay muchos tiros para que triunfen los buenos principios.

Cuando salgo del cine es de noche.

Pero no me voy a casa. Mi cuarto me da miedo.

Enfrente hay un bar, tomaré algo allí si es barato.

No es caro.

Entro. Una señorita quiere hacerme compañía.

—Y... ¿está solo?

—Sí —sonríó—, por desgracia...

—¿Puedo sentarme con usted?

—No.

Se retira ofendida. No quería hacerle daño, señorita. No se enfade usted conmigo, pero estoy solo.

[14] Marco Manlio Capitolino alcanzó la fama al defender el Capitolio en el 387 a. C. ante la invasión de los galos. Nombrado cónsul en el 392 a. C. por su inteligencia y su capacidad para negociar con los plebeyos, fue precisamente su relación con este grupo social la que provocó su condena a muerte en el 384 a. C. La roca Tarpeya, situada al sudoeste del Capitolio, era el lugar en el que se ejecutaban numerosas condenas a muerte.

[15] Antes de la proyección de un largometraje se insertaba un noticiario de finalidad propagandística.

LA ERA DE PISCIS

Cuando me hube bebido el sexto aguardiente pensé que habría que inventar un arma capaz de anular el efecto de cualquier otra, algo así como lo contrario de un arma... ¡ay, si yo fuera inventor, qué cosas no inventaría! ¡Qué feliz sería el mundo!

Pero no soy inventor y ¿qué se perdería el mundo si yo no hubiera divisado nunca su luz? ¿Qué diría el sol al respecto? ¿Y quién viviría entonces en mi cuarto?

¡No hagas preguntas tan tontas, estás borracho! Estás aquí y punto. ¿Qué más quieres, si ni siquiera puedes saber si tu cuarto existiría si no hubieras nacido? ¡A lo mejor tu cama seguiría siendo un árbol! ¡Bueno, venga! ¡Avergüénzate, pedazo de asno, haces preguntas con un halo metafísico, igual que un colegial del año catapún que aún no ha digerido lo que le han enseñado en lo tocante al amor! ¡No investigues en lo que está oculto, bébete mejor tu séptimo aguardiente!

Bebo, bebo... ¡Damas y caballeros, no amo la paz! ¡Deseo la muerte para todos nosotros! Pero no una muerte sencilla, sino una complicada..., ¡habría que volver a introducir las torturas, sí, las torturas! ¡Con extorsiones no se pueden conseguir suficientes confesiones de culpa, porque el hombre es malo!

Después del octavo aguardiente le hago una seña amistosa al pianista, aunque su música me había resultado muy desagradable hasta el sexto. No

me había percatado de que ante mí había un caballero que ya me había dicho dos veces algo. Solo a la tercera lo vi.

Era nuestro Julio César.

En un principio un colega respetado, profesor de lenguas clásicas en el liceo femenino, se metió en un asunto feo. Se lio con una alumna menor de edad y lo encerraron. Durante mucho tiempo no se lo vio; luego oí decir que iba por las casas, de puerta en puerta, vendiendo todo tipo de baratijas. Llevaba un alfiler de corbata grande y llamativo, una calavera en miniatura, con una bombilla dentro, unida a una batería que llevaba en el bolsillo. Cuando le daba a un botón, las cuencas de los ojos de la calavera se encendían de rojo. Esas eran sus bromas. Una existencia fracasada.

No sé cómo sucedió que de repente estuviera sentado a mi lado y nos hubiéramos enzarzado en un acalorado debate. Sí, yo estaba borracho y no me acuerdo más que de algunos retazos de la conversación...

Julio César dice:

—¡Eso que dice usted, apreciado colega, son cosas muy inmaduras! ¡Ya es hora de que converse usted con un hombre que ya no tiene nada que esperar y que, por eso, comprende el cambio generacional de forma íntegra y sin prejuicios! Porque usted, colega, y yo, si los números no engañan, somos dos generaciones, y los granujas de su clase son otra generación, y juntos, si los números no engañan, somos tres generaciones. Yo tengo sesenta años, usted unos treinta y esos granujas unos catorce. ¡Cuidado! Para la actitud de toda una vida las experiencias de la pubertad, en especial para el sexo masculino, resultan decisivas.

—No me aburra —dije.

—¡Aunque le aburra, escúcheme atentamente, de lo contrario me pondré furioso! Bien, el único problema general, y el más importante, de la pubertad de mi generación era la mujer, es decir, la mujer que no conseguíamos. Porque entonces todavía no era como ahora. Por consiguiente, nuestra experiencia más determinante en aquellos días fue la autosatisfacción junto

con todas sus consecuencias pasadas de moda, a saber, con aquel miedo, totalmente carente de sentido como se sabría tiempo después, a las secuelas perjudiciales para la salud, etc. En otras palabras: tropezamos con la mujer y resbalamos en la guerra mundial. Por lo que se refiere entonces a su pubertad, colega, la guerra estaba ya en su punto álgido. No había hombres y las mujeres se volvieron más condescendientes. Ni siquiera tuvisteis que pensar en vosotros mismos, todo el mundo femenino se lanzó hambriento al despertar de vuestra primavera. Para vuestra generación la mujer ya no era una santa; por eso a los que son como vosotros tampoco os satisfará nunca del todo, porque en lo más profundo de vuestras almas anheláis lo puro, lo respetable, lo inaccesible..., en otras palabras: la autosatisfacción. En ese caso, las mujeres tropezaron con vosotros, jóvenes, y patinaron hasta el interior de la masculinidad.

—Colega, es usted un erotómano.

—¿Por qué?

—Porque considera usted toda la creación desde un punto de vista sexual. Claro que ese es un distintivo de su generación, especialmente a su edad..., pero ¡no se quede usted siempre en la cama! ¡Levántese, descorra la cortina, deje que entre la luz y mire conmigo hacia fuera!

—¿Y qué es lo que vemos fuera?

—¡Nada bonito, pero no importa!

—¡Me parece que es usted un romántico enmascarado! Se lo ruego, ¡no me interrumpa más! ¡Siéntese! Llegamos ahora a la tercera generación, la de los que tienen hoy catorce años: para ellos la mujer ya no supone ningún problema, porque ya no hay mujeres de verdad, ¡solo hay monstruos que estudian, que reman, que hacen gimnasia, que desfilan! ¿Se ha dado usted cuenta de que así las mujeres son cada vez menos atractivas?

—¡Es usted un hombre estrecho de miras!

—¿Quién se entusiasmaría por una Venus que lleva mochila? ¡Yo no! Sí, sí, la desgracia de la juventud de hoy es que ya no tiene una pubertad en

condiciones..., erótica, política, moral, etc., ¡todo se ha mezclado, se ha revuelto, todo en un mismo cazo! Y, además, demasiadas derrotas se han celebrado como victorias, con demasiada frecuencia cualquier títere ha apelado a los sentimientos más íntimos de la juventud, mientras, por otro lado, lo tiene todo muy fácil: tan solo tiene que copiar las estupideces que dice la radio y ya tiene las mejores notas. ¡Pero aún quedan algunos, gracias a Dios!

—¿Qué algunos?

Miró temeroso a su alrededor, se inclinó mucho hacia mí y dijo muy bajo:

—Conozco a una dama, cuyo hijo va al instituto. Se llama Robert y tiene quince años. Hace poco leyó un libro concreto, en secreto..., no, no un libro erótico, sino uno nihilista. Se titulaba *De la dignidad de la vida humana* y está estrictamente prohibido.[16]

Nos miramos a la cara. Bebimos.

—Así pues, ¿usted cree que algunos de ellos leen en secreto?

—Lo sé. En casa de esa dama hay de vez en cuando un pequeño círculo de conocidos directos, a menudo ella está completamente fuera de sí. Los chicos lo leen todo. Pero leen solo para poder burlarse. Viven en el paraíso de la tontería y su ideal es la burla. Vienen tiempos fríos, la era de Piscis.

—¿De Piscis?

—Yo solo soy un astrólogo aficionado, pero la tierra gira en el signo de Piscis. Ahí el alma humana se vuelve inmóvil como el rostro de un pez...

Eso es todo lo que he retenido del largo debate con Julio César. Solo sé que, mientras yo hablaba, él a menudo encendía la calavera para irritarme. Pero yo no me dejé, aunque estaba completamente borracho...

Luego me despierto en una habitación desconocida. Estoy en otra cama. Está oscuro y oigo a alguien respirando tranquilamente. Es una mujer..., ajá. Está dormida. ¿Eres rubia, negra, morena, pelirroja? No lo recuerdo. ¿Qué aspecto tienes? ¿Tengo que encender la lámpara? No. Sigue durmiendo.

Me levanto con cuidado y voy a la ventana.

Aún es de noche. No veo nada. Ni calles, ni casas. Solo niebla. Y la luz de una lejana farola que cae sobre la niebla, y la niebla parece agua. Como si mi ventana estuviera bajo el mar.

Ya no miro hacia fuera.

De lo contrario, los peces nadarían junto a la ventana y mirarían al interior.

[16] Se trata de la obra titulada *De hominis dignitate* (1487) del humanista italiano Giovanni Pico della Mirandola (1463-1494), en la que plantea la tesis de que el hombre, aun hecho a semejanza de Dios, es responsable de sus actos. Fue prohibida por la Iglesia el mismo año de su publicación.

EL PORTERO

Cuando llegué a casa por la mañana, mi casera ya me estaba esperando. Estaba muy nerviosa.

—Hay un señor ahí —dijo—. Lleva ya veinte minutos esperándole, le he sentado en el salón. Pero ¿dónde estaba usted?

—En casa de unos conocidos. Viven en las afueras y perdí el último tren, por eso he pasado la noche fuera.

Entré en el salón.

Un hombre bajo y humilde estaba allí, junto al piano. Estaba hojeando las partituras, no lo reconocí de inmediato. Tenía los ojos rojos. «Ha trasnochado», se me pasó por la cabeza. ¿O acaso ha llorado?

—Soy el padre de W —dijo—. ¡Señor maestro, tiene usted que ayudarme, ha sucedido algo horrible! ¡Mi hijo se va a morir!

—¿Cómo?!

—Sí, hoy hace ocho días se pilló un resfriado terrible jugando al fútbol en el estadio, y el médico dice que solo un milagro podría salvarlo, pero no hay milagros, señor maestro. Su madre aún no lo sabe, no me he atrevido a decírselo todavía..., mi hijo solo está consciente de vez en cuando, señor maestro, por lo demás está siempre delirando por la fiebre, pero cuando está consciente siempre está pidiendo ver a alguien...

—¿A mí?

—No, a usted no, señor maestro, quiere ver al portero, al futbolista que, al

parecer, jugó tan bien el domingo pasado, ¡es lo único que tiene en mente! Y he pensado que tal vez usted supiera dónde puedo encontrar a ese portero, tal vez si se le pide que venga...

—Sé dónde vive —dije— y hablaré con él. ¡Váyase a casa, yo llevaré al portero!

Se marchó.

Me cambié rápidamente y me marché también. A casa del portero. Vive cerca de mí. Conozco su tienda de deportes, la lleva su hermana.

Como era domingo, estaba cerrada. Pero el portero vive en la misma casa, en el tercer piso.

En ese momento estaba desayunando. La habitación estaba llena de trofeos. Se dispuso a acompañarme de inmediato. Incluso dejó el desayuno y bajó corriendo las escaleras delante de mí. Cogió un taxi para los dos y no me dejó pagar.

El padre nos recibió en la puerta de la casa. Parecía haberse vuelto aún más bajo.

—No está consciente —dijo con voz queda— y el médico está aquí, pero ¡entren, caballeros! ¡Se lo agradezco muchísimo, señor portero!

La habitación estaba en penumbra y en un rincón había una amplia cama. Allí yacía. Tenía la cabeza toda roja y recordé que era el más bajo de la clase. Su madre también era baja.

El portero, con su altura, se quedó en pie, consternado. Así que ahí yacía uno de sus más nobles admiradores. Uno de los muchos miles que lo aclaman, que más le gritan, que se saben su biografía, que le piden autógrafos, a los que les gusta tanto sentarse detrás de su portería y que él siempre manda a los ordenanzas que los eche de allí. Se sentó en silencio junto a la cama y le contempló.

La madre se inclinó sobre la cama.

—Heinrich —dijo—, está aquí el portero.

El chico abrió los ojos y vio al portero.

—Qué bien —sonrió.

—He venido —dijo el portero— porque querías verme.

—¿Cuándo jugáis contra Inglaterra? —preguntó el chico.

—¡Dios sabrá! —dijo el portero—. ¡En la asociación andan peleándose y la máxima autoridad deportiva no deja de interponerse! Tenemos dificultades con las fechas..., creo que jugaremos antes contra Escocia.

—Contra los escoceses es más fácil...

—¡Ya, ya! Los escoceses disparan increíblemente rápido y desde cualquier posición.

—¡Cuenta, cuenta!

Y el portero le contó. Habló de victorias que se habían hecho famosas y de derrotas inmerecidas, de árbitros estrictos y de jueces de línea corruptos. Se puso de pie, cogió dos sillas, marcó con ellas la portería y le demostró cómo había defendido en una ocasión dos penaltis seguidos. Le enseñó la cicatriz que tenía en la frente y que se había hecho en Lisboa en una parada muy audaz. Y le habló de países lejanos, en los que seguían adorándolo, de África, donde los beduinos se sientan con su arma entre el público, y de la hermosa isla de Malta donde, por desgracia, el terreno de juego es de piedra...

Y mientras el portero contaba, el pequeño W se quedó dormido. Con una sonrisa de dicha, tranquilo y en paz...

El entierro tuvo lugar un miércoles, pasado el mediodía, a la una y media. Brillaba el sol de marzo, la Pascua estaba ya cerca.

Estábamos alrededor de la fosa abierta. El ataúd ya estaba abajo.

El director estaba presente con casi todos los colegas, solo faltaba el de Física, un tipo extraño. El cura pronunció el responso, los padres y algunos parientes permanecieron allí inmóviles. Y en un semicírculo frente a nosotros estaban los compañeros del difunto, toda la clase, los veinticinco.

Junto a la tumba estaban las flores. Una hermosa corona llevaba una cinta de color verde y amarillo con las palabras: «Un último saludo. Tu portero».

Y mientras el cura hablaba de la flor que florece y se quiebra, descubrí a N.

Estaba detrás de L, H y F.

Lo observé. Nada se movía en su rostro.

Entonces me vio.

Es tu enemigo mortal, sentí. Te tiene por un aguafiestas. ¡Ojo cuando se haga mayor! Entonces lo destrozará todo, incluso las ruinas de tu recuerdo.

Desea que fueras tú el que estuviera ahora allí abajo. Y destruirá también tu tumba, para que nadie se entere de que has vivido.

«No puedes dejar que se te note que sabes lo que piensa», se me pasó de repente por la cabeza. Guárdate para ti tus modestos ideales, después de un N vendrán otros más, otras generaciones..., ¡pero no creas, amigo N, que tú sobrevivirás a mis ideales! A mí tal vez.

Y mientras pensaba en esto, sentí que, además de N, otro me estaba mirando fijamente. Era T.

Sonreía en silencio, arrogante y burlón.

¿Acaso ha adivinado lo que pienso?

Dos ojos redondos y claros me contemplan. Sin reflejo, sin brillo.

¿Un pez?

LA GUERRA TOTAL[17]

Hace tres años la inspección decretó una orden por la cual se anulaban en cierto sentido las habituales vacaciones de Pascua. Para todas las escuelas de secundaria se dictó la instrucción de ir de campamento justo después de la Pascua. Por «campamento» se entendía una formación premilitar. Los alumnos tenían que trasladarse por clases durante diez días a lo que ellos llamaban el aire libre de la naturaleza y allí, igual que los soldados, acampar en tiendas, bajo la vigilancia de su tutor. Los instruían oficiales jubilados de bajo rango, tenían que hacer ejercicios, marchar y, a partir de los catorce años, también disparar. Naturalmente los alumnos estaban entusiasmados con ello y nosotros, los maestros, también nos alegrábamos, pues a nosotros también nos gustaba jugar a los indios.

Así pues, los habitantes de un recóndito pueblo pudieron ver cómo llegaba un enorme autobús el martes de Pascua. El conductor tocó el claxon como si llegaran los bomberos, los gansos y las gallinas salieron volando aterrorizados, los perros ladraron y todos echaron a correr a la vez.

—¡Ya están aquí los chicos! ¡Los chicos de la ciudad!

Habíamos salido a las ocho de la mañana de nuestro instituto y eran las dos y media cuando nos detuvimos ante el ayuntamiento.

El alcalde nos saluda, el inspector de policía de forma militar. Naturalmente el maestro del pueblo está presente, y el cura viene también a toda prisa, se ha retrasado, un señor regordete y amable.

El alcalde me muestra en el mapa dónde se encuentra nuestro campamento. A una buena hora de allí si se va tranquilamente.

—El sargento ya está allí —dice el inspector—, dos gastadores han subido las lonas en un camión, ¡esta mañana bien tempranito!

Mientras los chicos bajan y juntan su equipaje, sigo mirando el mapa: el pueblo se encuentra a 761 metros sobre el nivel del lejano mar, estamos ya muy cerca de las altas montañas, muchas de más de dos mil metros. Pero detrás de esas empiezan las más altas y oscuras, las de las nieves eternas.

—¿Qué es esto? —pregunto al alcalde señalando en el mapa un complejo de edificios en el extremo occidental del pueblo.

—Es nuestra fábrica —dice el alcalde—, el aserradero más grande del distrito, pero, por desgracia, el año pasado se cerró. Por razones de rentabilidad —añade sonriendo—. Ahora tenemos muchos parados, es un problema terrible.

El maestro se inmiscuye en la conversación y me explica que el aserradero pertenece a un consorcio y noto que no simpatiza con los accionistas ni con los consejeros de administración. Yo tampoco. El pueblo es pobre, sigue explicándome, la mitad vive del trabajo que hacen en casa con unos sueldos de miseria, indignantes, un tercio de los niños está mal alimentado...

—Sí, sí —sonríe el inspector de policía—, ¡y todo esto en medio de los encantos de la naturaleza!

Antes de salir para el campamento, el cura me lleva a un lado y dice:

—Escuche, mi apreciado señor maestro, tan solo quisiera llamarle la atención sobre un pequeño detalle: a una hora y media de su campamento hay un castillo, el Estado lo ha comprado y ahora hay allí alojadas unas chicas, aproximadamente de la misma edad de sus chicos. Y las chicas se pasan también todo el día y la mitad de la noche yendo de un sitio para otro; tenga un poco de cuidado con esto, que no me llegue ninguna queja —y sonríe.

—Tendré cuidado.

—No se enfade —dijo—, pero cuando ha pasado uno treinta y cinco años

en el confesionario, se vuelve escéptico con una distancia de hora y media. — Se ríe—. ¡Venga a verme alguna vez, señor maestro, me acaban de mandar un vino joven estupendo!

A las tres nos ponemos en marcha. Primero por un desfiladero, luego a la derecha subiendo por una colina. Serpenteando. Volvemos la vista al valle. Huele a resina, el bosque es largo. Por fin va aclarándose un poco: ante nosotros está la pradera, nuestro sitio. Nos acercamos cada vez más a las montañas.

El sargento y los dos gastadores están sentados sobre las lonas jugando a las cartas. Cuando nos ven llegar, se levantan rápidamente y el sargento se presenta ante mí con un saludo militar. Un hombre de unos cincuenta años, en la reserva. Lleva unas gafas sencillas, seguro que no es un mal tipo.

Ahora toca trabajar. El sargento y los gastadores enseñan a los chicos cómo se montan las tiendas, yo también las monto con ellos. En el centro del campamento dejamos libre un cuadrado, ahí izamos nuestra bandera. Al cabo de tres horas la ciudad está en pie. Los gastadores saludan y bajan al pueblo.

Junto al poste de la bandera hay una caja muy grande: ahí dentro están las armas. Se colocan los blancos: soldados de madera con un uniforme extranjero. Llega la noche, encendemos un fuego y guisamos. Nos sabe muy bien y entonamos canciones militares. El sargento se toma un aguardiente y se queda afónico. Ahora sopla el aire de la montaña.

—Viene de los glaciares —dicen los chicos tosiendo.

Pienso en el difunto W.

Sí, tú eras el más pequeño de la clase... y el más amable. Creo que tú habrías sido el único que no habría escrito nada en contra de los negros. Por eso tuviste que marcharte. ¿Dónde estás ahora?

¿Te ha llevado un ángel como en los cuentos?

¿Te llevó volando adonde juegan todos los futbolistas difuntos? ¿Allí donde el portero también es un ángel y, sobre todo, el árbitro que pita cuando alguno vuela tras el balón? Porque en el cielo eso es el fuera de juego.

¿Tienes un buen sitio? ¡Pues claro! Allí arriba todos se sientan en la tribuna, primera fila, mientras que los malvados ordenanzas que te mandaban siempre detrás de la portería están ahora detrás de un montón de gigantes y no pueden ver el terreno de juego...

Se hace de noche.

Nos vamos a dormir.

—¡Mañana empieza lo serio! —dice el sargento.

Duerme en la misma tienda que yo.

Ronca.

Enciendo otra vez mi linterna para ver la hora y, al hacerlo, descubro una mancha de color marrón cobrizo a mi lado, en la pared de la tienda. ¿Qué es esto?

Y pienso en que mañana empieza lo serio. Sí, lo serio. En una caja colocada junto al poste de la bandera está la guerra. Sí, la guerra.

Estamos en el campo.

Y pienso en los dos gastadores, en el sargento de la reserva que todavía tiene que dar órdenes, y en los soldados de madera en los que se aprende a disparar; se me vienen a la cabeza el director, N y su padre, el señor panadero, en Filipos; y pienso en el aserradero que ya no sierra y en los accionistas que, a pesar de ello, ganan más, en el policía que sonrío, en el cura que bebe, en los negros que no deben vivir, en los que trabajan en casa y que no pueden vivir, en la inspección y en los niños mal alimentados. Y en los peces.

Todos estamos en el campo. Pero ¿dónde está el frente?

Sopla el viento nocturno, el sargento ronca.

¿Qué es esta mancha de color marrón cobrizo?

¿Sangre?

[17] Se denominó como «guerra total» a una modificación de la forma de hacer la guerra tipificada por las ideas del general Erich von Ludendorff (1865-1937), jefe del Estado Mayor alemán durante la Primera Guerra Mundial. Según las ideas que plasmó en su

libro homónimo, publicado en 1935, la guerra total suponía la completa subordinación de la política a la guerra, así como la asunción de que la victoria total o la derrota total eran las únicas opciones existentes. En 1943 Goebbels defendió públicamente la guerra total como única forma posible para la victoria: «¡Guerra total, guerra más breve!».

VENUS DESFILANDO

Llega el sol, nos levantamos. Nos lavamos en el arroyo y hacemos té. Después de desayunar el sargento ordena a los chicos que se coloquen según su tamaño en dos filas, una detrás de otra. Se numeran, los divide en secciones y grupos.

—Hoy no vamos a disparar todavía —dice—, hoy solo haremos algunas maniobras.

Controla con mucho rigor si las filas están bien rectas. Guiña un ojo:

—Un poco más hacia delante, un poco más hacia atrás..., el tercero de ahí atrás, sobre todo, ¡está un kilómetro adelantado!

El tercero es Z. Me asombro de lo difícil que es alinearlos y, de repente, oigo la voz de N. Increpa a Z:

—¡Aquí, idiota!

—¡Venga, venga, venga! —dice el sargento—. ¡No hay que ser grosero! Eso era antes, cuando se insultaba a los soldados, pero hoy ya no hay ofensas, toma nota, ¿eh?

N calla. Se pone rojo y me acierta con una mirada furtiva. Siento que podría estrangularme en este mismo momento porque es él el ridiculizado. Me alegra, pero no sonrío.

—¡Regimiento..., en marcha! —ordena el sargento y entonces se pone en marcha el regimiento.

Delante los mayores, detrás los pequeños. Pronto han desaparecido en el

bosque.

Dos se han quedado conmigo en el campamento, un M y un B. Pelan patatas y hacen la sopa. Las pelan con un mudo entusiasmo.

—¡Señor maestro! —me llama de repente M—. ¡Mire lo que viene marchando por allí!

Miro en esa dirección: en formación militar unas veinte chicas marchan hacia nosotros, llevan pesadas mochilas y, a medida que se acercan, oímos que están cantando. Entonan canciones militares con aguda voz de soprano. B ríe a carcajadas. Entonces ven nuestro campamento y se detienen. La que las dirige habla a las chicas y luego viene sola hacia nosotros. Son unos doscientos metros. Yo le salgo al encuentro.

Nos presentamos, ella es maestra en una ciudad de provincias más grande y las chicas están en su clase. Ahora viven en un castillo, así que son las mismas de las que me advirtió el cura.

Acompaño a mi colega de vuelta, las chicas me miran fijamente, como vacas en el prado. No, el señor cura no tiene que preocuparse de nada, pues, siendo justos, esas criaturas no tienen un aspecto seductor.

Sudadas, sucias y descuidadas no le ofrecen al espectador una visión nada agradable.

La maestra parece adivinar mis pensamientos, al menos en lo tocante a leer los pensamientos es una mujer, y me plantea lo siguiente:

—No tenemos en cuenta ni los oropeles ni las baratijas, le damos más valor al principio de rendimiento que al principio de ofrecimiento.

No quiero discutir con ella sobre el nulo valor de los diferentes principios, solo digo:

—¡Ajá! —y pienso que, al lado de esos pobres animales, incluso N es un ser humano.

—Es que somos amazonas —continúa diciendo la maestra.

Pero las amazonas no son más que una leyenda y vosotras, por desgracia, sois realidad. ¡Un montón de hijas de Eva mal guiadas!

Se me viene a la mente Julio César.

No puede entusiasmarse con ninguna Venus que lleve mochila. Yo tampoco...

Antes de seguir marchando la maestra me cuenta aún que hoy por la mañana las chicas van a buscar al piloto desaparecido. ¿Cómo? ¿Es que ha caído alguno? No, «buscar al piloto desaparecido» es un nuevo juego deportivo de defensa para las jóvenes. En algún lugar entre los matorrales se esconde un gran cartón blanco, las chicas se dispersan entre los matorrales en pelotones y buscan y rebuscan el cartón.

—Está pensado para un caso de guerra —añade explicándomelo—, para que puedan movilizarnos rápidamente si cae alguno. En el interior, naturalmente, porque, por desgracia, las mujeres no van al frente.

¡Por desgracia!

Luego siguen su marcha, en formación militar. Las sigo con la mirada: de tanto marchar, las piernas cortas se han vuelto más cortas. Y más gordas.

¡Pero desfilad, madres del futuro!

MALA HIERBA

El cielo es suave, la tierra pálida. El mundo es una acuarela titulada *Abril*.

Doy la vuelta al campamento y sigo luego por un sendero. ¿Qué es lo que hay detrás de la colina?

El camino hace una amplia curva, esquiva los matorrales. El aire está sereno, como el descanso eterno. Nada cruje, nada zumba. La mayoría de los escarabajos aún están durmiendo.

Detrás de la colina, en una hondonada hay una solitaria casa de labranza. No se ve a nadie. Hasta el perro parece haberse marchado. Estoy a punto de bajar, entonces me paro sin querer, porque de repente diviso tres figuras tras el seto, en el estrecho camino que pasa por delante de la casa. Son niños que se esconden. Dos chicos y una chica. Los chicos podrían tener unos trece años, la chica puede que dos años más. Están descalzos. ¿Qué están haciendo allí? ¿Por qué se esconden? Aguardo. Ahora uno de los chicos se levanta y se dirige a la casa; de repente se estremece y vuelve a acurrucarse rápidamente tras el seto. Oigo el traqueteo de un carro. Una carreta de madera tirada por pesados caballos pasa lentamente de largo. Cuando ya no se la ve, el chico vuelve a encaminarse hacia la casa, se sitúa ante la puerta y llama. Debe de haber llamado con un martillo, pienso, porque ha retumbado mucho. Se queda escuchando y los otros dos también. La chica se ha estirado y mira por encima del seto. «Es alta y delgada», pienso. Ahora el chico vuelve a llamar, todavía más fuerte. Entonces la puerta de la casa se abre y aparece una

anciana campesina, camina encorvada sobre un bastón. Mira a su alrededor, como si estuviera husmeando. El chico no dice una sola palabra. De repente la anciana grita:

—¿Quién está ahí?!

¿Por qué grita si el chico está delante de ella? Ahora vuelve a gritar:

—¿Quién está ahí?!

Pasa al lado del chico tanteando con el bastón, parece no verlo..., ¿es que es ciega? La chica señala la puerta abierta, parece como si fuera una orden y el chico se cuela de puntillas en el interior de la casa. La anciana se detiene y escucha. Sí, es ciega. Ahora se oye un ruido en la casa, como si se hubiera roto un plato. La ciega se estremece tanto que da miedo y grita:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Entonces la chica se abalanza sobre ella y le tapa la boca, el chico aparece en la puerta con una rebanada de pan y un jarrón, la chica le quita a la anciana el bastón de la mano..., bajo a toda velocidad. La ciega se tambalea, tropieza y cae, los tres chicos han desaparecido.

Me cuido de la anciana, está lloriqueando. Un campesino viene corriendo, ha oído el griterío y me ayuda. La metemos en la casa y le cuento al campesino lo que he visto. No está especialmente sorprendido.

—Sí, sí, han hecho que la abuela saliera para poder entrar por la puerta abierta, es siempre la misma chusma, solo que no los pillan. ¡Roban como urracas, toda una banda de ladrones!

—¿Niños?!

—Sí —asiente con la cabeza el campesino—, también han robado ya allí, en el castillo, donde están las chicas. No hace mucho, la mitad de la colada. ¡Cuídese de que no le hagan a usted una visita en el campamento!

—¡No..., no! ¡Ya tenemos cuidado!

—Los creo capaces de todo. ¡Son mala hierba y habría que exterminarlos!

EL PILOTO DESAPARECIDO

Regreso al campamento. La ciega se ha tranquilizado y me ha dado las gracias. ¿Por qué? ¿Es que acaso no se entiende que no la dejara en el suelo? ¡Qué sociedad tan embrutecida la de estos niños!

De repente me detengo porque tengo una sensación muy rara. En absoluto me indigno por ese acto de barbarie, ni mucho menos por el pan robado, tan solo lo condeno. ¿Por qué no estoy enfadado? ¿Porque son niños pobres que no tienen nada que comer? No, no es eso.

El camino hace una gran curva y yo la atajo. Puedo permitírmelo con toda tranquilidad, porque tengo un buen sentido de la orientación y encontraré el campamento.

Atravieso los matorrales. Aquí hay malas hierbas y crecen bien. No puedo dejar de pensar en la chica, cómo se estira y mira por encima del seto. ¿Es ella la cabecilla de los ladrones? Me gustaría verle los ojos. ¡No, no soy ningún santo!

La espesura es cada vez mayor.

¿Qué es lo que hay allí?

Un cartón blanco. En él pone con letras rojas: «Avión». ¡Ah, el piloto desaparecido! Aún no lo han encontrado.

¿Así que caíste aquí? ¿Fue en combate o la defensa antiaérea? ¿Eras bombardero? Ahora estás ahí, destrozado, quemado, carbonizado. ¡Cartón, cartón!

¿O acaso sigues vivo? ¿Estás gravemente herido y no te encuentran? ¿Eres un enemigo o uno de los nuestros? ¿Para qué mueres ahora, piloto desaparecido? ¡Cartón, cartón!

Y entonces oigo una voz:

—Nadie puede cambiarlo... —es la voz de una mujer.

Triste y cálida. Suena como si viniera de la espesura.

Con cuidado retiro las ramas.

Ahí están sentadas dos de las chicas del castillo. Con sus piernas, cortas y regordetas. Una tiene un peine en la mano, la otra llora.

—¿Y a mí qué me importa el piloto desaparecido? —dice entre sollozos—. ¿Por qué tengo yo que ir correteando por el bosque? ¡Mira lo hinchadas que tengo las piernas, no quiero seguir marchando! ¡Por mí como si se muere el piloto desaparecido, yo también quiero vivir! ¡No, yo quiero largarme de aquí, Annie, largarme! ¡No tener que volver a dormir en el castillo, es una cárcel! ¡Quisiera lavarme, peinarme y cepillarme el pelo!

—Estate tranquila —la consuela Annie y le peina cariñosa el pelo grasiento retirándoselo del rostro lleno de lágrimas—. ¿Qué podemos hacer nosotras, pobres niñas? Hasta la maestra ha estado llorando en secreto hace poco. Mamá dice siempre que los hombres se han vuelto locos y son los que hacen las leyes.

Escucho atentamente. ¿Los hombres?

Ahora Annie le besa la frente a su amiga y yo me avergüenzo. ¡Qué rápido se me han acabado hoy las burlas!

Sí, tal vez la mamá de Annie tenga razón. Los hombres se han vuelto locos, y a los que no se han vuelto locos les falta el valor para meter en sus camisas de fuerza a esos que están fuera de sí.

Sí, tiene razón.

Yo también soy un cobarde.

¡VETE A CASA!

Entro en el campamento. Las patatas están peladas, la sopa echa humo. El regimiento está de vuelta en casa. Los chicos están alegres, únicamente el sargento se queja de dolor de cabeza. Se ha esforzado demasiado, pero no quiere admitirlo. De repente pregunta:

—¿Cuántos años me echa usted, señor maestro?

—Unos cincuenta.

—Sesenta y tres —sonríe halagado—, en la guerra mundial incluso estuve en la reserva.

Temo que ahora empiece a contar sus experiencias de guerra, pero mis temores son vanos.

—Mejor no hablemos de guerra —dice—, tengo tres hijos adultos.

Pensativo contempla las montañas y se traga una aspirina. Un ser humano.

Le cuento lo de la banda de ladrones. Se levanta de un salto y hace que los chicos se aproximen de inmediato. Suelta una arenga a su regimiento: por la noche se pondrán guardias, cuatro chicos cada dos horas. Este, oeste, sur, norte, porque hay que defender el campamento, ¡tierra con sangre, hasta el último hombre!

Los chicos gritan entusiasmados:

—¡Hurra!

—Qué raro —dice el sargento—, ya no me duele la cabeza...

Después del almuerzo bajo al pueblo. Tengo que arreglar algunas

cuestiones con el alcalde: algunas formalidades y el abastecimiento de provisiones, pues no se pueden hacer maniobras sin comer.

En el despacho del alcalde me encuentro al cura y no deja de insistir en que tengo que ir con él a probar su nuevo vino, que es excelente. Me gusta beber y el cura es un tipo agradable.

Atravesamos el pueblo y los campesinos saludan al cura. Me lleva a la parroquia por el camino más corto. Ahora doblamos por una calle lateral. Aquí ya no hay campesinos.

—Aquí viven los que trabajan en casa —dice el cura levantando la vista al cielo.

Las casas grises están muy pegadas unas a otras. En las ventanas abiertas hay un montón de niños de rostro blanco y envejecido pintando muñecos de colores. A sus espaldas todo está oscuro.

—Ahorran luz —dice el cura y añade después—: No me saludan, los han incitado contra mí.

De repente acelera el paso. Yo lo sigo de buena gana.

Los niños me miran perplejos, de una manera fija, muy extraña. No, no son peces, eso no es burla, eso es odio. Y tras el odio está la tristeza en esos cuartos oscuros. Ahorran luz porque no tienen luz. La casa parroquial está junto a la iglesia. La iglesia es un edificio austero, la casa parroquial tiene un aspecto muy plácido. Alrededor de la iglesia está el cementerio, alrededor de la casa hay un jardín. En la torre de la iglesia suenan las campanas, de la chimenea de la casa sale un humo azul. En el jardín de la muerte crecen flores blancas, en el jardín del cura crecen las verduras. Allí hay cruces, aquí hay un enano de jardín. Y un ciervo acostado. Y una seta.

En el interior de la casa parroquial reina la limpieza. Ni una motita de polvo vuela por el aire. Al lado, en el cementerio, todo se convierte en polvo.

El cura me lleva a la más bonita de sus habitaciones.

—¡Siéntese, voy por el vino!

Baja al sótano, me quedo solo.

No me siento.

De la pared cuelga un cuadro.

Lo conozco.

También está en casa de mis padres.

Son muy devotos.

Fue durante la guerra, entonces abandoné a Dios. Era pedir demasiado a un chico en la edad del pavo que comprendiera que Dios permite una guerra mundial.

Sigo mirando el cuadro.

Dios cuelga de la cruz. Está muerto. María llora y Juan la consuela. Un relámpago atraviesa el cielo negro. Y a la derecha, en primer plano, hay un soldado, con casco y coraza, el capitán romano.

Y mientras contemplo el cuadro siento nostalgia de la casa de mis padres.

Quisiera volver a ser pequeño.

Mirar por la ventana cuando hay tormenta.

Cuando las nubes están muy bajas, cuanto truena, cuando graniza.

Cuando el día se apaga.

Y recuerdo mi primer amor. No quisiera volver a verla.

¡Vete a casa!

Y recuerdo el banco en el que me sentaba y pensaba: «¿Qué quieres ser? ¿Maestro o médico?».

Antes que médico prefería ser maestro. Antes que curar enfermos, quería dar algo a los sanos, una piedra diminuta para construir un futuro más hermoso.

Las nubes pasan, ahora llega la nieve.

¡Vete a casa!

A casa, donde naciste. ¿Qué sigues buscando en el mundo?

Mi profesión ya no me hace sentir alegre.

¡Vete a casa!

EN BUSCA DE LOS IDEALES DE LA HUMANIDAD

El vino del cura sabe a sol. Pero la tarta, a incienso. Estamos sentados en un rincón.

Me ha enseñado su casa.

Su cocinera está gorda. Seguro que cocina bien.

—Yo no como mucho —dice el cura de repente.

¿Es que ha adivinado mis pensamientos?

—A cambio bebo más —dice sonriendo.

Yo no puedo reírme bien. El vino me sabe y no me sabe. Hablo y me paro, siempre cohibido. Pero ¿por qué?

—Sé lo que tiene en mente —dice el cura—. Está usted pensando en los niños de las ventanas, que pintan muñecos y no me saludan.

Sí, en los niños también estoy pensando.

—Al parecer le sorprende que adivine sus pensamientos, pero no me resulta difícil, pues el señor maestro de aquí, del pueblo, no ve otra cosa más que a esos niños. Discutimos allí donde nos encontramos. Conmigo se puede hablar tranquilamente, no soy de esos curas que no escuchan o que se enfadan, yo hago lo que san Ignacio, que dice: «Con cada hombre entro por su puerta para sacarlo luego por la mía».[18]

Río un poco y callo.

Se termina el vaso.

Lo miro expectante. Aún sigo sin entender.

—La causa de la miseria —continúa diciendo— no consiste en que el vino me sepa bien, sino en que el aserradero ya no sierre. Nuestro maestro opina que, debido al veloz desarrollo de la técnica, necesitamos otros medios de producción y un control de la propiedad completamente nuevo. Tiene razón. ¿Por qué me mira usted tan sorprendido?

—¿Puede hablarse con franqueza?

—¡Únicamente!

—Pienso que la Iglesia está siempre del lado de los ricos.

—Eso es verdad. Porque es lo que debe hacer.

—¿Lo que debe hacer?

—¿Conoce usted algún Estado en el que no gobiernen los ricos? «Ser rico» no es solo lo mismo que «tener dinero»... y cuando ya no haya ningún accionista del aserradero, entonces serán otros ricos los que gobiernen, no se necesitan acciones para ser rico. Siempre habrá valores de los que algunos tendrán más que todos los demás juntos. Más estrellas en el cuello, más galones en la manga, más condecoraciones en el pecho, visibles o invisibles, porque siempre habrá pobres y ricos, igual que tontos y listos. Y a la Iglesia, señor maestro, por desgracia no se le ha concedido el poder de determinar cómo se debe gobernar un Estado. Pero es su obligación estar siempre del lado del Estado, que, por desgracia, siempre será gobernado únicamente por los ricos.

—¿Su obligación?

—Como el hombre es por naturaleza un ser social, está destinado a una relación en familia, comunidad y Estado. El Estado es una institución puramente humana, que solo puede tener la finalidad de construir la felicidad humana en la medida de sus posibilidades. Es necesario por naturaleza, es decir, deseado por Dios, obedecerlo a Él, una obligación de conciencia.

—¿No pretenderá usted afirmar que, por ejemplo, el Estado actual procura, en la medida de sus posibilidades, dichas terrenales?

—No lo afirmo en modo alguno, pues toda la sociedad humana está

edificada sobre el amor propio, la hipocresía y el burdo poder. ¿Qué dice Pascal?:[19] «Anhelamos la verdad y en nosotros tan solo encontramos incertidumbre. Buscamos la felicidad y no encontramos más que miseria y muerte». Se asombra usted de que un sencillo cura de pueblo cite a Pascal..., bueno, no debe usted asombrarse, porque yo no soy un sencillo cura de pueblo, me han trasladado aquí solo por un tiempo. Como suele decirse, un traslado en cierto modo disciplinario... —Sonríe—. ¡Sí, sí, rara vez es santo alguien que no ha pecado, rara vez sabio quien no haya sido tonto! Y sin esas pequeñas tonterías de la vida ninguno de nosotros estaría en el mundo.

Se ríe bajito, pero yo no me río con él.

Vuelve a acabarse el vaso.

De repente pregunto:

—Entonces, si el orden del Estado es deseado por Dios...

—¡Falso! —me interrumpe—. No el orden del Estado, sino el Estado es el que es necesario por naturaleza, es decir, deseado por Dios.

—¡Pero si es lo mismo!

—No, no es lo mismo. Dios creó la naturaleza, es decir, que es deseado por Dios lo que es necesario por naturaleza. Pero las consecuencias de la creación de la naturaleza, es decir, en este caso, el orden del Estado, es un producto del libre albedrío humano. O sea, que únicamente el Estado es deseado por Dios, pero no el orden estatal.

—¿Y si un Estado se desintegra?

—Un Estado no se desintegra jamás, a lo sumo se descompone su estructura social para dejar sitio a otra. El Estado en sí siempre sigue existiendo, incluso si el pueblo que lo conforma perece. Porque entonces llega otro.

—¿O sea, que el desmoronamiento de un orden estatal no es necesario por naturaleza?

Sonríe:

—A veces un desmoronamiento así es incluso deseado por Dios.

—Entonces ¿por qué la Iglesia se pone siempre de parte de los ricos cuando la estructura social de un Estado se desmorona? Es decir, en nuestros tiempos, ¿por qué la Iglesia siempre se pone del lado de los accionistas del aserradero y no del lado de los niños de las ventanas?

—Porque los ricos siempre ganan.

No puedo contenerme:

—¡Qué linda moral!

Se queda tan tranquilo.

—Pensar bien es el principio de la moral.[20]

Vuelve a vaciar el vaso.

—Sí, los ricos siempre vencerán porque son los más brutales, los más infames y los menos escrupulosos. Está ya en las Escrituras que pasará un camello por el ojo de una aguja mucho antes de lo que entrará un rico en el cielo.[21]

—¿Y la Iglesia? ¿Pasará por el ojo de la aguja?

—No —dice volviendo a sonreír—, eso sería prácticamente imposible. Pues la Iglesia es el ojo de la aguja.

Este curilla es endemoniadamente listo, me digo, pero no tiene razón. ¡No tiene razón! Y digo:

—Así que la Iglesia sirve a los ricos y no piensa en luchar por los pobres...

—También lucha por los pobres —me interrumpe—, pero en otro frente.

—En uno celestial, ¿no?

—También puede uno caer allí.

—¿Quién?

—Jesucristo.

—¡Pero si Él era Dios...! ¿Y entonces qué ocurrió?

Me llena el vaso y mira al frente, pensativo.

—Es bueno —dice muy bajo— que a la Iglesia hoy en día no le vaya bien en muchos países. Bueno para la Iglesia.

—Es posible —respondo brevemente dándome cuenta de que estoy

nervioso—. ¡Pero volvamos a esos niños de las ventanas! Cuando íbamos por la calle dijo usted: «No me saludan, los han incitado contra mí». Usted es un hombre listo, tiene que saber que a esos niños no los han incitado, sino que no tienen nada que comer.

Me mira asombrado.

—Yo creía que los habían incitado —dijo despacio— porque ya no creen en Dios.

—¿Cómo puede pedirles eso?

—Dios va por todas las calles.

—¿Cómo puede ir Dios por todas las calles, ver a los niños y no ayudarlos? Calla. Lentamente apura el vino. Luego vuelve a mirarme asombrado:

—Dios es lo más horrible del mundo.

Lo miro fijamente. ¿He oído bien? ¡¿Lo más horrible?!

Se pone en pie, va hacia la ventana y mira al cementerio.

—Él castiga —le oigo decir.

Pero ¿qué Dios tan miserable es ese, me digo, que castiga a los pobres niños?

Ahora el cura va de un lado a otro.

—No hay que olvidarse de Dios —dice—, aunque no sepamos por qué nos castiga. ¡Si al menos nunca hubiéramos tenido libre albedrío!

—¡Ah, se refiere usted al pecado original!

—Sí.

—Yo no creo en él.

Se detiene ante mí.

—Entonces tampoco cree usted en Dios.

—Eso es. No creo en Dios... Escuche —digo rompiendo de repente el silencio porque ahora tengo que hablar—, yo doy clases de Historia y sé muy bien que antes del nacimiento de Cristo también existía un mundo, el mundo antiguo, la Hélade, un mundo sin pecado original...

—Creo que se equivoca usted —dice interrumpiéndome y se acerca a su

estantería. Hojea un libro—. Ya que enseña usted Historia seguro que no tengo que contarle quién fue el primer filósofo griego, quiero decir, el más antiguo.

—Tales de Mileto.

—Sí. Pero su figura sigue siendo aún una leyenda a medias, no sabemos nada concreto de él. El primer documento escrito que conocemos de la filosofía griega es de Anaximandro, también de la ciudad de Mileto..., nacido en el año 610, fallecido en el 547 antes de Cristo. No es más que una frase.

Se dirige a la ventana, pues ya está empezando a anochecer, y lee:

—«En donde nacen las cosas, ahí mismo también han de perecer según su propio destino; porque deben expiar y pagar por la culpa de su existencia de acuerdo con el orden del tiempo».[22]

[18] Se refiere a una carta que el fundador de la orden jesuita, san Ignacio de Loyola (1491-1556), envió a los padres Salmerón y Broët en 1541. En ella recomienda actuar como el diablo cuando quiere atrapar a alguien en sus redes a fin de ganar un alma para la Iglesia. San Ignacio fue soldado antes de sufrir sus experiencias místicas, y tal vez por ello se convirtió en un modelo histórico para Heinrich Himmler, que dispuso las SS siguiendo la estructura de la Compañía de Jesús. La doctrina de la obediencia y el culto a la organización lo fascinaron sobremanera, hasta el punto de que algunos de sus compañeros llegaron a denominarle como «el jesuita negro». Hitler también lo llamaba «mi Ignacio de Loyola».

[19] Se refiere a Blaise Pascal (1623-1662), el filósofo, matemático y físico francés, quien en 1654, tras una experiencia mística, se retiró a un monasterio y, debido a su estado de salud, no pudo concluir la obra que pensaba llevar a cabo en defensa del cristianismo, de la que nos legó tan solo algunos fragmentos publicados póstumamente, en 1679, con el título de *Pensées sur la religion* (*Reflexiones acerca de la religión*).

[20] Esta idea aparece recogida en los *Pensamientos* de Pascal.

[21] Mateo 19, 24.

[22] Horváth cita a Anaximandro por una versión incorrecta que traduce «la injusticia» de las cosas como «la culpa» de las cosas (en griego, *adikaia*), una idea nietzscheana nacida del fin de la existencia primigenia y la individuación de los elementos.

EL CAPITÁN ROMANO

Ya llevamos cuatro días en el campamento. Ayer el sargento les explicó a los chicos el mecanismo del arma, cómo se cuida y cómo se limpia. Hoy están todo el día limpiando, mañana dispararán. Los soldados de madera ya están esperando a que les den.

Los chicos se sienten muy bien, el sargento algo menos. En estos cuatro días ha envejecido diez años. Dentro de otros cuatro parecerá mucho mayor de lo que es. Además se ha torcido un pie y es probable que se haya hecho un esguince, porque va cojeando.

Pero se traga los dolores. Solo a mí me contó ayer, antes de dormir, que le gustaría mucho volver a jugar a los bolos, a jugar a las cartas, a dormir en una buena cama, a pellizcarle el trasero a una camarera maciza, en resumen, a estar en casa. Luego se durmió y se puso a roncar.

Sonó que era general y que había ganado una batalla. El emperador le había dado todas sus condecoraciones y él mismo se las había colgado en el pecho. Y en la espalda. Y la emperatriz le había besado los pies.

—¿Qué significa todo eso? —me preguntó muy temprano.

—Es probable que se trate de un sueño oculto —digo.

Dice que jamás en su vida ha deseado que una emperatriz le bese los pies.

—Se lo voy a escribir a mi mujer —dijo pensativo—, ella tiene un libro de sueños. Que mire lo que significan general, emperador, condecoración, batalla, pecho y espalda.

Mientras estaba escribiendo delante de nuestra tienda, se presentó uno de los chicos, L, muy excitado.

—¿Qué ocurre?

—¡Me han robado!

—¡¿Robado?!

—Me han robado la cámara, señor maestro, ¡mi cámara de fotos!

Estaba completamente fuera de sí.

El sargento me miró. ¿Qué hacer?, decía su mirada.

—Haga que formen —dije, pues no se me ocurrió nada mejor.

El sargento asintió complacido, fue cojeando hasta el espacio abierto en el que ondeaba la bandera y rugió igual que un viejo venado:

—¡Regimiento..., formen filas!

Me volví hacia L:

—¿Tienes alguna sospecha?

—No.

El regimiento había formado filas. Los interrogué, nadie pudo decir nada. Fui con el sargento hasta la tienda en la que dormía L. Su saco de dormir estaba justo a la entrada, a la izquierda. No encontramos nada.

—Yo daría por descartado —le dije al sargento— que uno de los chicos sea el ladrón, porque, de ser así, se habría producido ya algún robo durante el curso. Creo más bien que los centinelas que hemos puesto no han cumplido bien con su deber, de manera que la banda de ladrones ha podido colarse aquí dentro.

El sargento me dio la razón y decidimos controlar las guardias la noche siguiente. Pero ¿cómo? Aproximadamente a unos cien metros del campamento había un almiar. Pasaríamos allí la noche y desde allí controlaríamos a los centinelas. El sargento de nueve a una y yo de una a seis.

Después de cenar nos escabullimos fuera del campamento. Ninguno de los chicos nos ha visto. Me pongo cómodo sobre el montón de heno...

A la una de la madrugada me despierta el sargento.

—Hasta ahora todo en orden —me anuncia.

Me bajo del montón de heno y me apuesto a la sombra de la cabaña. ¿A la sombra? Sí, porque es noche de luna llena.

Una noche deliciosa.

Veo el campamento y reconozco a los centinelas. Ahora los relevarán.

Están de pie o caminan unos pasos de un lado a otro.

Este, oeste, norte, sur..., uno a cada lado. Vigilan sus cámaras fotográficas.

Y, estando así sentado, se me viene a la cabeza el cuadro que cuelga en casa del cura y también en la de mis padres.

Las horas pasan.

Enseño Historia y Geografía.

Tengo que explicar la forma de la Tierra y su historia.

La Tierra sigue siendo redonda, pero las historias tienen cuatro ángulos.[23]

Ahora estoy aquí sentado sin poder fumar, porque estoy vigilando a los vigías.

Es verdad: mi profesión ya no me agrada.

¿Por qué se me ha vuelto a venir a la cabeza ese cuadro?

¿Por el crucificado? No.

Por su madre... no. De repente lo veo claro: por el guerrero con el casco y la coraza, por el capitán romano.

Pero ¿qué es lo que pasa con él?

Él dirigió la ejecución de un judío. Y cuando el judío murió, dijo:

—¡Cierto es que así no muere un ser humano!

Así que reconoció a Dios.

Pero ¿qué hizo? ¿Qué consecuencias sacó de ello?

Se quedó de pie, tan tranquilo, bajo la cruz.

Un relámpago atravesó la noche, la cortina del templo se rasgó, la tierra tembló..., siguió en pie.

Reconoció al nuevo Dios al morir en la cruz, y supo entonces que su mundo estaba condenado a muerte. ¿Y?

¿Acaso cayó en alguna guerra? ¿Acaso supo que caía por nada?
¿Seguía alegrándole su profesión?
¿O acaso llegó a viejo? ¿Lo jubilaron? ¿Vivió en Roma o en algún lugar de la frontera que era más barato?

A lo mejor tenía allí una casita. Con un enano de jardín. Y por la mañana su cocinera le contaría que el día anterior, al otro lado de la frontera, habían vuelto a aparecer nuevos bárbaros. La Lucía, la del mayor, los había visto con sus propios ojos.

Nuevos bárbaros, nuevos pueblos.

Se arman, se arman. Esperan.

Y el capitán romano sabía que los bárbaros lo destruirían todo. Pero no le conmovía. Para él ya todo estaba destruido.

Vivía tranquilamente como pensionista, había sabido ver lo que iba a venir.

El gran Imperio romano.

[23] Es posible que se trate de una alusión del autor a la cruz gamada utilizada por los nacionalsocialistas como símbolo de su interpretación de la realidad marcada ideológicamente.

LA PORQUERÍA

Ahora la luna está situada justo sobre las tiendas.

Deben ser cerca de las dos. Y pienso que los cafés aún están llenos.

¿Qué estará haciendo ahora Julio César?

¡Estará iluminando su calavera hasta que se lo lleve el diablo!

Qué raro: creo en el diablo, pero no en el buen Dios.

¿De verdad que no?

No lo sé. Sí, ¡sí lo sé! ¡No quiero creer en él! ¡No, no quiero!

Es mi libre albedrío.

Y la única libertad que me ha quedado: poder creer o no creer.

Pero claro, oficialmente, hacer como que sí.

Según: unas veces sí, otras no.

¿Qué dijo el curilla?: «El oficio del sacerdote consiste en preparar al individuo para la muerte, pues cuando el hombre ya no tenga miedo alguno a la muerte, la vida le resultará más fácil».

¡De eso no se cansará nunca!

«De esta vida de miseria y de contradicciones —dijo el curilla— no nos salvará más que la gracia divina y la fe en la revelación».[24] ¡Excusas!

«Seremos castigados y no sabemos por qué».

¡Pregunta a los que gobiernan!

¿Y qué más dijo el curilla?

«Dios es lo más terrible del mundo».

¡Es cierto!...

Los pensamientos que atravesaban mi corazón eran adorables. Salían de la cabeza, se disfrazaban de sentimientos, bailaban y apenas se rozaban.

Un baile elegante. Círculos exclusivos. ¡Sociedad!

Las parejas giraban a la luz de la luna.

La cobardía con la virtud, la mentira con la justicia, la compasión con la fuerza, la malicia con el valor.

La única que no bailaba era la razón.

Se había emborrachado, tenía la moral por los suelos y no paraba de decir entre sollozos:

—¡Soy boba, soy boba!

Lo vomitó todo.

Pero se alejaron de allí bailando.

Escucho atentamente la música del baile.

Tocan una cancioncilla titulada «El individuo en la porquería». Separados por lengua, raza y nación, los montones están unos al lado de otros y se miran fijamente para ver quién es más grande. Apestan, así que todos tienen que taparse la nariz.

¡Un montón de porquería! ¡Todo porquería!

¡Usadla para abono!

¡Abonad la tierra para que crezca algo!

¡Pero no os adoréis por ello!

¡No adoréis la porquería que habéis comido!

[24] Cf. Apocalipsis 22, 12: «Mirad: vengo enseguida; y traigo aquí el salario conmigo, para dar a cada uno según sean sus obras».

Z Y N

Casi me olvidé de mi obligación: estar sentado ante un almiar sin poder fumar y controlar a los centinelas.

Miro hacia abajo: ahí están, haciendo guardia.

Este y oeste, norte y sur.

Todo en orden.

Pero ¡alto! Ahí está pasando algo...

¿Pero qué?

En el norte. El centinela de allí está hablando con alguien. ¿Y quién es el centinela?

Es Z.

¿Y con quién está hablando?

¿O acaso es solo la sombra de un abeto?

No, no es una sombra, es una figura.

Ahora la luna brilla sobre ella: es un chico. Un chico desconocido.

¿Qué está pasando ahí?

Parece que el desconocido le da algo, luego desaparece.

Z no se mueve durante un breve espacio de tiempo, se queda allí completamente quieto.

¿Está escuchando algo?

Mira a su alrededor con cautela y luego saca una carta del bolsillo.

¡Ajá, ha recibido una carta!

La abre rápidamente y lee a la luz de la luna.

Vuelve a guardársela de inmediato.

¿Quién escribe a Z?...

Se hace de día y el sargento pregunta si he percibido algo sospechoso. Le digo que no he percibido absolutamente nada y que los centinelas han cumplido con su obligación.

No digo nada de la carta, porque aún no sé si esa carta tiene algo que ver con la cámara de fotos robada. Tengo que averiguarlo antes y hasta que no se haya demostrado, no quiero que recaiga sobre Z ninguna sospecha.

¡Si pudiera leer la carta!

Cuando entramos en el campamento los chicos nos reciben asombrados. Que cuándo hemos salido del campamento.

—En mitad de la noche —miente el sargento—, y completamente erguidos, pero ninguno de vuestros centinelas nos ha visto, debéis prestar más atención, pues con una vigilancia tan miserable se nos van a llevar todo el campamento, las armas, la bandera y todo aquello por lo que estamos aquí.

Luego hace que el regimiento forme filas y pregunta si alguno ha percibido algo sospechoso.

Nadie dice nada.

Yo observo a Z.

Está en pie sin moverse.

¿Qué es lo que pone en la carta?

Ahora la tiene en el bolsillo, pero la leeré, tengo que leerla.

¿Debo preguntarle directamente? No tendría ningún sentido. Lo negaría simple y llanamente, luego rompería la carta, la quemaría y yo no podría leerla jamás.

A lo mejor incluso la ha destruido ya.

¿Y quién era el chico desconocido? ¿Un chico que aparece a las dos de la mañana, a una hora de camino del pueblo? ¿O es que acaso vive en la casa de labranza con la anciana ciega? Pero entonces también..., cada vez veo con

mayor claridad que debe pertenecer a la banda de ladrones. A la mala hierba.
¿Es que Z también es mala hierba? ¿Un delincuente?

Tengo que leer la carta, ¡tengo..., tengo que leerla!

Poco a poco la carta se va convirtiendo en una idea fija. ¡Pum!

Hoy disparan por primera vez.

¡Pum! ¡Pum!...

Por la tarde viene a verme R.

—Señor maestro —dijo—, se lo ruego por lo que más quiera, me gustaría dormir en otra tienda. Los dos con los que estoy ahora no paran de pelearse, ¡no se puede dormir!

—¿Y quiénes son esos dos?

—N y Z.

—¿Z?

—Sí. ¡Pero siempre empieza N!

—¡Diles a los dos que vengan aquí!

Se marcha y llega N.

—¿Por qué estás siempre peleándote con Z?

—Porque no me deja dormir. Siempre me despierta. En mitad de la noche enciende la vela.

—¿Por qué?

—Porque se pone a escribir sus bobadas.

—¿Es que escribe?

—Sí.

—¿Y qué escribe? ¿Cartas?

—No. Escribe un diario.

—¿Un diario?

—Sí. Es bobo.

—Por eso no tiene que ser uno un bobo.

Me sorprende una mirada aniquiladora.

—Escribir un diario es la expresión típica de la típica sobrevaloración del

propio yo —dice.

—Puede que sea verdad —respondo cauteloso, pues en ese instante no logro recordar si la radio ha dicho ya tal idiotez.

—Z se ha traído una cajita a propósito, en ella guarda el diario bajo llave.

—¡Dile a Z que venga aquí!

N se marcha, llega Z.

—¿Por qué estás siempre peleándote con N?

—Porque es un plebeyo.

Me quedo perplejo y no puedo por menos de pensar en los plebeyos ricos.

—Sí —dice Z—, es que no puede soportar que uno piense en sí mismo. Entonces se pone furioso. Yo llevo un diario y está metido en una cajita: hace poco ha querido forzarla, por eso ahora siempre la escondo. Por el día en el saco de dormir, por la noche la sujeto en la mano.

Lo observo.

Y le pregunto despacio:

—¿Y dónde está el diario cuando estás de guardia?

En su rostro no se mueve nada.

—De vuelta en el saco de dormir —responde.

—¿Y en ese diario escribes todo lo que te pasa?

—Sí.

—¿Lo que oyes, lo que ves? ¿Todo?

Se sonroja.

—Sí —dice en voz baja.

¿Debo preguntarle ahora quién le escribió la carta y qué pone en ella? No. Porque ya está decidido que leeré el diario.

Se marcha y yo lo sigo con la mirada.

Ha dicho que piensa en sí mismo.

Leeré sus pensamientos. El diario de Z.

ADÁN Y EVA

El regimiento volvió a ponerse en marcha poco después de las cuatro. Esta vez incluso el personal de cocina tuvo que marchar, pues el sargento tenía la intención de enseñarles a todos cómo se esconde uno en la tierra y dónde resulta la tierra más apropiada para hacer trincheras y refugios. Desde que cojea, prefiere explicar.

Así no se quedó nadie en el campamento, solo yo.

Tan pronto como el regimiento desapareció en el bosque, entré en la tienda en la que dormía Z junto con N y R.

En la tienda había tres sacos de dormir. En el de la izquierda había una carta. No, ese no era. «Señor Otto N —ponía en el sobre—, remitente: señora Elisabeth N»... ¡Ajá, la mujer del maestro panadero! No pude resistirlo, ¿qué le escribía mamá a su niñito?

Escribía: «Mi querido Otto: gracias por tu postal. A padre y a mí nos alegra mucho que te encuentres bien. Sigue así, solo ten cuidado con tus calcetines para que no vuelvan a confundirlos. ¿Así que dentro de dos días empezáis a disparar? ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo! Padre dice que pienses en él cuando hagas tus primeros disparos, pues él era el mejor tirador de su compañía. Imagínate, Mandi murió ayer. Un día antes estaba aún brincando tan alegre y tan contento en su jaulita y alegrándonos con sus trinos. Y hoy está muerto. No sé, se está propagando la enfermedad de los canarios. El pobrecito estiró las patitas, lo he quemado en el fogón. Ayer tomamos un

exquisito lomo de venado con arándanos rojos. Nos acordamos de ti. ¿Te dan también bien de comer? Padre te envía saludos muy cordiales, tienes que seguir informándole de si el maestro vuelve a soltar cosas como aquellas sobre los negros. ¡No bajas la guardia! ¡Padre le romperá la crisma! Mi querido Otto, te envía saludos y besos tu querida mamá».

En el saco de dormir de al lado no había nada escondido. Así que aquí dormía R. Entonces la cajita tiene que estar en el tercero. Y allí estaba.

Era una cajita de hojalata azul y tenía una cerradura muy sencilla. Estaba cerrada con llave. Traté de abrir la cerradura con un alambre.

Pude hacerlo con mucha facilidad.

En la cajita había cartas, postales y un libro forrado en verde... «Mi diario», ponía en letras doradas. Lo abrí. «Por Navidad, de tu madre». ¿Quién era la madre de Z? Me parece que la viuda de un funcionario o algo así.

Luego venían las primeras entradas, algo sobre un árbol de Navidad..., seguí hojeando, ya estamos después de Pascua. Al principio escribía todos los días, luego solo cada dos o tres, después cada cinco o seis... y aquí, ¡aquí está la carta! ¡Esta es! ¡Un sobre arrugado, sin dirección, sin sello!

¡Rápido! ¡¿Qué es lo que pone?!

«Hoy no puedo ir, iré mañana sobre las dos. Eva».

Eso era todo.

¿Quién es Eva?

Solo sé quién es Adán.

Adán es Z.

Y leo el diario:

«Miércoles.

»Ayer llegamos al campamento. Estamos todos muy contentos. Ahora es de noche, ayer no logré ponerme a escribir porque estábamos todos muy cansados de montar las tiendas. También tenemos una bandera. El sargento es un viejo tonto, no se entera cuando nos burlamos de él. Andamos más deprisa que él. Al maestro, gracias a Dios, no lo vemos casi nunca. Tampoco se

preocupa de nosotros. Anda siempre con cara de aburrido. N también es tonto. Acaba de decirme a gritos por segunda vez que apague la vela, pero no lo voy a hacer, porque, de lo contrario, no me pondré con el diario y quiero tener un recuerdo para toda la vida. Esta tarde hemos hecho una marcha muy larga, hasta las montañas. De camino allí hemos pasado por delante de unas rocas en las que hay muchas cuevas. De repente el sargento nos ordenó que, formando los pelotones en línea, avanzáramos a través de la espesura contra un enemigo definido que se había atrincherado en un cerro con pesadas ametralladoras. Nos abrimos, distanciándonos mucho unos de otros, pero la espesura se volvía cada vez más frondosa y de pronto no vi ya a nadie ni a derecha ni a izquierda. Me había perdido y estaba aislado. En ese instante estaba otra vez ante una roca con una cueva, creo que había estado andando en círculo. De repente veo ante mí a una chica. Tenía el cabello de un color rubio oscuro y llevaba una blusa rosa, y me extrañó mucho de dónde y, sobre todo, cómo había llegado hasta allí. Me preguntó quién era. Se lo dije. Había además dos niños, los dos descalzos y harapientos. Uno llevaba una rebanada de pan en la mano, el otro una jarra. Me miraron con cara de pocos amigos. La chica les dijo que se fueran a casa, que iba a enseñarme el camino para salir de la espesura. Yo me alegré mucho al oírlo y ella me acompañó. Le pregunté dónde vivía y dijo que detrás de la roca. Pero en el mapa militar que yo tenía no había allí ninguna casa, ni tampoco en toda la zona. Dijo que el mapa estaba mal. Así llegamos hasta la linde de la espesura y, muy a lo lejos, pude ver el campamento. Allí se detuvo y me dijo que ahora debía regresar y que me daría un beso si yo no le decía a nadie en el mundo que me la había encontrado allí. ¿Por qué?, pregunté. Porque no quería, dijo. Le dije que estaba de acuerdo y me dio un beso en la mejilla. Eso no vale, dije, un beso solo vale en la boca. Me dio un beso en la boca. Al hacerlo me metió la lengua. Le dije que era una cerda y que qué estaba haciendo con la lengua. Entonces se rio y volvió a darme otro beso igual. Me la quité de encima. Entonces cogió una piedra y me la tiró. Si me hubiera dado en la cabeza,

ahora estaría muerto. Se lo dije. Ella dijo que no le importaría. Entonces te colgarían, dije. Ella dijo que lo harían de todos modos. De repente me sentí mal. Dijo que me acercara. No quería ser cobarde y me acerqué. Entonces me cogió de repente y volvió a meterme otra vez la lengua en la boca. Entonces me puse furioso, cogí una rama y la golpeé. Le di en la espalda y en los hombros, pero no en la cabeza. No hizo ni un ruido y se desplomó. Allí estaba. Me asusté mucho, porque pensé que a lo mejor estaba muerta. Me acerqué a ella y la toqué con la rama. No se movió. Si está muerta, pensé, la dejo ahí y hago como si no hubiera pasado nada. Iba ya a marcharme, pero entonces me di cuenta de que estaba fingiendo porque parpadeó para mirarme. Volví a acercarme rápidamente. Cierto, no estaba muerta. He visto ya muchos muertos, tienen un aspecto completamente diferente. Ya con siete años vi a un policía y a cuatro obreros muertos, fue durante una huelga. Bueno, espera, pensé, lo que tú quieres es asustarme, pero vas a levantarte de un salto..., con cuidado le agarré el borde de la falda y la levanté de golpe. No llevaba bragas. Pero seguía sin moverse y tuve una sensación completamente diferente. Sin embargo, de súbito, se levantó de un brinco y tiró de mí con todas sus fuerzas. Eso ya lo conozco. Nos amamos. Justo al lado había un hormiguero enorme. Y luego le prometí que no le diría a nadie que me la había encontrado. Se marchó corriendo y me olvidé por completo de preguntarle cómo se llama.

»Jueves.

»Hemos puesto guardias debido a la banda de ladrones. N vuelve a decirme a gritos que apague la vela. Si vuelve a gritarme otra vez me lo cargaré de un puñetazo... Ahora le he dado uno. No me lo ha devuelto. El tonto de R ha gritado como si se lo hubiera dado a él, ¡el muy cobarde! Lo único que me molesta es no haber quedado en nada con la chica. Me hubiera gustado volver a verla y volver a hablar con ella. Esta mañana la sentía debajo de mí mientras el sargento ordenaba «arriba» y «abajo». No puedo dejar de pensar en ella. Lo único que no me gusta es su lengua. Pero ella dijo que era la

costumbre. Como ir deprisa al conducir un coche. ¡Qué sensación la del sentimiento amoroso! Creo que tiene que ser algo parecido a volar. Pero seguro que volar es aún más bonito. No lo sé, me gustaría que ahora estuviera a mi lado. Si estuviera aquí..., estoy tan solo... Por mí que me meta la lengua en la boca.

»Viernes.

»Pasado mañana iremos a disparar, ¡por fin! Esta tarde me he peleado con N, le voy a matar. R también se ha llevado algo, ¿para qué se pone en medio el muy idiota? Pero todo eso ya no me importa, en lo único que pienso es en ella y hoy todavía más. Porque esta noche ha venido. De repente, mientras estaba de guardia. Primero me asusté, luego me alegré muchísimo y me avergoncé de haberme asustado. Ella no se ha dado cuenta de nada, ¡gracias a Dios! Olía maravillosamente, a algún perfume. Le pregunté de dónde lo había sacado. Dijo que de una droguería del pueblo. Tiene que haber sido caro, dije. Oh, no, dijo ella, no ha costado nada. Luego volvió a abrazarme y nos quedamos juntos. Entonces me preguntó qué íbamos a hacer. Le dije que amarnos. Que si nos amaríamos a menudo, preguntó. Sí, dije, muy a menudo. Que si no era una pérdida. No, ¿cómo podía decir algo así? Porque pasaba la noche conmigo. Ninguna chica es santa, dije. De repente vi una lágrima en su mejilla, la luna le iluminaba el rostro. ¿Por qué lloras? Y dijo que porque todo estaba oscuro. ¿Y qué? Y me preguntó si yo también la amaría si fuera un alma perdida. ¿Qué es eso? Y me dijo que no tenía padres y que a los doce años se hizo criada, pero el señor siempre la andaba rondando, que ella se había defendido y entonces, en una ocasión, robó dinero para poder largarse de allí porque la señora siempre le estaba dando bofetadas por culpa del señor, y que entonces la metieron en un reformatorio, pero que se había escapado de allí y ahora vivía en una cueva y que robaba todo lo que se encontraba. Que cuatro chicos del pueblo que ya no querían pintar más muñecos estaban con ella, pero que ella era la mayor y la cabecilla. Pero yo no podía decirle a nadie que lo era, porque entonces volverían a meterla en el

reformatorio. Y me dio mucha pena y, de repente, sentí que yo tenía alma. Pero que no debía pensar mal si en ese momento, mientras ella estaba conmigo, robaban algo en el campamento. Le dije que no pensaría mal de ella, pues éramos uno. Luego tuvimos que separarnos porque pronto irían a relevarme. Que al día siguiente volveríamos a encontrarnos. Ahora ya sé cómo se llama. Eva.

»Sábado.

»Hoy ha habido un gran alboroto porque a G le han robado la cámara de fotos. ¡No importa! Su padre tiene tres fábricas y la pobre Eva tiene que vivir en una cueva. ¿Qué va a hacer cuando sea invierno? N está gritando otra vez por la luz. Voy a molerlo a palos. ¡Apenas puedo esperar a que sea de noche y venga! Me gustaría vivir con ella en una tienda, pero sin campamento, ¡completamente solos! El campamento ya no me agrada. Nada de eso me importa.

»¡Oh, Eva, siempre estaré aquí para ti! ¡No volverán a meterte en un reformatorio, en ninguno, te lo juro! ¡Te protegeré siempre! N me dice a gritos que me va a destrozar la cajita, mañana, ¡que se atreva! Porque aquí dentro están mis más íntimos secretos, que no le importan nada a nadie. ¡Aquel que toque mi cajita morirá!».

CONDENADO

«¡Aquel que toque mi cajita morirá!».

Leo la frase dos veces y no puedo por menos de reír.

¡Cosas de niños!

Y trato de pensar en lo que he leído, pero no lo consigo. Desde la linde del bosque llega el sonido de la trompeta, tengo que darme prisa, el regimiento se acerca. Rápidamente vuelvo a meter el diario en la cajita y trato de cerrarla con llave. Giro el alambre de un lado a otro. ¡En vano! Ya no se puede cerrar, he estropeado la cerradura..., ¿qué hago?

Estarán aquí enseguida, los chicos. Meto la cajita abierta en el saco de dormir y dejo la tienda. No me ha quedado más remedio. Ahora llega el regimiento.

Z marcha en la cuarta fila.

Así que tienes una chica y se llama Eva. Y tú sabes que tu amada roba. Pero, aun con eso, juras que siempre la protegerás.

No puedo por menos de volver a reír. ¡Cosas de niños, cosas de niños penosas!

Ahora el regimiento se detiene y rompen filas.

Ahora conozco tus «más íntimos secretos», pienso, pero, de repente, ya no soy capaz de reír. Porque veo al abogado. Está hojeando sus actas. La acusación es por robo y encubrimiento. No solo Eva, también Adán debe justificarse. Habría que arrestar a Z ahora mismo.

Voy a decírselo al sargento y a informar a los gendarmes. ¿O acaso debo hablar primero a solas con Z?

Ahora está allí enfrente con las cazuelas, informándose de qué le darán hoy de comer. Le van a echar de la escuela y la chica regresará al reformatorio.

Los encerrarán a los dos.

¡Adiós, futuro, querido Z!

Hombres mucho más grandes han tropezado ya con el amor, que también es necesario por naturaleza y, por tanto, también Dios lo ha querido.

Y vuelvo a oír al curilla:

«Dios es lo más terrible del mundo».

Y escucho un ruido horrible, gritos y golpes. Todos se lanzan hacia una tienda.

Es la tienda de la cajita. Z y N se están peleando y casi no se les puede separar.

N está rojo, sangra por la boca.

Z está blanco.

—¡N le ha abierto su cajita! —me dice a gritos el sargento.

—¡No! —grita N—. ¡Yo no he hecho nada, yo no!

—¿Y quién si no?! —grita Z—. Dígaselo usted mismo, señor maestro, ¿quién si no podría haberlo hecho?

—¡Es mentira, es mentira!

—¡Lo ha roto él y nadie más! Ya me había amenazado con que me la iba a destrozarse.

—¡Pero yo no lo he hecho!

—¡Silencio! —El sargento suelta de repente un rugido.

Todo queda en silencio.

Z no pierde de vista a N.

«Aquel que toque su cajita morirá», se me pasa de repente por la cabeza. Involuntariamente levanto la vista.

Pero el cielo está en calma.

Siento que Z podría matar a N.

También N parece sentirlo. Se vuelve hacia mí abatido.

—Señor maestro, quisiera dormir en otra tienda.

—Está bien.

—De verdad que yo no he leído su diario. ¡Ayúdeme, señor maestro!

—Te ayudaré.

Ahora Z me mira. No puedes ayudarle, lo dice en su mirada.

Sé que he condenado a N.

Pero es que yo solo quería saber si Z iba con los bandidos y no quería que recayeran sobre él sospechas a la ligera, por eso abrí la cajita.

¿Por qué no digo sin más que he sido yo el que ha leído el diario?

¡No, ahora no! ¡No aquí delante de todos! Pero lo voy a decir. ¡Seguro! Solo que no delante de todos, ¡me da vergüenza! Se lo diré a solas. ¡De hombre a hombre! Y también voy a hablar con la chica, esta noche, cuando se encuentren. Le diré que no vuelva a dejarse ver nunca más, y a ese tonto de Z le lavaré el cerebro como es debido..., ¡ahí quedará todo! ¡Fin del asunto!

Como un ave de rapiña la culpa va trazando sus círculos. Nos atrapa rápidamente.

Pero absolveré a N.

Tampoco ha hecho nada.

E indultaré a Z. Y también a la chica.

¡No voy a dejar que me juzguen inocente!

Sí, Dios es terrible, pero yo le ajustaré las cuentas. Con mi libre albedrío.

Bien ajustadas.

Voy a hacer que nos salvemos todos.

Y, mientras pienso estas cosas, siento que alguien me está observando.

Es T.

Dos ojos claros y redondos me contemplan. Sin luz, sin brillo.

¡El pez!, siento un escalofrío.

Continúa mirándome, igual que entonces, en el entierro del pequeño W.
Sonríe en silencio, con superioridad, con sorna. Extrañamente rígido.
¿Es que sabe que he sido yo el que ha abierto la cajita?

EL HOMBRE DE LA LUNA

El día se me hizo largo. Por fin se puso el sol.

Llegó el atardecer y esperé a la noche. Anocheció y salí a hurtadillas del campamento. El sargento ya estaba roncando, no me vio nadie. Claro que la luna llena brillaba aún sobre el campamento, pero, procedentes del oeste, las nubes pasaban formando oscuros jirones. Una y otra vez todo se ponía negro y cada vez pasaba más tiempo hasta que volvía la luz plateada.

Allí donde el bosque casi roza las tiendas, allí estará Z de guardia. Allí me senté entonces, detrás de un árbol. Veía perfectamente al centinela. Era G.

Anduvo un rato de un lado a otro.

Por encima descansaban las nubes, abajo todo parecía dormir. Por encima bramaba un huracán, abajo no se movía nada.

Tan solo de vez en cuando crujía una rama.

Entonces G se detuvo y miró fijamente al bosque.

Le miré a los ojos, pero él no podía verme.

¿Tiene miedo?

En el bosque siempre pasa algo, sobre todo de noche.

Pasó el tiempo.

Ahora llega Z.

Saluda a G y este se va.

Z se queda solo.

Mira cauteloso a su alrededor y luego levanta la vista hacia la luna.

Hay un hombre en la luna, recuerdo de repente, que, sentado en el pico, se fuma una pipa sin preocuparse de nada.[25] Solo de vez en cuando nos escupe a los de abajo. A lo mejor tiene razón.

Él sabrá lo que hace...

Alrededor de las dos y media apareció por fin la chica y con tanto sigilo que me percaté de ella cuando ya estaba con él. ¿De dónde había salido?

Simplemente estaba allí.

Ahora ella lo abraza y él la abraza a ella.

Se besan.

La chica está de espaldas a mí y no puedo verlo. Tiene que ser más alta que él...

Ahora iré y hablaré con los dos. Me levanto con cuidado para que no me oigan. Porque si no, la chica se me escapará.

Y yo quiero hablar también con ella.

Siguen besándose.

Es mala hierba y hay que erradicarla, se me viene de pronto a la cabeza.

Veo a una anciana ciega que tropieza y cae.

Y no puedo dejar de pensar en la chica, en cómo se estira y mira por encima del seto.

Tiene que tener una espalda muy bonita.

Quisiera verle los ojos...

Entonces pasa una nube y todo se oscurece.

No es grande la nube, pues tiene un borde plateado. En cuanto la luna vuelve a brillar, voy hacia allá. Ahora vuelve a brillar, la luna.

La chica está desnuda.

Él está arrodillado ante ella.

Es muy blanca.

Espero.

Cada vez me gusta más.

¡Ve! ¡Di que tú abriste la cajita! ¡Tú, no N! ¡Ve, ve!

No voy.

Ahora él está sentado en el tronco de un árbol y ella sobre sus rodillas.

Tiene unas piernas preciosas.

¡Ve!

Sí, enseguida...

Y llegan nuevas nubes, más negras, más grandes. No tienen bordes dorados y cubren la tierra. El cielo ha desaparecido, no veo nada.

Escucho con atención, pero solo oigo pasos por el bosque. Contengo la respiración.

¿Quién está andando?

¿O acaso es solo la tormenta en lo alto?

Ni siquiera puedo verme a mí mismo.

¿Dónde estáis, Adán y Eva?

Ganaréis el pan con el sudor de vuestra frente,[26] pero eso no se os ocurre. Eva roba una cámara de fotos y Adán cierra los ojos en lugar de vigilar...

Mañana se lo diré a ese Z, mañana bien temprano, que fui yo el que abrió su cajita. ¡No dejaré que nada me lo impida mañana!

¡Ni aunque el buen Dios me envíe mil chicas desnudas!...

La noche es cada vez más intensa.

Me sujeta, oscura y silenciosa.

Ahora quiero regresar.

Voy a tientas, con cuidado...

Con la mano extendida toco un árbol. Lo esquivo.

Sigo tanteando..., ¡ay, me estremezco del susto!

¡¿Qué ha sido eso?!

Se me para el corazón.

Quisiera gritar, fuerte, fuerte..., pero me domino.

¡¿Qué ha sido eso?!

¡No, eso no era un árbol!

Con la mano extendida toco un rostro.

Tiemblo.

¿Quién está frente a mí?

No me atrevo a seguir andando.

¡¿Quién es?!

¿O acaso me he confundido?

No, lo he sentido con toda claridad: la nariz, los labios...

Me siento en el suelo.

¿Sigue la cara ahí arriba?

¡Espera a que haya luz!

¡No te muevas!...

Por encima de las nubes el hombre de la luna sigue fumando.

Llueve un poco.

¡Escúpeme solo a mí, hombre de la luna!

[25] Es una alusión a la obra de Francis Godwin (1562-1663) *The Man in the Moone* (*El hombre de la luna*), una descripción utópico-fantástica de la sociedad.

[26] Génesis 3, 19.

EL PENÚLTIMO DÍA

Por fin va aclarando, llega la mañana.

No hay nadie frente a mí, ningún rostro ni nada.

Vuelvo a entrar a hurtadillas en el campamento. El sargento está tumbado de espaldas con la boca abierta. La lluvia golpea en la tela. Ahora sí estoy cansado.

Dormir, dormir...

Cuando despierto, el regimiento ya se ha marchado. Le diré a Z que fui yo y no N, en cuanto vuelva.

Es el penúltimo día.

Mañana levantaremos el campamento y regresaremos a la ciudad.

Llueve a cántaros, tan solo para de vez en cuando. En los valles hay una niebla densa. No deberíamos ver las montañas nunca más.

A mediodía regresa el regimiento, pero no completo.

Falta N.

Debe de haberse perdido, dice el sargento, ya nos encontrará.

No puedo por menos de pensar en las cuevas que hay en el diario de Z, y me siento inseguro.

¿Es miedo?

Ahora sí que tengo que decírselo de inmediato, ¡ya va siendo hora!

Z está en su tienda escribiendo. Está solo. Al verme llegar, cierra rápidamente el diario y me mira con desconfianza.

—Vaya, otra vez estamos escribiendo el diario —digo tratando de sonreír.
Él guarda silencio y solo me mira.

Entonces veo que tiene arañazos en las manos.

Se da cuenta de que estoy mirándole los arañazos, se estremece un poco y se mete las manos en los bolsillos.

—¿Tienes frío? —pregunto sin perderle de vista.

Sigue guardando silencio, solo dice que sí con la cabeza y una sonrisa burlona le asoma al rostro.

—Escucha —empiezo a decir despacio—, tú crees que N te ha abierto la cajita...

—No solo lo creo —me interrumpe de repente—, sino que también lo ha hecho.

—¿Cómo es que sabes eso?

—Él mismo me lo ha dicho.

Lo miro fijamente. ¿Él mismo se lo ha dicho? ¡Pero eso es imposible, pero si él no lo ha hecho!

Z me lanza una mirada inquisitiva, pero no es más que un instante. Luego continúa diciendo:

—Me ha confesado esta mañana que él abrió la cajita. Con un alambre, pero luego no pudo volver a cerrarla porque había estropeado la cerradura.

—¿Y?

—Y me ha pedido perdón y yo le he perdonado.

—¿Perdonado?

—Sí.

Mira al frente con indiferencia. Yo ya no entiendo nada y recuerdo: «¡Aquel que toque mi cajita morirá!».

¡Tonterías, tonterías!

—¿Sabes dónde se ha metido ahora N? —pregunto de pronto.

Se queda impasible.

—¿Cómo voy a saberlo? Seguro que se ha perdido. Yo también me perdí

una vez —se pone en pie y da la impresión de que no quiere seguir hablando.

Entonces me doy cuenta de que tiene la chaqueta rota.

¿Debo decirle que miente? ¿Que N no ha podido confesarle eso jamás porque he sido yo, yo, quien ha leído su diario?...

Pero ¿por qué miente Z?

¡No, no debo pensar en eso!...

¿Por qué no se lo dije inmediatamente, ayer mismo, cuando estaba pegando a N?

Porque me daba vergüenza confesar antes mis señores alumnos que yo había abierto una cajita en secreto, con un alambre, aunque lo había hecho con la mejor intención..., ¡es comprensible, es comprensible! Pero ¿por qué me he quedado dormido esta mañana? Ciertamente, estuve toda la noche en el bosque sin abrir la boca. Y ahora, ahora serviría de poco si la abriera. Es demasiado tarde.

Ciertamente, yo también soy culpable.

Yo también soy la piedra con la que tropezó, la fosa en la que cayó, la roca desde la que se precipitó... ¿Por qué no me ha despertado nadie esta mañana temprano?

Yo quería declararme culpable y me he dormido en lugar de defenderme. Con mi libre albedrío quería yo ajustar las cuentas, pero las cuentas ya estaban ajustadas hacía mucho.

Quería que nos salváramos todos, pero ya estábamos ahogados. En el eterno mar de la culpa.

Pero ¿quién es entonces el culpable de que la cerradura se rompiera? ¿De que no pudiera volverse a cerrar?

Da igual si está abierta o cerrada, ¡yo habría debido decirlo!

Los senderos de la culpa se rozan, se cruzan, se enredan. Un laberinto. Un jardín de caminos confusos... con espejos deformantes.

¡La feria, la feria!

¡Adentro, señores!

¡Pagad castigo y penitencia por la culpa de vuestra existencia! ¡Pero no tengáis miedo, es demasiado tarde!...

Por la tarde todos salimos en busca de N. Recorrimos toda la zona gritando «¡N!» y otra vez «¡N!», pero no hubo respuesta alguna. Yo tampoco la esperaba.

Ya estaba anocheciendo cuando regresaron. Empapados, helados de frío. La búsqueda había sido inútil.

—¡Si sigue lloviendo así —maldice el sargento—, habrá un diluvio universal mucho más bonito!

Y vuelvo a recordar: cuando dejó de llover y las aguas del diluvio fueron retrocediendo, dijo el Señor: «No volveré yo más a castigar la tierra por causa del hombre».[27]

Y volví a preguntarme: ¿ha mantenido el Señor su promesa?

Llueve cada vez más fuerte.

—Tenemos que dar parte a la gendarmería —dice el sargento— de que N ha desaparecido.

—Mañana.

—No entiendo, señor maestro, que esté usted tan tranquilo.

—Creo que se habrá perdido, es fácil perderse y a lo mejor pasa la noche en alguna casa de labranza.

—En esa zona no hay casas, solo cuevas.

Escucho con atención. La palabra supone para mí un nuevo golpe.

—Esperemos —continúa diciendo el sargento— que esté en una cueva y que no se haya roto nada.

Sí, esperemos.

De repente pregunto al sargento:

—¿Por qué no me ha despertado hoy?

—¿Qué no le he despertado? —se ríe—. ¡Le he despertado varias veces, pero estaba usted como si se lo hubiera llevado el diablo!

Cierto. Dios es lo más terrible del mundo.

[27] Génesis 8, 22.

EL ÚLTIMO DÍA

El último día de nuestra vida de campamento llegó Dios.

Yo ya lo estaba esperando.

El sargento y los chicos estaban desmontando las tiendas cuando llegó.

Su aparición fue terrible. El sargento se puso malo y tuvo que sentarse. Los chicos estaban alrededor horrorizados, medio paralizados. Muy poco a poco empezaron de nuevo a moverse, aunque cada vez más nerviosos.

El único que apenas se movía era Z.

Miraba fijamente al suelo y caminaba de acá para allá. Pero solo unos metros. Siempre de un lado a otro.

Luego todos empezaron a gritar a la vez, eso me pareció.

Solo Z permaneció mudo.

¿Qué había sucedido?

Dos trabajadores forestales habían aparecido en el campamento, dos leñadores con mochilas, sierras y hachas. Dijeron que habían encontrado a un chico. Llevaban consigo su carné de la escuela.

Era N.

Estaba cerca de las cuevas, en una zanja, no lejos del claro. Con una herida abierta en la cabeza. Debía de haberle dado una piedra o le habían golpeado con algún objeto romo.

En cualquier caso estaba muerto. Muerto y bien muerto.

—Le han matado de un golpe —dijeron los forestales.

Bajé al pueblo con los forestales. A la comisaría. Íbamos deprisa. Dios se quedó atrás.

Los gendarmes hablaron por teléfono con el fiscal de la ciudad más próxima y yo puse un telegrama a mi director. Llegó la brigada criminal y se dirigió al lugar de los hechos.

Allí estaba N en la zanja.

Yacía boca abajo.

Ahora le hacían fotos.

Los caballeros registraron los alrededores. Con escrupulosa minuciosidad. Buscaban el instrumento del crimen y algunas pistas.

Descubrieron que N no había sido asesinado en aquella zanja, sino aproximadamente a unos veinte metros de allí. Se veía con claridad la huella de cómo había sido arrastrado a la zanja para que nadie lo encontrara.

Y descubrieron también el instrumento del crimen. Una piedra afilada, manchada de sangre. También encontraron un lapicero y una brújula.

El médico constató que la piedra, lanzada con mucha fuerza desde muy cerca, debía de haberle dado a N en la cabeza. Y, por cierto, a traición, por la espalda.

¿Acaso N estaba huyendo?

Porque a aquel hecho atroz debía de haberle precedido una dura pelea, pues tenía la chaqueta hecha jirones. Y las manos arañadas.

En el momento en que la brigada entraba en el campamento, vi a Z. Estaba sentado un poco aparte. Pero se me pasó por la cabeza que tenía la chaqueta rota y que sus manos también tenían arañazos.

Pero me cuidaré de hablar de ello. Mi chaqueta no tiene ningún desgarrón y mis manos no tienen arañazos, pero, sin embargo, yo también soy culpable...

Los caballeros nos interrogaron. Ninguno de nosotros sabía nada acerca de cómo se había cometido el crimen. Yo tampoco. Y Z tampoco.

Cuando el fiscal me preguntó:

—¿No tiene usted ninguna sospecha? —... yo volví a ver a Dios.

Estaba saliendo de la celda en la que dormía Z y llevaba el diario en la mano.

Entonces habló con R sin perder de vista a Z.

El pequeño R no parecía ver a Dios, tan solo oírlo.

Sus ojos se agrandaban cada vez más, como si, de repente, estuviera divisando una tierra desconocida.

Entonces oigo que el fiscal vuelve a decir:

—¡Hable de una vez! ¿No tiene usted ninguna sospecha?

—No.

—Señor fiscal —grita R de repente abriéndose paso hacia delante—, Z y N siempre se estaban peleando. Es que N leyó el diario de Z y por eso era el enemigo mortal de Z... porque lleva un diario, ¡está en una cajita de latón azul!

Todos miraron a Z.

Estaba cabizbajo. No puede vérselo el rostro. ¿Está blanco o rojo? Avanza lentamente. Se detiene ante el fiscal.

Se hace un profundo silencio.

—Sí —dice en voz baja—, yo lo he hecho.

Llora.

Lanzo una mirada a Dios.

Sonríe.

¿Por qué?

Y mientras yo me pregunto esto, ya no lo veo. Ha vuelto a marcharse.

LOS COLABORADORES

Mañana empieza el proceso.

Estoy sentado en la terraza de un café leyendo los periódicos. La noche es fresca, porque ya es otoño.

Hace ya muchos días que los periódicos informan de la próxima sensación. Algunos con el titular de «Proceso criminal Z», otros con el de «Proceso criminal N». Incluyen opiniones, esbozos, desentierran viejos casos criminales con jóvenes en el punto de mira, hablan de la juventud en general y, en sí, hacen profecías y saltan de un tema a otro, aunque, no obstante, siempre acaban encontrando de algún modo el camino de vuelta a N, el asesinado, y a Z, el asesino. Esta mañana temprano se presentó en mi casa un colaborador del periódico y me entrevistó. Tiene que estar ya en el vespertino.

Busco la página. Incluso me ha fotografiado.

¡Sí, esta es mi foto! Hum, apenas me hubiera reconocido. En realidad está muy bien. Y al pie de la foto pone: «¿Qué dice el maestro?».

Y bien, ¿qué digo yo?

«Uno de nuestros colaboradores ha visitado esta mañana en el liceo municipal al maestro que en primavera era el máximo responsable de aquel campamento en el que tendría lugar la funesta tragedia entre unos chicos. El maestro dijo que estaba ante un enigma, igual que entonces. Que Z había sido siempre un alumno muy espabilado y que a él, el profesor, nunca le había

llamado la atención ninguna anormalidad en su carácter, por no hablar de defectos o instintos asesinos. Nuestro colaborador planteó al maestro una pregunta, de graves consecuencias, acerca de si este hecho delictivo acaso podía tener sus raíces en cierto embrutecimiento de la juventud, cosa que, sin embargo, el maestro negó rotundamente. Dijo que la juventud actual no estaba embrutecida en absoluto, que más bien, gracias a una recuperación general, es extremadamente concienzuda, dispuesta al sacrificio y absolutamente nacionalista. Que ese asesinato era un caso aislado muy lamentable, una regresión a los peores tiempos del liberalismo. Ahora suena la campana, el recreo ha terminado y el maestro se despide. Entra en el aula para educar a unas jóvenes almas receptivas para que sean valiosos compatriotas. Gracias a Dios que el caso Z tan solo es una excepción, ¡la irrupción excepcional de un individualismo criminal!».

Tras mi entrevista viene una con el sargento. Su foto también está en el periódico, pero ese debía ser su aspecto hace treinta años. Una cabeza vanidosa.

Bueno, ¿qué dice el sargento?

«Nuestro colaborador fue también a visitar al que en aquel momento era el encargado de la formación militar. El encargado de la formación militar, llamado EIM para abreviar, recibió a nuestro colaborador con exquisita amabilidad, aunque con la actitud severa pero jovial del viejo veterano de guerra. En su opinión, el hecho se debe a una falta de disciplina. Se expresó con más detalle acerca del estado del cadáver del asesinado en el momento en que lo encontraron. Él había vivido toda la guerra mundial, pero jamás había visto una herida tan horrorosa. “Siendo un viejo soldado como soy, estoy a favor de la paz”, así concluyó su reveladora charla.

»Nuestro colaborador fue a ver también a la presidenta de la Asociación contra el Abandono Infantil, la esposa de K, el deshollinador. La presidenta lamenta profundamente el caso. Hace ya días que no puede dormir, las visiones nocturnas atormentan a esta meritoria señora. En su opinión, ya es

hora de que, a la vista de las necesidades sociales, los órganos competentes construyan por fin mejores correccionales».

Sigo pasando páginas. Vaya, ¿y este quién es? ¡Claro, es N, el maestro panadero, el padre del difunto! Y también hay una foto de su esposa, la señora Elisabeth N, de soltera S.

«Me gustaría mucho —dice el maestro panadero al colaborador— contestar a su pregunta. El insobornable tribunal tendrá que averiguar si nuestro pobrecito Otto ha sido tan solo la víctima de un descuido imperdonable del encargado de la vigilancia, pienso exclusivamente en el maestro y en modo alguno en el EIM. *Justitia fundamentum regnorum*.^[28] Sobre todo habría que hacer una buena criba del personal docente, está plagado de enemigos del Estado camuflados. ¡Volveremos a vernos en Filipos!».

Y la esposa del maestro panadero dice: «Ottito era mi sol. Ahora solo tengo a mi esposo. Pero Ottito y yo seguimos en contacto espiritual. Yo estoy en un grupo espiritista».

Sigo leyendo.

En otro periódico dice: «La madre del asesino vive en un piso de tres dormitorios. Es la viuda de Z, profesor de universidad que murió hace aproximadamente diez años. El profesor Z era un prestigioso fisiólogo. Sus estudios sobre la reacción de los nervios en las amputaciones no solo despertaron admiración en los círculos especializados. Hace unos veinte años se convirtió durante algún tiempo en el principal objetivo de los ataques de la Agrupación contra la Vivisección. Desgraciadamente, la esposa del profesor Z nos niega cualquier declaración. Únicamente dice: “Caballeros, ¿es que no son ustedes capaces de imaginarse por lo que tengo que pasar?”. Es una dama de mediana estatura. Iba de luto». Y en otro periódico descubro al abogado defensor del acusado. Ha hablado conmigo ya tres veces y parece arder de entusiasmo por el caso. Un joven abogado que sabe lo que le va en el juego.

Todos los colaboradores tienen la vista puesta en él.

Es una entrevista larga.

«Caballeros, en este sensacional proceso criminal —así empieza el abogado su entrevista—, la defensa se halla también en una situación precaria. Porque ha de dirigir su cuchillo no solo contra la fiscalía, sino también contra el acusado al que debe defender».

«¿Por qué?».

«El acusado, caballeros, se reconoce culpable de un delito contra la persona. Es homicidio y no asesinato, algo que ruego que se tenga particularmente en cuenta. Pero, a pesar de la confesión del joven acusado, yo estoy firmemente convencido de que él no es el autor. Estoy convencido de que está encubriendo a alguien».

«¿No estará usted afirmando, señor letrado, que otra persona cometió el crimen?».

«¡En efecto, caballeros, eso es lo que quiero afirmar por encima de todo! Y sin tener en cuenta que me lo dice una sensación imposible de definir, en cierto modo el instinto de caza del criminalista, tengo determinados motivos para hacer esta afirmación. ¡No ha sido él! Piensen ustedes en los motivos del crimen. Asesina a su compañero de clase porque ha leído su diario. Pero ¿qué ponía en ese diario? Fundamentalmente la aventura con esa muchacha pervertida. Está protegiendo a la muchacha y, sin reflexionar, proclama: “¡Aquel que toque mi diario morirá!”... ¡Cierto, cierto! Todo habla en su contra y, sin embargo, no todo. Y, sin tener en cuenta que todo el estilo y la forma de su declaración no se corresponde del todo con una actitud caballeresca, ¿acaso no llama la atención que no hable del homicidio en sí? ¡Ni la más mínima palabra sobre cómo ocurrieron los hechos! ¿Por qué no nos cuenta nada? Dice que no lo recuerda. ¡Mentira! No podría recordarlo porque no sabe ni cómo ni dónde ni cuándo fue asesinado su pobre compañero de clase. Solo sabe que fue con una piedra. Le muestran piedras, no puede recordarlo ya. ¡Caballeros, está encubriendo el crimen de otro!».

«Pero ¿y la chaqueta hecha jirones y los arañazos en las manos?».

«Cierto, se encontró con N en una roca y se peleó con él, eso sí que nos lo

cuenta con todo detalle. Pero que luego lo siguiera a hurtadillas y le diera por detrás con una piedra..., ¡no, no! A N lo asesinó otro o, mejor dicho, ¡otra!».

«¿Se refiere usted a esa chica?».

«¡Por supuesto, a ella me refiero! Ella lo dominaba, sigue dominándolo aún. Él depende de ella por completo. ¡Caballeros, interrogaremos también a los psiquiatras!».

«¿La chica ha sido citada como testigo?».

«¡Naturalmente! La arrestaron poco después del asesinato, en una cueva, y hace ya tiempo que la han condenado junto con su banda. Veremos y escucharemos a Eva, tal vez mañana mismo».

«¿Cuánto durará el proceso?».

«Calculo que dos o tres días. No se ha citado a muchos testigos, pero, como he dicho, tendré que pelear duro con el acusado. ¡Luchar a brazo partido! ¡Lo defenderé con éxito! Lo condenarán por colaborar en un robo..., ¡eso es todo!».

Sí, eso es todo.

Nadie dice nada de Dios.

[28] «La justicia es el fundamento de los reinos» era el lema del emperador Francisco I de Austria (1768-1835).

PROCESO CRIMINAL Z O N

Delante del Palacio de Justicia había trescientas personas. Todas querían entrar, pero la puerta estaba cerrada porque las tarjetas de entrada se habían dado ya hacía semanas. En buena medida por seguridad, aunque ahora también se controlaba con rigor.

Por los pasillos apenas se podía andar.

Todos querían ver a Z.

En especial las damas.

Despreocupadas y elegantes estaban ávidas de catástrofes que no pudieran dejarlas embarazadas.

Se acostaban con las desgracias de los demás y se aliviaban con una compasión fingida.

La tribuna de prensa estaba abarrotada.

Como testigos se había citado, entre otros, a los padres de N, la madre de Z, el sargento, R, que había compartido la tienda con Z y N, los dos forestales que habían encontrado el cadáver del asesinado, el juez instructor, los gendarmes, etc., etc.

Y yo también, naturalmente.

Y Eva también, naturalmente.

Pero ella aún no estaba en la sala. Antes tenían que llevarla ante el juez.

El fiscal y el abogado defensor hojean las actas.

Ahora Eva está sentada en una celda individual, esperando a que le toque el

turno.

Aparece el acusado. Un guardia lo acompaña.

Tiene el aspecto de siempre. Solo que está un poco más pálido y guiña los ojos. La luz le molesta. La raya del pelo sigue en su sitio.

Se sienta en el banquillo de los acusados como si fuera un banco de escuela.

Todos lo observan.

Mira brevemente hacia ellos y divisa a su madre.

La mira fijamente..., ¿qué se altera en su interior?

Aparentemente nada.

Su madre apenas lo mira.

¿O acaso solo lo parece?

Porque lleva un tupido velo..., negro sobre negro, no hay rostro.

El sargento me saluda y pregunta si he leído su entrevista. Digo que sí y N, el maestro panadero, aguza los oídos con mucho odio al oír mi voz. Probablemente sería capaz de matarme.

Con un panecillo duro.

VELO

El presidente del Tribunal de Menores entra en la sala y todos se ponen en pie. Se sienta y abre la sesión.

Un abuelito amigable.

Se lee en voz alta el escrito de acusación.

Z no es acusado de homicidio, sino de asesinato, y con alevosía.

El abuelito asiente con la cabeza, como si dijera: «¡Ay, estos niños!».

Luego se vuelve hacia el acusado.

Z se pone en pie.

Da sus datos personales y no parece apocado.

Ahora debe contar su vida abiertamente. Lanza una tímida mirada a su madre y se queda cohibido.

Que ha sido como la de todos los niños, empieza luego a decir en voz baja. Que sus padres no eran especialmente estrictos, como todos los padres. Que su padre murió muy pronto.

Es hijo único.

La madre se lleva el pañuelo a los ojos, pero por encima del velo.

Su hijo cuenta lo que quería ser..., sí, quería ser un gran inventor. Pero solo quería inventar cosas pequeñas, como, por ejemplo, un tipo nuevo de cremallera.

—Muy razonable —dijo el presidente asintiendo con la cabeza—. Pero ¿y si no hubieras inventado nada?

—Entonces habría sido piloto. Piloto de Correos. Preferiblemente a ultramar.

«¿Con los negros?», no puedo por menos de pensar automáticamente.

Y, mientras Z habla de sus antiguos planes de futuro, va aproximándose cada vez más el momento..., pronto llegará el día en el que vino el buen Dios. Z describe la vida en el campamento, el tiro, las marchas, el izado de la bandera, al sargento y a mí. Y dice una frase muy peculiar:

—Las opiniones del señor maestro a menudo me resultaban demasiado infantiles.

—¿Por qué?

—Porque lo único que decía siempre el señor maestro era cómo debía ser el mundo y nunca cómo es de verdad.

El presidente mira a Z asombrado. ¿Percibe que ha entrado en un terreno en el que gobierna la radio? ¿En el que el anhelo de moral se deja para la vieja guardia, mientras que uno acaba mordiendo el polvo ante la brutalidad de la realidad? Sí, parece percibirlo, porque busca una ocasión propicia para poder abandonar la tierra. De repente pregunta a Z:

—¿Crees en Dios?

—Sí —dice Z sin reflexionar.

—¿Y conoces el quinto mandamiento?

—Sí.

—¿Te arrepientes de lo que has hecho?

Se hace un gran silencio en la sala.

—Sí —dice Z—, me arrepiento mucho.

Pero sonaba falso, el arrepentimiento.

El presidente se sonó la nariz.

El interrogatorio volvió al día del asesinato.

Dieron mil vueltas a los detalles que ya conocíamos todos.

—Salimos de marcha muy temprano —cuenta Z por enésima vez— y enseguida empezamos a avanzar en fila a través de la espesura, avanzando

hacia una cordillera que defendía el enemigo señalado. Cerca de las cuevas me encontré por casualidad con N. Estaba en un peñasco. Yo estaba muy furioso con él porque había abierto mi cajita. Claro, que él lo negaba...

—¡Alto! —le interrumpió el presidente—. El señor maestro ha declarado en las actas ante el juez que tú le dijiste que N te había confesado haber abierto la cajita.

—Eso lo dije por decir algo.

—¿Por qué?

—Para que las sospechas no recayeran sobre mí cuando se descubriera.

—¡Ajá! ¡Continúa!

—Así que empezamos a pelearnos, N y yo, y casi me tiró del peñasco..., entonces la sangre se me subió a la cabeza, volví a levantarme de un salto y le tiré la piedra.

—¿Al peñasco?

—No.

—Entonces, ¿adónde?

—Lo he olvidado.

Sonríe.

No es posible sacarle nada.

Ya no se acuerda.

—¿Y dónde vuelven a empezar tus recuerdos?

—Regresé al campamento y anoté en mi diario que me había peleado con N.

—Sí, esa es la última entrada, pero no terminaste la última frase.

—Porque el señor maestro me interrumpió.

—¿Qué era lo que quería?

—No lo sé.

—Bueno, ya nos lo contará él.

Sobre la mesa del juez están el diario, un lapicero y una brújula. Y una piedra.

El presidente pregunta a Z si reconoce la piedra.

Z asiente afirmativamente.

—¿Y de quién son el lapicero, la brújula?

—No son míos.

—Son del desdichado de N —dice el presidente volviendo a mirar las actas—. ¡Pero no! ¡Solo el lapicero es de N! ¿Por qué no dices que la brújula es tuya?

Z se pone rojo.

—Lo he olvidado —se disculpa en voz baja.

Entonces el abogado defensor se levanta:

—Señor presidente, a lo mejor es verdad que la brújula no es suya.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Con eso quiero decir que esa funesta brújula que no es de N quizá tampoco fuera de Z, sino tal vez de una tercera persona. Le ruego que pregunte al acusado si no había allí un tercero cuando sucedieron los hechos.

Vuelve a sentarse, y Z le lanza una mirada breve, hostil.

—Allí no había ninguna tercera persona —dice con rotundidad.

Entonces el abogado defensor se levanta de un brinco:

—¿Cómo es que se acuerda tan bien de que no había una tercera persona si no es capaz de recordar cuándo, cómo y dónde se cometieron los hechos?

Pero entonces el fiscal interviene también en la conversación.

—Parece que el señor abogado defensor quiere insinuar —dice en tono irónico— que no fue el acusado quien cometió el asesinato, sino el gran desconocido. Eso es, el gran desconocido...

—No sé —le interrumpió el abogado defensor— si a una joven pervertida, que ha organizado una banda de ladrones, puede denominársela sin más como una gran desconocida...

—No ha sido la chica —le interrumpe el fiscal—, Dios sabe que ha sido interrogada con toda minuciosidad, escucharemos también como testigo al señor juez instructor..., eso además de que el acusado reconoció el delito lisa

y llanamente, incluso lo admitió al instante, cosa que, en cierto modo, habla a su favor. ¡La intención de la defensa de presentar las cosas como si la chica fuera la asesina y Z solo la estuviera encubriendo no son más que quimeras!

—¡Espera! —dice sonriente el abogado defensor y se vuelve hacia Z—. ¿No pone en tu diario: «Ella cogió una piedra y me la tiró... y si me hubiera acertado, yo ahora estaría muerto»?

Z lo mira tranquilo. Luego hace un gesto de rechazo.

—Exageré, era solo una piedrecita.

Y, de repente, hace un esfuerzo.

—No me defienda más, señor letrado, ¡quiero que me castiguen por lo que he hecho!

—¿Y tu madre? —le grita su abogado defensor—. ¿Es que no piensas en tu madre, en lo que está sufriendo? ¡No sabes lo que haces!

Entonces mira a su madre. Casi de manera escrutadora.

Todos la miran, pero no pueden ver nada con tanto velo.

EN CASA

Antes de que declaren los testigos, el presidente hace una pausa. Es mediodía. La sala se vacía poco a poco, se llevan al acusado. El fiscal y el abogado defensor se miran seguros de la victoria.

Yo voy a pasear por los jardines que hay delante del Palacio de Justicia. Es un día sombrío, húmedo y frío.

Las hojas caen..., sí, ya es otra vez otoño. Giro por una esquina y me detengo.

Pero enseguida sigo andando.

En el banco está la madre de Z.

No se mueve.

Es una dama de mediana estatura, recuerdo.

La saludo sin querer. Pero ella a mí no.

Es probable que no me haya visto.

Es probable que esté en otro lugar...

Ya ha pasado la época en la que yo no creía en Dios. Hoy creo en Él. Pero no me gusta. Aún lo veo ante mí, hablando con el pequeño R en el campamento sin perder de vista a Z. Debe de tener unos ojos penetrantes, malvados..., fríos, muy fríos. No, no es bueno.

¿Por qué deja a la madre de Z ahí sentada? ¿Qué es lo que ha hecho? ¿Es que ella puede hacer algo por lo que ha hecho su hijo? ¿Por qué condena a la madre al condenar al hijo? No, no es justo.

Quiero encenderme un cigarrillo.

Demasiado bobo, ¡me los he dejado en casa!

Dejo los jardines y busco un estanco.

En una calle lateral encuentro uno.

Es un pequeño negocio y pertenece a un matrimonio muy anciano. Pasa un rato hasta que el viejo me abre la caja y la vieja cuenta diez cigarros. Se estorban el uno al otro, pero se tratan con amabilidad. La vieja me devuelve de menos y yo se lo digo sonriendo. Se asusta mucho.

—¡Dios nos guarde! —dice, y yo pienso que si Dios te guarda, entonces estás a buen recaudo.

No tiene suelto y va a cambiar enfrente, en la carnicería.

Yo me quedo con el viejo y me enciendo un cigarrillo.

Pregunta si soy uno de los del tribunal, porque en su tienda compran principalmente caballeros del tribunal. Y entonces también él empieza con el proceso criminal. Que el caso es sumamente interesante, porque en él puede verse con toda claridad la mano de Dios.

Yo escucho con atención.

—¿La mano de Dios?

—Sí —dice él—, porque en este caso todos los implicados parecen culpables. Incluso los testigos, el sargento, el maestro... e incluso los padres.

—¿Los padres?

—Sí. Porque no son solo los jóvenes, los padres tampoco se preocupan ya de Dios. Hacen como si no existiera.

Miro a la calle.

La anciana sale de la carnicería y va hacia la derecha, a la panadería. Ajá, el carnicero tampoco tenía cambio.

No se ve a nadie en la calle y, de repente, no consigo quitarme de la cabeza un extraño pensamiento: pienso que debe significar algo que el carnicero no tenga cambio. Tiene que significar algo el hecho de que yo tenga que esperar aquí.

Veo las casas altas y grises y digo:

—Si al menos supiéramos dónde habita Dios...

—Habita en todas partes, allí donde no se le ha olvidado —oigo decir al viejo—. También habita aquí, con nosotros, porque nosotros no nos peleamos nunca.

Contengo la respiración.

¿Qué ha sido eso?

¿Era aún la voz del viejo?

No, no era la suya..., era otra voz.

¿Quién me ha hablado?

No me vuelvo.

Y vuelvo a escuchar la voz.

—Si declaras como testigo y mencionas mi nombre, no ocultes que fuiste tú quien abrió la cajita.

¡La cajita!

¡No! ¡Pero solo me castigarían por no haber hecho encerrar al ladrón!

—¡Debes hacerlo!

Pero perderé mi puesto, mi sustento...

—Tienes que perderlo para que se produzca una nueva injusticia.

¿Y mis padres? ¡Yo los ayudo!

—¿Tengo que mostrarte tu infancia?

¿Mi infancia?

La madre no para de dar gritos, el padre de decir palabrotas. Siempre se están peleando. No, tú no habitas aquí. Aquí solo pasas de largo y tu llegada no produce alegría alguna...

Quisiera llorar.

—Dilo —oigo decir a la voz—, di que tú abriste la cajita. Hazme el favor y no vuelvas a ofenderme.

LA BRÚJULA

El proceso sigue su curso.

Es el turno de los testigos.

Los forestales, los gendarmes, el juez de instrucción, el sargento ya lo han pasado. También N, el maestro panadero, y su esposa, Elisabeth, han dicho lo que sabían. Ninguno sabía nada.

El maestro panadero no fue capaz de dejar sin mencionar mi opinión sobre los negros. Lanzó duros reproches sobre lo sospechoso de mi forma de pensar y el presidente le lanzó una mirada de desaprobación, pero no se atrevió a interrumpirle.

Ahora llaman a la madre de Z.

Se pone en pie y se adelanta.

El presidente le explica que puede renunciar a su declaración como testigo, pero ella le interrumpe diciéndole que quiere declarar.

Habla, aunque no se quita el velo.

Tiene una voz desagradable.

Dice que Z es un chico tranquilo, aunque iracundo, y esa ira la ha heredado de su padre. Que nunca había estado enfermo, que solo había pasado las típicas enfermedades infantiles, inofensivas. Que en la familia tampoco se habían dado casos de enfermedades mentales, ni por parte del padre ni de la madre.

De repente se interrumpe a sí misma y pregunta:

—Señor presidente, ¿puedo hacerle una pregunta a mi hijo?

—¡Por supuesto!

Se acerca a la mesa del tribunal, coge la brújula y se vuelve hacia su hijo.

—¿Y desde cuándo tienes tú una brújula? —le pregunta y suena como si lo dijera con sarcasmo—. Porque nunca has tenido una, antes de que te marcharas al campamento discutimos porque dijiste que todos tenían una, que el único que no tenía eras tú, y que sin brújula te perderías..., así que ¿de dónde la has sacado?

Z la mira fijamente.

Ella se vuelve triunfante hacia el presidente:

—¡No es su brújula y el asesinato lo ha cometido el que ha perdido esa brújula!

La sala murmura y el presidente pregunta a Z:

—¿Oyes lo que dice tu madre?

Z continúa mirándola fijamente.

—Sí —dice lentamente—. Mi madre miente.

El abogado defensor se pone en pie rápidamente:

—¡Solicito que se presente un informe facultativo del estado mental del acusado!

El presidente dice que el tribunal se ocupará después de esa solicitud.

La madre mira fijamente a Z:

—¿Dices que miento?

—Sí.

—¡Yo no miento! —suelta de repente a gritos—. ¡No, no he mentido jamás en mi vida, pero tú sí que has mentido siempre, siempre! ¡Yo digo la verdad y solo la verdad, pero tú solo quieres proteger a esa sucia mujerzuela, a esa pelandusca pervertida!

—¡No es una pelandusca!

—¡Cierra la boca! —le chilla la madre poniéndose cada vez más histérica—. ¡Siempre piensas en esas miserables harapientas, pero nunca piensas en tu

pobre madre!

—¡La chica vale más que tú!

—¡Silencio! —grita el presidente enfadado y condena a Z por ofensa a un testigo a dos días de arresto—. ¡Es inaudito —le increpa— cómo tratas a tu propia madre! ¡Eso da mucho que pensar!

Ahora Z pierde la calma.

La ira que ha heredado de su padre estalla.

—¡Eso no es una madre! —dice a gritos—. ¡Nunca se preocupa de mí, solo de sus criados! Desde que nací, vivo oyendo su asquerosa voz regañando a las muchachas en la cocina.

—Siempre ha estado de parte de las muchachas, señor presidente. ¡Igual que mi marido!

Y esboza una breve sonrisa.

—¡No te rías, madre! —le increpa el hijo—. ¿Te acuerdas de la Thekla?

—¿De qué Thekla?

—Tenía quince años y tú la fastidiaste todo lo que pudiste. Tenía que quedarse planchando hasta las once de la noche y levantarse a las cuatro y media de la mañana, ¡y además tampoco le dabas nada de comer! Y luego se marchó..., ¿te acuerdas?

—¡Sí, robó algo!

—¡Para poderse marchar! Yo entonces tenía seis años y aún recuerdo perfectamente cómo llegó padre a casa y dijo que habían pillado a la pobre chica y que iba a ir al correccional. ¡Y tú fuiste la culpable, únicamente tú!

—¡¿Yo?!

—¡Padre también lo dijo!

—¡Padre, padre! ¡Decía muchas cosas!

—¡Padre no mentía jamás! Por aquel entonces tuvisteis una pelea terrible y padre no dormía en casa, ¿no lo recuerdas? Y una chica como la Thekla, una chica así es también Eva..., ¡exactamente igual! No, madre, ¡yo ya no te quiero!

En la sala se hizo un silencio absoluto.

Luego el presidente dice:

—¡Gracias, señora profesora!

LA CAJITA

Ahora me toca a mí.

Ya son las cinco menos cuarto.

Me toman juramento como testigo.

Juro por Dios decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Sí, nada más que la verdad.

Mientras juro, la sala se inquieta.

¿Qué pasa?

Me vuelvo un poco y veo a Eva.

Se está sentando en el banco de los testigos, acompañada por una funcionaria de prisiones.

«Quisiera ver sus ojos», se me pasa por la cabeza.

La observaré bien cuando haya dicho todo.

Ahora no tengo tiempo.

Tengo que darle la espalda, porque tengo ante mí el crucifijo.

Su hijo.

Miro de reojo a Z.

Sonríe.

¿Estará ella riéndose también... a mis espaldas? Respondo a las preguntas del presidente. De pasada vuelve a tocar también el tema de los negros..., sí, nos entendemos. Le hago un buen informe a N y lo mismo a Z. Yo no estuve presente en el asesinato. El presidente está a punto de despedirme, entonces le

interrumpo:

—Tan solo un detalle, señor presidente.

—Tenga la bondad.

—Esa cajita en la que estaba el diario no la abrió N.

—¿No fue N? ¿Quién si no?

—Sino yo. Yo fui quien abrió la cajita con un alambre.

El efecto de estas palabras fue grande.

El presidente dejó caer el lapicero, el abogado defensor se puso en pie rápidamente, Z me miró boquiabierto, su madre soltó un grito, el maestro panadero su puso pálido como la masa y se llevó la mano al corazón.

¿Y Eva?

No lo sé.

Tan solo siento detrás de mí una inquietud general y angustiosa.

Murmuran, cuchichean.

El fiscal se levanta hipnotizado y me señala con el dedo, despacio.

—¿Usted? —pregunta alargando las vocales.

—Sí —digo asombrándome de mi calma.

Me siento maravillosamente ligero.

Y ahora lo cuento todo.

Por qué abrí la cajita y por qué no se lo confesé a Z de inmediato. Porque me avergonzaba, pero también había en ello algo de cobardía.

Le cuento todo.

Por qué leí el diario y por qué no hice que tuviera consecuencias legales, porque quería ajustarle las cuentas. Bien ajustadas. Con otra cuenta. ¡Sí, fui bobo! Me doy cuenta de que el fiscal empieza a tomar notas, pero no me molesta.

¡Todo, todo!

¡Venga, sigue contando!

También lo de Adán y Eva. ¡Y lo de las nubes oscuras y el hombre de la luna!

Cuando termino, el fiscal se levanta.

—Quisiera advertir al señor testigo de que no debe abrigar falsas esperanzas respecto de las consecuencias de su interesante declaración. El fiscal se reserva el derecho a formular una acusación por inducir a error a las autoridades y encubrimiento de robo.

—Tenga la bondad —me inclino ligeramente—, he prometido decir toda la verdad.

Entonces el maestro panadero dice a gritos:

—¡Él lleva a mi hijo en la conciencia, solo él!

Le da un infarto y tienen que llevárselo. Su esposa levanta el brazo con gesto amenazador.

—Ya puede temer —me grita—, ya puede temer a Dios.

No, ya no temo a Dios.

Siento la aversión general a mi alrededor. Únicamente dos ojos no me desprecian.

Descansan sobre mí.

Tranquilos, como los oscuros lagos de los bosques de mi tierra.

Eva, ¿eres tú el otoño?

EXPULSADOS DEL PARAÍSO

A Eva no le hacen prestar juramento.

—¿Sabes qué es esto? —le pregunta el presidente levantando la brújula.

—Sí —dice—, muestra la dirección.

—¿Sabes de quién es?

—Mía no, pero puedo imaginármelo.

—¡No mientas!

—Yo no miento. Quiero decir la verdad igual que el señor maestro.

¿Igual que yo?

El fiscal pone una sonrisa irónica.

El abogado defensor no la pierde de vista.

—¡Pues empiece! —dice el presidente.

Y Eva empieza:

—Cuando me encontré con Z cerca de nuestra cueva, N venía detrás.

—¿Así que estabas allí?

—Sí.

—¿Y por qué lo dices ahora? ¿Por qué has estado mintiendo durante todo el interrogatorio, diciendo que tú no estabas presente cuando Z mató a N de un golpe?

—Porque Z no lo mató.

—¡¿No fue Z?! ¿Quién si no?

La tensión es tremenda. En la sala todos se inclinan hacia delante. Se

inclinan sobre la chica, pero la chica no se amilana.

Z está muy pálido.

Y Eva cuenta:

—Z y N tuvieron una pelea terrible, N era más fuerte y tiró a Z desde lo alto de la roca. Yo pensé que habría muerto y me puse muy furiosa, y pensé también que él había leído el diario y lo sabía todo acerca de mí..., cogí una piedra, esa piedra de ahí, y salí corriendo tras él. Quería tirarle la piedra a la cabeza, sí, eso quería, pero, de repente, un chico desconocido salió de entre la espesura, me quitó la piedra y salió corriendo tras N. Vi cómo lo alcanzaba y hablaba con él. Era junto a un claro. Aún llevaba la piedra en la mano. Me escondí, porque tenía miedo de que los dos regresaran. Pero no regresaron, fueron en otra dirección, N dos pasos por delante. De repente, el desconocido levanta la piedra y le da a N por detrás, en la cabeza. N cayó al suelo y no se movió. El desconocido se inclinó sobre él y lo observó, luego se lo llevó de allí a rastras. A una zanja. No sabía que yo estaba viéndolo todo. Luego volví corriendo a la roca y allí encontré a Z. No se había hecho nada al caer, solo tenía la chaqueta rota y las manos llenas de arañazos...

El abogado defensor es el primero en recuperar el habla:

—Solicito que se retire la acusación contra Z...

—Un momento, señor letrado —le interrumpe el presidente volviéndose a Z, que sigue mirando a la chica estupefacto.

—¿Es cierto lo que ha dicho?

—Sí —asiente Z en voz baja.

—¿Es que tú también viste que un joven desconocido mataba a N de una pedrada?

—No, eso no lo vi.

—Bueno, entonces... —el fiscal respira aliviado y se echa hacia atrás satisfecho.

—Él solo vio que yo cogí la piedra y salí corriendo tras N —dijo Eva.

—O sea, que fuiste tú quien le golpeó —constata el abogado defensor.

Pero la chica permanece tranquila.

—No fui yo.

Incluso sonrío.

—Ya volveremos sobre eso después —dice el presidente—. Ahora solo quiero oír por qué habéis guardado silencio hasta hoy si sois inocentes. ¿Y bien?

Los dos callan.

Entonces la chica empieza de nuevo.

—Z se echó la culpa porque pensaba que yo había matado a N. No me quiso creer cuando le dije que había sido otro.

—¿Y nosotros tenemos que creerte?

Entonces vuelve a sonreír.

—No lo sé, pero es así...

—¿Y tú te habrías quedado tan tranquila mirando cómo le condenaban aun siendo inocente?

—Tranquila no, ya he llorado lo suficiente, pero tenía miedo del correccional... y, además, además ya he dicho ahora que no ha sido él.

—¿Y por qué ahora?

—Porque el señor maestro también ha dicho la verdad.

—¡Qué extraño! —dice el fiscal con una sonrisa burlona.

—¿Y si el señor maestro no hubiera dicho la verdad? —quiere saber el presidente.

—Entonces también habría guardado silencio.

—Creo —dice el abogado defensor en tono sarcástico— que tú quieres a Z. Pero eso no es verdadero amor.

La gente sonrío.

Eva mira perpleja al abogado defensor.

—No —dice en voz baja—, no lo quiero.

Z se levanta de un salto.

—No lo he querido nunca —dice algo más alto y baja la cabeza.

Z vuelve a sentarse despacio y se mira la mano derecha.

Él quería protegerla, pero ella no lo ama.

Él iba a dejarse condenar por ella, pero ella no lo amaba.

Solo lo parecía...

¿En qué piensa ahora Z?

¿Piensa en su futuro de antes?

¿En el inventor, en el aviador de Correos?

Solo lo parecía...

Pronto odiará a Eva.

EL PEZ

—¿Así que entonces —continúa el presidente interrogando a Eva—
perseguiste a N con esta piedra de aquí?

—Sí.

—¿Y querías matarlo?

—¡Pero no lo hice!

—¿Y entonces?

—Ya lo he dicho, llegó un chico desconocido, me tiró al suelo y salió corriendo tras N con la piedra.

—¿Qué aspecto tenía ese joven desconocido?

—Pasó todo muy rápido, no lo sé...

—¡Ajá, el gran desconocido! —dice el fiscal en tono burlón.

—¿Lo reconocerías? —insiste el presidente.

—Tal vez. Solo recuerdo que tenía los ojos claros y redondos. Como un pez.

La palabra me da un golpe tremendo.

Me levanto de un salto y grito:

—¿Un pez?!

—¿Qué le pasa a usted? —pregunta el presidente asombrado.

Todos se sorprenden.

Sí, ¿qué es lo que me pasa?

Pienso en una calavera iluminada.

«Vienen tiempos fríos —oigo decir a Julio César—, la era de Piscis. El alma humana se quedará inmóvil, como el rostro de un pez».

Dos ojos claros, redondos, me contemplan. Sin resplandor, sin brillo.

Es T.

Está junto a la sepultura abierta.

También está en el campamento y sonrío en silencio, irónico, con gesto de superioridad.

¿Es que sabía que yo había abierto la cajita?

¿También él había leído el diario?

¿Estaba espiando?

¿Siguió a Z y a N?

Su sonrisa está extrañamente fija.

Yo no me muevo.

Y el presidente vuelve a preguntar:

—¿Qué le pasa?

¿Debo decirle que estoy pensando en T?

¡Tonterías!

¿Por qué iba a haber asesinado T a N?

Faltan los motivos...

Y le digo:

—Disculpe, señor presidente, pero estoy un poco nervioso.

—¡Es comprensible! —sonríe burlón el abogado defensor.

Abandono la sala.

Sé que absolverán a Z y condenarán a la chica. Pero también sé que todo se arreglará.

Mañana o pasado mañana se iniciará la instrucción contra mí. Por inducir a error a las autoridades y encubrimiento de robo.

Me suspenderán de la docencia.

Pierdo mi sustento.

Pero no me duele.

¿Qué voy a comer?

Qué raro, no me preocupa.

Me acuerdo del bar en el que conocí a Julio César.

No es caro.

Pero no me emborracho.

Voy a casa y me tumbo.

Ya no tengo miedo de mi cuarto.

¿Es que ahora vive también conmigo?

NO PICA

¡Cierto, ya está en el diario de la mañana!

Z solo ha sido condenado a una pequeña privación de libertad por inducir a error a las autoridades y encubrimiento de robo bajo concesión de circunstancias atenuantes, pero contra la chica el fiscal ha interpuesto una demanda por el cargo de asesinato con alevosía.

El nuevo proceso debería celebrarse dentro de tres meses.

La degenerada criatura ha reiterado insistentemente su inocencia, escribe el secretario del tribunal, pero no había nadie presente que diera algún crédito a sus gritos. Es sabido que el que miente una vez, miente siempre. Incluso Z, el acusado, ni siquiera le tendió la mano al final de la sesión, cuando se soltó de la funcionaria de prisiones, se abalanzó sobre él y le pidió perdón por no haberlo querido nunca.

¡Ajá, ya la odia!

Ahora está completamente sola.

¿Seguirá gritando todavía?

No grites, te creo...

Espera, yo pescaré al pez.

¿Pero cómo?

¡Tengo que hablar con él y lo más pronto posible!

Con el correo matutino recibí ya un escrito de la inspección: no puedo volver a entrar en el instituto mientras dure la instrucción contra mí.

Sé que no volveré a pisarlo nunca más, porque me condenarán sin más. Y sin concesión de circunstancias atenuantes.

¡Pero eso ahora ya no me importa!

Porque voy a pescar un pez para no oírla gritar más.

Mi casera trae el desayuno y actúa con timidez. Ha leído mi declaración en el periódico y el bosque susurra. Los colaboradores escriben: «El maestro, cómplice de robo»... y uno incluso dice que soy un asesino espiritual.

Ninguno se pone de mi parte.

Buenos tiempos para el señor maestro panadero N, ¡siempre que el diablo no se lo haya llevado esta noche!...

A mediodía estoy cerca del instituto al que ya no puedo entrar y espero a que acaben las clases. Por fin los alumnos dejan el edificio.

También algunos colegas.

No pueden verme.

Y ahora viene T.

Está solo y gira a la derecha.

Despacio me dirijo hacia él.

Me ve y, por un momento, se queda desconcertado.

Luego me saluda y sonrío.

—Qué bien que te encuentre —le digo—, porque tengo que comentar contigo unas cosas.

—Por supuesto —se inclina cortésmente.

—Pero aquí en la calle hay demasiado ruido, ven, vamos a una confitería, te invito a un helado.

—¡Oh, gracias!

Nos sentamos en la confitería.

El pez se pide fresa y limón.

Se come el helado con la cuchara.

Compruebo que sonrío incluso cuando come.

Y, de repente, le sorprendo con esta frase:

—Tengo que hablar contigo del proceso criminal.

Sigue comiendo tranquilamente.

—¿Está bueno?

—Sí.

Guardamos silencio.

—Dime —empiezo de nuevo—, ¿tú crees que la chica mató a N?

—Sí.

—¿Entonces no crees que fuera un chico desconocido?

—No. Eso se lo ha inventado para librarse del castigo con una mentira.

Volvemos a guardar silencio.

De repente, deja de meter la cuchara y me mira con desconfianza:

—¿Qué es lo que quiere de mí, señor maestro?

—Pensaba —digo despacio mirando sus ojos redondos— que tú tal vez supondrías quién era el joven desconocido.

—¿Por qué?

Me arriesgo y miento:

—Porque sé que siempre estás espionando.

—Sí —dice tranquilamente—, he visto algunas cosas.

Entonces vuelve a sonreír.

¿Acaso sabía que fui yo quien abrió la cajita?

Y pregunto:

—¿Has leído el diario?

Me mira fijamente:

—No, pero yo vi, señor maestro, cómo se movía usted a hurtadillas y observaba a Z y a la chica...

Me quedo helado.

Me mira fijamente.

—Aquel día yo le tenía bien a la vista, porque estaba detrás de usted. Está usted muy asustado, pero yo no tengo miedo, señor maestro.

Vuelve a comerse tranquilamente el helado.

Y, de repente, me percato de que no se alimenta de mi confusión. Solo de vez en cuando me lanza una mirada acechante, como si comprobara algo.

Qué raro, no puedo por menos de pensar en un cazador.

En un cazador que apunta con frialdad y solo dispara cuando está seguro de acertar.

Que no siente ningún placer en ello.

Pero entonces ¿por qué caza?

¿Por qué, por qué?

—¿Te llevabas bien con N?

—Sí, nos llevábamos muy bien.

Cómo me gustaría preguntarle ahora: «¿Y por qué lo mataste? ¿Por qué, por qué?».

—Me pregunta usted, señor maestro —dice de repente—, como si yo hubiera asesinado a N. Como si yo fuera el chico desconocido, pero a usted le consta que nadie sabe qué aspecto tiene, si es que siquiera existe. Hasta la chica no sabe más que tenía ojos de pez...

«¿Y tú?», pienso yo.

—... y yo no tengo ojos de pez, sino unos claros ojos de corzo, mi mamá también lo dice y todos en realidad. ¿Por qué sonrío, señor maestro? Usted tiene los ojos más de pez que yo...

—¿Yo?!

—¿Es que acaso no sabe, señor maestro, el mote que tiene usted en la escuela? ¿No lo ha oído nunca? Le llaman el Pez —asiente sonriendo—. Sí, señor maestro, porque tiene usted siempre un rostro así, como inmóvil. Nunca se sabe lo que piensa ni si se preocupa usted de alguien. Siempre decimos que el señor maestro solo observa; por ejemplo, podrían atropellar a alguien en la calle y lo único que haría sería observar cómo queda el atropellado, solo para saberlo con exactitud, y no sentiría nada, ni aunque muriera...

De repente se para, como si hubiera hablado de más, y me lanza una mirada

asustada, pero solo por una fracción de segundo.

¿Por qué?

Ajá, has tenido el anzuelo en la boca, pero te lo has vuelto a pensar.

Ibas a picar ya en él, pero te lo has vuelto a pensar.

Ahora vuelves a nadar en tu mar.

Aún no cuelgas del hilo, pero te has delatado.

¡Espera, te atraparé!

Se levanta:

—Ahora tengo que irme a casa, la comida me espera y, si llego tarde, me regañarán.

Me da las gracias por el helado y se marcha.

Lo sigo con la mirada y oigo gritar a la chica.

BANDERAS

Cuando me desperté al día siguiente, supe que había soñado mucho. Pero ya no sabía qué.

Era fiesta.

Se celebraba el cumpleaños del plebeyo supremo.[29]

La ciudad estaba llena de banderas y pancartas.

Por las calles desfilaban las chicas, que buscan al piloto desaparecido, los chicos, que dejan morir a todos los negros, y los padres, que se creen las mentiras escritas en las pancartas. Y los que no las creen también desfilan. Divisiones de individuos sin carácter a las órdenes de idiotas. Marcando el mismo paso.

Cantan la canción de un pajarillo que trina junto a la tumba de un héroe, la de un soldado que se asfixia en gas, la de las chicas morenas que se comen la basura que ha quedado en casa, y la de un enemigo que, en realidad, no existe.

De este modo celebran los imbéciles y los mentirosos el día en que nació el plebeyo supremo.

Y mientras pienso en esto, constato con cierta satisfacción que también en mi ventana ondea una banderita.[30]

La colgué anoche.

Quien tiene que vérselas con criminales y con locos tiene que actuar como un criminal y como un loco; de lo contrario tiene que desistir. Para siempre.

Tiene que llenar su hogar de banderas, aunque ya no tenga un hogar.
Cuando ya no se tolera el carácter, sino tan solo la obediencia, la verdad se va y llega la mentira.

La mentira, la madre de todos los pecados.

¡Banderas fuera!

¡Antes comer que perecer!...

Estaba pensando en eso cuando de repente se me vino a la cabeza: «¿Qué estás pensando? ¿Acaso has olvidado que te han suspendido de la docencia? No has cometido perjurio y has dicho que tú abriste la cajita. Venga, cuelga tu bandera, rinde tributo al plebeyo supremo, arrástrate por el polvo y por la basura y miente todo lo que puedas..., ¡todo seguirá igual! ¡Has perdido tu sustento!».

¡No olvides que has hablado con un caballero de mayor rango!

Sigues viviendo en la misma casa, pero en un piso superior.

En otro nivel, en otra vivienda. ¿Es que no te das cuenta de que tu habitación es más pequeña? También los muebles, el armario, el espejo..., aún puedes mirarte en el espejo, sigue siendo lo bastante grande..., ¡claro, claro! No eres más que un hombre que quiere que la corbata le siente bien. Pero ¡mira por la ventana!

¡Qué lejano está todo! ¡Qué diminutos son de repente los grandes señores y qué pobres los plebeyos ricos! ¡Qué ridículo!

¡Qué descoloridas las banderas!

¿Puedes leer aún las pancartas?

No.

¿Sigues oyendo la radio?

Apenas.

La chica no debería gritar así para que pueda seguir oyéndolos.

Ahora ya no grita.

Solo llora en silencio.

Pero no se puede oír nada.

[29] Además del título del capítulo, una clara referencia a la bandera de la cruz gamada que se convirtió en el máximo símbolo del nazismo, Horváth alude con esta expresión, que utilizaba con frecuencia para referirse a él, al cumpleaños de Hitler, el 20 de abril, y a las celebraciones que tenían lugar en su honor ese día desde 1933. No obstante, el autor desplaza aquí esta fecha al otoño.

[30] Tal y como instó Goebbels a hacer a la población para la celebración del cumpleaños de Hitler en 1937.

UNO DE CINCO

Estoy lavándome los dientes cuando aparece mi casera.

—Fuera hay un alumno que quiere hablar con usted.

—¡Un momento!

La casera se va y me pongo la bata.

¿Un alumno? ¿Qué quiere?

No puedo por menos de pensar en T.

La bata me la regalaron por Navidad. Mis padres. Siempre lo decían. «¡No puedes vivir sin bata!».

Es verde y lila.

Mis padres no entienden de colores.

Llaman a la puerta.

—¡Adelante!

El alumno entra y hace una reverencia.

De entrada no lo reconozco..., ¡exacto, es uno de los B!

Tenía cinco bes en la clase, pero este B era el que menos me llamaba la atención. ¿Qué quiere? ¿Cómo es que no está fuera desfilando con los demás?

—Señor maestro —empieza a decir—, he estado pensando mucho sobre si tal vez es correcto..., creo que tengo que decirlo.

—¿El qué?

—No me dejaba en paz, el asunto de la brújula.

—¿La brújula?

—Sí, porque he leído en el periódico que encontraron una brújula junto al difunto N y nadie sabe de quién es...

—Sí, ¿y bien?

—Yo sé quién perdió la brújula.

—¿Quién?

—T.

¡¿T?! me golpea como un rayo.

¿Vuelves a acercarte a la orilla?

¿Sale tu cabeza de las aguas oscuras...? ¿Ves la red?

Y él nada y nada...

—¿Cómo sabes que la brújula es de T?

—Porque no ha parado de buscarla, y dormíamos en la misma tienda.

—¿No querrás decir que T tiene algo que ver con el asesinato?

Guarda silencio y mira al rincón.

Sí, quiere decirlo.

—¿Crees a T capaz de ello?

Me mira asombrado, casi perplejo.

—Creo a todos capaces de todo —dice.

—¡Pero no de un asesinato!

—¿Por qué no?

Sonríe..., no, no con sarcasmo. Más bien triste.

—Pero ¿por qué iba T a asesinar a N? ¿Por qué? ¡Le faltan motivos!

—T siempre decía que N era muy tonto.

—¡Pero eso no es un motivo!

—Eso no. Pero ¿sabe usted, señor maestro? T es terriblemente curioso, siempre le gusta saber al detalle cómo es todo en realidad, y en una ocasión me dijo que le gustaría ver a alguien morir.

—¡¿Cómo?!

—Sí, que le gustaría ver cómo sucede..., además siempre andaba

fantaseando con que le gustaría ver cómo viene un niño al mundo.

Me acerco a la ventana, en este instante no puedo hablar. Afuera siguen desfilando todavía, los padres y los hijos.

Y, de repente, se me viene otra vez a la mente cómo es que este B está aquí, en mi casa.

—¿Por qué no estás desfilando con los demás? —le pregunto—. ¡Es tu obligación!

Sonríe con gesto de burla.

—He dicho que estaba enfermo.

Nuestras miradas se cruzan. ¿Nos entendemos?

—No te delataré —digo.

—Lo sé —dice él.

«¿Qué es lo que sabes?», pienso.

—Ya no me gusta desfilan y tampoco aguanto ya que me anden dando órdenes, cualquiera te grita solo porque es dos años mayor que tú. Y luego esos discursos tan aburridos, siempre lo mismo, ¡un montón de estupideces!

No puedo por menos de reírme.

—¡Espero que seas el único de la clase que piensa así!

—¡Oh, no! ¡Ya somos cuatro!

¿Cuatro? ¿Ya?

¿Y desde cuándo?

—¿Recuerda usted, señor maestro, cuando dijo aquello de los negros, en primavera, antes del campamento? Entonces todos firmamos que ya no queríamos seguir con usted..., pero yo lo hice solo por presión, porque usted naturalmente que tenía mucha razón con lo de los negros. Y luego, poco a poco, encontré a otros tres que pensaban lo mismo.

—¿Y quiénes son los tres?

—No puedo decirlo. Me lo prohíben nuestros estatutos.

—¿Estatutos?

—Sí, porque hemos fundado un club. Ahora han venido dos más, pero no

son alumnos.

—¿Un club?

—Nos reunimos una vez a la semana y leemos todo lo que está prohibido.

—¡Ajá!

¿Cómo dijo Julio César?

Leen todo en secreto, pero solo para poder burlarse.

Su ideal es la burla, vienen tiempos fríos.

Y pregunto a B:

—Y luego os juntáis todos en vuestro club y os burláis de todo, ¿no?

—¡Oh, no! ¡La burla la tenemos estrictamente prohibida según el artículo 3! Hay algunos que siempre se burlan de todo, por ejemplo T, pero nosotros no somos así, nosotros nos reunimos y luego comentamos todo lo que hemos leído.

—¿Y?

—Y luego hablamos de cómo debería ser el mundo.

Escucho con atención.

¿Cómo debería ser?

Miro a B y se me viene a la cabeza Z.

Dice al presidente: «El señor maestro siempre dice cómo debería ser el mundo y nunca cómo es en realidad».

Y veo a T.

¿Qué fue lo que dijo Eva durante la vista?

«N se cayó. El chico desconocido se inclinó sobre N y lo observó. Luego lo arrastró hasta la zanja».

¿Y qué es lo que ha dicho antes B?

«A T siempre le gusta saber cómo es todo en realidad».

¿Por qué?

¿Solo para poder burlarse de todos?

Sí, vienen tiempos fríos...

—A usted, señor maestro —vuelvo a oír la voz de B—, puede uno contarle

cualquier cosa tranquilamente. Por eso he venido a verle con mi sospecha, para ver con usted qué es lo que se debe hacer.

—¿Por qué precisamente conmigo?

—Ayer en el club, cuando leímos en el periódico su declaración sobre la cajita, todos dijimos que usted es el único adulto que conocemos que ama la verdad.

EL CLUB INTERVIENE

Hoy voy con B a ver al juez de instrucción correspondiente. Ayer su despacho estaba cerrado por la fiesta nacional.

Le cuento al juez de instrucción que B probablemente sepa a quién pertenece la brújula perdida..., pero me interrumpe cortésmente diciendo que el asunto de la brújula ya se ha aclarado. Que se ha comprobado con toda claridad que la brújula le había sido robada al alcalde del pueblo que estaba cerca de nuestro campamento. Probablemente la chica la habría perdido, y si no había sido ella, entonces alguno de su banda, quizá incluso en otro momento en que, por casualidad, hubiera pasado por el futuro lugar de los hechos, porque el lugar de los hechos estaba cerca de la cueva de los ladrones. Que la brújula ya no tenía ninguna importancia.

Así que nos despedimos y B pone cara de desilusión.

«¿Que ya no tiene ninguna importancia?», pienso. Hum, si no fuera por esa brújula B nunca habría venido a verme.

Me doy cuenta de que pienso de forma distinta a como lo hacía antes.

Espero encontrar alguna relación en todo.

Nada tiene ninguna importancia.

Percibo una ley incomprensible...

En la escalera nos encontramos con el abogado defensor.

Me saluda efusivamente.

—Iba a darle las gracias por escrito —dice— porque solo gracias a su

declaración tan osada y brutal me ha sido posible esclarecer esta tragedia.

Además menciona de pasada que Z ya se ha curado radicalmente de su enamoramiento y que a la chica le han dado ataques de histeria y ahora está en el hospital de la prisión.

—¡Pobre gusano! —añade rápidamente y se marcha corriendo para esclarecer nuevas tragedias.

Lo sigo con la mirada.

—La chica me da pena —oigo de repente la voz de B.

—A mí también.

Bajamos las escaleras.

—Habría que ayudarla —dice B.

—Sí —digo yo pensando en sus ojos.

Y en los tranquilos lagos de los bosques de mi tierra. Está en el hospital.

Y ahora también las nubes pasan sobre su cabeza, las nubes de bordes plateados.

¿No me hizo una seña antes de decir la verdad? ¿Y qué dijo T? Ella es la asesina, solo quiere librarse del castigo mintiendo...

Odio a T.

De repente me detengo.

—¿Es verdad —pregunto a B— que me habéis puesto el mote de «Pez»?

—¡Qué va! Eso solo lo dice T... ¡Usted tiene otro completamente distinto!

—¿Cuál?

—Lo llaman el Negro.

Se ríe y yo me río con él.

Seguimos bajando.

De repente vuelve a ponerse serio.

—Señor maestro —dice—, ¿acaso no cree usted también que fue T aun cuando la brújula perdida no fuera de él?

Vuelvo a detenerme.

¿Qué debo decir?

¿Debo decir que es posible, que quizá, que en determinadas circunstancias...?

Y digo:

—Sí. Yo también creo que fue él.

Los ojos de B se iluminan.

—Es que fue él —exclama entusiasmado—, ¡y nosotros lo atraparemos!

—¡Ojalá!

—Haré que en el club se tome la resolución de ayudar a la chica. Según el artículo 7 no estamos ahí solo para leer libros, sino también para vivir de acuerdo con ellos.

Y le pregunto:

—¿Cuál es vuestro lema?

—¡Por la verdad y la justicia![31]

El afán de hacer algo lo lleva a estar completamente fuera de sí.

El club vigilará a T, cada paso, día y noche, y todos los días me harán un informe.

—Muy bien —digo y no puedo dejar de reírme.

También cuando yo era niño jugábamos a los indios.

Pero ahora la selva es diferente.

Ahora la tenemos aquí de verdad.

[31] Es el lema de la Liga de los Derechos Humanos, prohibida por decreto el 23 de febrero de 1933, unos ideales que, por otro lado, tienen una enorme importancia en la producción literaria de Horváth, tal como el propio autor confesó a su amigo, el dramaturgo Franz Theodor Csokor (1885-1969), en una carta fechada el 23 de marzo de 1938.

DOS CARTAS

A la mañana siguiente recibo una carta horrible de mis padres. Están desesperados porque he perdido mi puesto. Que si no pensé en ello cuando conté lo de la cajita de esa forma tan innecesaria y que por qué tuve que contarlo.

Sí, pensé en vosotros. También en vosotros.

Pero tranquilizaos, no nos moriremos de hambre.

«No hemos dormido en toda la noche —escribe mi madre— y hemos estado pensando en ti».

¿Ah, sí?

«¿Qué hemos hecho para merecer esto?», pregunta mi padre. Es un jefe de taller jubilado y ahora tengo que pensar en Dios.

Creo que ya no vive con ellos, aunque van a la iglesia todos los domingos.

Me siento y escribo a mis padres.

«Queridos padres: no os preocupéis, Dios proveerá...».

Me atasco. ¿Por qué?

Ellos sabían que yo no creía en Él y ahora pensarán: «¡Mira, ahora habla de Dios, porque le va mal!».

¡Pero nadie debe pensar eso!

No, me da vergüenza...

Rompo la carta.

¡Sí, aún tengo orgullo!

Y me paso todo el día queriendo escribir a mis padres.

Pero no lo hago.

Vuelvo a empezar una y otra vez, pero no soy capaz de escribir la palabra *Dios*.

Se hace de noche y, de repente, mi casa vuelve a darme miedo.

Está tan vacía...

Me voy.

¿Al cine?

No.

Voy al bar que no es caro.

Allí me encuentro a Julio César, es su local habitual.

Se alegra sinceramente de verme.

—Fue muy respetuoso por su parte decir lo de la cajita, ¡enormemente respetuoso! ¡Yo no lo habría dicho! ¡Mis respetos, mis respetos!

Bebemos y hablamos del proceso.

Le cuento lo del pez...

Me escucha con atención.

—Por supuesto que es el pez —dice. Y luego sonrío—. Si puedo ayudarle a atraparlo, encantado estoy a su disposición, pues yo también tengo mis contactos...

Sí, claro que los tiene.

Nuestra conversación se ve interrumpida constantemente. Veo que a Julio César lo saludan con respeto, muchos se acercan a él a pedirle consejo, porque es un hombre culto y sabio.

Todo es mala hierba.

Ave Caesar, morituri te salutant![32]

Y en mi interior despierta de pronto un anhelo de depravación. ¡Cuánto me gustaría a mí también llevar de alfiler de corbata una calavera que se pueda iluminar!

—¡Tenga cuidado con la carta! —me dice César—. ¡Se le va a caer del

bolsillo!

¡Ay, sí, la carta!

En ese momento César está explicando a una señorita el nuevo artículo de la Ley de Moralidad Pública.

Pienso en Eva.

¿Cómo será cuando sea tan mayor como esa señorita?

¿Quién puede ayudarla?

Me siento en otra mesa y escribo a mis padres.

«No os preocupéis, ¡Dios proveerá!». Y no vuelvo a romper la carta.

¿O la he escrito solo porque he bebido?

¡Da igual!

[32] El historiador romano Suetonio relata en su conocida obra *Vida de los doce Césares* (c. 121 d. C.) que el emperador Claudio organizó en el año 52 d. C. un combate en el que los luchadores, delincuentes ajusticiados, habían de saludarlo con la frase: «¡Salve, emperador! ¡Los que van a morir te saludan!». Claudio respondió con un: «O no», que los luchadores entendieron como un permiso para no luchar, y el emperador se vio obligado a amenazarlos para que lo hicieran.

OTOÑO

Al día siguiente la casera me trae un sobre, lo ha traído un chico de los recados.

Es un sobre azul, lo abro y no puedo por menos de reírme.

El encabezamiento dice: «Primer informe del club».

Y luego pone: «No se ha observado nada en particular».

¡Sí, sí, los valientes del club! ¡Luchan por la verdad y la justicia, pero no pueden observar nada en particular!

Yo tampoco observo nada.

¿Qué hay que hacer para que no la condenen? No dejo de pensar en ella...

¿Es que quiero a la chica?

No lo sé.

Solo sé que me gustaría ayudarla...

He tenido muchas mujeres, pues no soy un santo y las mujeres tampoco son santas.

Pero ahora amo de otra manera.

¿Es que acaso ya no soy joven?

¿Es la edad?

¡Tonterías! Aún es verano.

Y todos los días recibo un sobre azul: segundo, tercer, cuarto informe del club.

No se observa nada en particular.

Y los días pasan...

Las manzanas ya han madurado y por las noches aparecen las nieblas.

El ganado vuelve a casa, el campo está pelado...

Sí, aún es verano, pero ya se esperan nieves.

Quisiera ayudarla para que no pase frío.

Quisiera comprarle un abrigo, zapatos y ropa interior.

No es necesario que se la quite ante mí...

Solo quisiera saber si pueden llegar las nieves.

Aún está todo verde.

Pero no tiene que estar conmigo.

Solo que le vaya bien.

VISITA

Esta mañana he tenido visita. No lo reconocí al instante; era el cura con el que había estado conversando en una ocasión sobre los ideales de la humanidad.

Entró vestido de paisano, pantalones gris oscuro y una chaqueta azul. Me quedé perplejo. ¿Ha colgado los hábitos?

—Se asombra usted —dice sonriendo— de que vaya de paisano, pero es lo que llevo la mayoría de las veces, pues sirvo a fines particulares..., en resumen: el plazo de mi castigo ya ha terminado, pero ¡hablemos de usted! He leído su valiente declaración en los periódicos y hubiera venido antes, pero primero he tenido que conseguir su dirección. Por cierto, ha cambiado usted mucho, no sé qué, pero algo es distinto. ¡Claro, parece usted más sereno!

—¿Más sereno?

—Sí. Y puede usted estar contento de haber dicho lo de la cajita, incluso si ahora medio mundo habla mal de usted. He pensado a menudo en usted, aunque o, mejor dicho, porque me dijo usted entonces que no creía en Dios. Entretanto seguro que ha empezado a pensar de manera diferente sobre Él...

«¿Qué es lo que quiere?», pienso mientras lo observo con desconfianza.

—Tengo algo importante que comunicarle, pero primero respóndame, por favor, a dos preguntas. En primer lugar: ¿es usted consciente de que, incluso si la fiscalía suspendiera el procedimiento contra usted, jamás volverá a dar

clase en ninguna escuela de este país?

—Sí, ya era consciente de ello antes de hacer la declaración.

—¡Eso me alegra! Y ahora en segundo: ¿de qué va a vivir? Supongo que no tiene usted acciones del aserradero, puesto que se puso usted entonces tan claramente de parte de los que trabajan en casa, de los niños de las ventanas..., ¿lo recuerda?

¡Ah, los niños de las ventanas! ¡Me había olvidado de ellos!

Y el aserradero que ya no sierra...

¡Qué lejos queda todo aquello!

Como en otra vida...

Y digo:

—No tengo nada. Y además tengo que ayudar a mis padres.

Me mira perplejo y dice luego, tras una breve pausa:

—Tengo un puesto para usted.

—¿¿Cómo?! ¡¿Un puesto?!

—Sí, pero en otro país.

—¿Dónde?

—En África.

—¿Con los negros?

Se me viene a la cabeza que me llaman el Negro y no puedo por menos de reírme.

Él se queda todo serio.

—¿Por qué le hace tanta gracia? ¡Los negros también son personas!

«¿A quién se lo va a decir usted?», me gustaría preguntarle, pero no digo nada por el estilo, sino que escucho con atención lo que me propone: podría ser maestro en la escuela de una misión.

—¿Tengo que ingresar en una orden?

—Eso no es necesario.

Reflexiono. Hoy creo en Dios, pero no creo en que los blancos hagan felices a los negros, porque les llevan a Dios como un negocio sucio.

Y se lo digo.

Se queda callado.

—Depende únicamente de usted si hace mal uso de su misión para poder hacer negocios sucios.

Escucho con atención.

¿Misión?

—Todo individuo tiene una misión —dice.

¡Exacto!

Tengo que pescar un pez.

Y le digo al cura que iré a África, pero solo cuando haya puesto en libertad a la chica.

Me escucha con atención.

Luego dice:

—Si usted cree saber que lo hizo el chico desconocido, entonces tiene que decírselo a su madre. Su madre debe oírlo todo. Vaya a verla enseguida...

LA ÚLTIMA PARADA

Voy a ver a la madre de T.

El bedel del instituto me ha dado la dirección. Actuó con mucha discreción, porque yo no debería haber pisado el edificio.

No volveré a pisarlo más, me voy a África.

Ahora estoy en el tranvía.

Las casas bonitas van acabándose poco a poco y luego vienen las feas. Atravesamos calles pobres y llegamos al elegante barrio de las mansiones.

—¡Última parada! —exclama el revisor—. ¡Todo el mundo abajo!

Soy el único viajero.

Aquí el aire es significativamente mejor que donde yo vivo.

¿Dónde está el número 23?

Los jardines están cuidados. Aquí no hay enanos de jardín. Ni un ciervo tumbado, ni setas.

Por fin llego al 23.

El portón es alto y no se ve la casa porque el parque es grande.

Llamo y espero.

Aparece el portero, un hombre mayor. No abre la verja.

—¿Qué desea usted?

—Quisiera hablar con la señora T.

—¿Con referencia a qué?

—Soy el maestro de su hijo.

—¡Ahora mismo!

Abre la verja.

Atravesamos el parque.

Tras un abeto negro diviso la casa.

Casi un palacio.

Un criado ya está esperándonos y el portero me deja en sus manos:

—El señor desea hablar con la señora, es el maestro del joven señor.

El criado hace una leve reverencia.

—Eso, por desgracia, va a ser un poco complicado —dice cortésmente—, pues la señora tiene visita en este momento.

—¡Tengo que hablar con ella urgentemente de un asunto muy importante!

—¿No podría usted anunciarse para mañana?

—No. Se trata de su hijo.

Sonríe y hace un mínimo gesto de rechazo.

—Para su hijo la señora tampoco tiene demasiado tiempo. Incluso el joven señor tiene que anunciarse la mayoría de las veces.

—Escuche —le digo mirándole enfadado—, ¡haga el favor de anunciarme inmediatamente o será usted el responsable!

Me mira estupefacto durante un momento, luego vuelve a hacer una leve reverencia:

—Bueno, vamos a intentarlo. ¿Quiere pasar? ¡Disculpe que yo vaya delante!

Entro en la casa.

Atravesamos una magnífica sala y luego subimos una escalera hasta el primer piso.

Una dama baja por las escaleras, el criado saluda y ella le sonríe. Y también a mí.

¿La conozco? ¿Y quién es?

Seguimos subiendo.

—Es la actriz X —me dice el criado al oído.

¡Claro, exacto!

No hace mucho que la he visto. De obrera que se casa con el director de la fábrica.

Es la amiga del plebeyo supremo.[33]

¡Poesía y verdad![34]

—Es una artista divina —afirma el criado, y ahora llegamos al primer piso.

Hay una puerta abierta y oigo reír a unas mujeres. Deben de estar en la tercera habitación, pienso. Toman té.

El criado me conduce hacia la izquierda, a un pequeño salón, y me ruega que tome asiento, que hará todo lo posible a la primera oportunidad que tenga.

Luego cierra la puerta, me quedo solo y espero. Es primera hora de la tarde, pero los días son más cortos.

De las paredes cuelgan viejos grabados. Júpiter e Ío. Amor y Psique. María Antonieta.

Es un salón rosa con mucho dorado.

Estoy sentado en una silla y veo las sillas alrededor de la mesa. ¿Cuántos años tenéis? Pronto doscientos... ¿Quién se habrá sentado en vosotras?

Gente que decía: «Mañana vamos a tomar el té con María Antonieta».[35]

Gente que decía: «Mañana vamos a la ejecución de María Antonieta».

¿Dónde estará ahora Eva?

Ojalá siga en el hospital, allí al menos tiene una cama.

Ojalá siga enferma.

Me acerco a la ventana y miro por ella.

El abeto negro se vuelve cada vez más negro porque ya está oscureciendo.

Sigo esperando.

Por fin la puerta se abre lentamente.

Me vuelvo porque ahora viene la madre de T.

¿Cómo es?

Estoy sorprendido.

No es la madre la que está ante mí, sino T.

En persona.

Saluda cortésmente y dice:

—Mi madre me ha mandado llamar al escuchar que estaba usted aquí, señor maestro. Por desgracia no tiene tiempo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo tiene tiempo?

Se encoge de hombros cansado:

—No lo sé, en realidad nunca tiene tiempo.

Observo al pez.

Su madre no tiene tiempo. ¿Y qué es lo que tiene que hacer? Solo piensa en ella.

Y yo tengo que pensar en el cura y en los ideales de la humanidad.

¿Es verdad que siempre vencen los ricos?

¿No se convertirá el vino en agua?

Y digo a T:

—Si tu madre siempre está ocupada, entonces a lo mejor puedo hablar con tu padre.

—¿Mi padre? ¡Pero si nunca está en casa...! Siempre está de viaje, apenas lo veo. Dirige un consorcio.

¿Un consorcio?

Veo un aserradero que ya no sierra.

Los niños sentados en las ventanas pintando los muñecos. Ahorran luz, porque no tienen luz.

Y Dios anda por todas las calles.

Viendo a los niños y el aserradero.

Y viene.

Está fuera, ante el alto portón.

El viejo portero no le deja entrar.

—¿Qué desea usted?

—Quisiera hablar con los padres de T.

—¿Con referencia a qué?
—Ya lo saben.
Sí, ya lo saben, pero no lo esperan...
—¿Y qué es lo que quiere de mis padres? —oigo de repente la voz de T.
Lo miro.
«Ahora sonreirá», pienso.
Pero ya no sonrío. Solo mira.
¿Sospecha que lo van a pillar?
De repente sus ojos cobran brillo.
El reflejo del horror.
Y digo:
—Quería hablar de ti con tus padres, pero por desgracia no tienen tiempo.
—¿De mí?
Pone una sonrisa maliciosa.
Completamente vacía.
Ahí está el curioso, como un idiota.
Ahora parece estar escuchando algo.
¿Qué es lo que revolotea a su alrededor?
¿Qué escucha?
¿Las alas de la estupidez?
Me marchó de allí a toda prisa.

[33] Horváth hace aquí una alusión a la actriz, fotógrafa y cineasta Leni Riefenstahl (1902-2003), muy favorecida por el nazismo y autora de numerosas producciones propagandísticas del régimen. Muy amiga de Hitler, siempre se sospechó que mantuvo una relación amorosa con él.

[34] Es el subtítulo de la autobiografía de Goethe *Aus meinem Leben. Dichtung und Wahrheit* (*De mi vida. Poesía y verdad*, 1811-1833), que comprende todo el periodo de su infancia y adolescencia hasta que se mudó a Weimar. Como el subtítulo indica, la obra es un juego entre literatura y realidad, entre ficción y verdad.

[35] Las crónicas rosas de la época informan de que los tés de María Antonieta terminaban a menudo en orgías, toda vez que su *maître de plaisir*, el conde de Artois, coronado posteriormente como rey de Francia con el nombre de Carlos X (1757-1836), se contaba

entre los numerosos amantes de la reina.

EL CEBO

En casa hay otra vez un sobre azul. ¡Ajá, el club!

Seguro que siguen sin observar nada en particular... Lo abro y leo:

«Octavo informe del club. Ayer por la tarde T estuvo en el cine Cristal. Al salir habló con una elegante dama que debía de haberse encontrado dentro. Luego fue con la dama a la calle Y, número 67. Al cabo de media hora volvió a aparecer con ella en la puerta de la casa y se despidió de ella. Se dirigió a casa. La dama lo siguió con la mirada, hizo una mueca y escupió ostensiblemente. Es posible que no fuera una dama. Era alta y rubia, llevaba un abrigo verde oscuro y un sombrero rojo. Por lo demás no se observó nada en particular».

No puedo por menos de sonreír con malicia.

Ay, T se pone galante..., pero eso no me interesa. ¿Por qué hizo una mueca?

Por supuesto que no era una dama, pero ¿por qué escupió de esa forma tan ostensible?

Iré y se lo preguntaré.

Porque ahora voy a seguir cualquier pista, hasta la más insignificante, la más absurda...

Si no pica, habrá que pescarlo con una red, con una red de malla muy fina, por la que no se pueda escurrir.

Voy a la calle Y, número 67, y pregunto a la portera por una dama rubia...

Me interrumpe de inmediato:

—La señorita Nelly vive en la puerta 17.

En la casa vive gente humilde, ciudadanos honrados. Y una señorita Nelly.

Llamo a la puerta 17.

Abre una rubia y dice:

—Hola. ¡Pero entra!

No la conozco.

En la antesala está colgado el abrigo verde oscuro, en la mesita está el sombrero rojo. Es ella.

Ahora se enfadará porque solo vengo por una información. Así que le prometo sus honorarios si me responde. No se enfada, sino que desconfía. No, no soy policía, trato de tranquilizarla, solo quiero saber por qué escupió ayer a espaldas del chico.

—Primero el dinero.

Se lo doy.

Se pone cómoda en el sofá y me ofrece un cigarrillo.

Fumamos.

—No me gusta hablar de ello —dice.

Sigue guardando silencio.

De repente empieza a hablar:

—Por qué escupí se explica enseguida: ¡fue sencillamente asqueroso!
¡Repugnante!

Se estremece.

—¿Por qué?

—Imagínese, ¡se reía al hacerlo!

—¿Se reía?

—Se me metió por debajo con toda frialdad y entonces yo me puse tan furiosa que le di una bofetada. Entonces echó a correr hacia el espejo y dijo: «¡No está rojo!». ¡Lo único que hacía era mirar, mirar! Si fuera por mí, no volvería a tocar a ese tipo, pero por desgracia tendré que tener de nuevo el

placer...

—¿De nuevo? ¿Y quién la obliga a ello?

—¡Yo no dejo que me obliguen, la Nelly no! Pero si vuelvo a liarme con ese asqueroso le hago voluntariamente un favor a alguien..., ¡incluso tengo que hacer como si estuviera enamorada de él!

—¿Y con ello le hace un favor a alguien?

—Sí, porque precisamente a ese alguien le estoy muy agradecida.

—¿Quién es?

—¡No, no puedo decirlo! ¡La Nelly no dice eso! Un caballero de fuera.

—Pero ¿qué es lo que quiere ese caballero de fuera?

Me mira perpleja y entonces dice despacio:

—Quiere pescar un pez.

Me levanto de un salto y digo a gritos:

—¡¿Cómo?! ¡¿Un pez?!

Se asusta mucho.

—¿Qué le pasa? —pregunta y aplasta rápidamente su cigarrillo—. ¡No, no, ahora la Nelly no dirá una palabra más! Me parece que es usted un chalado. ¡Vamos, vamos! ¡Venga, adiós!

Me voy y casi me voy dando tumbos, la cabeza hecha un lío.

¿Qué está pasando?

¿Quién es ese caballero de fuera?

EN LA RED

Cuando llego a casa mi casera me recibe preocupada.

—Hay aquí un desconocido —dice—, le está esperando desde hace media hora y tengo miedo, hay algo en él que no es normal.

»Está en el salón.

¿Un desconocido?

Entro en el salón.

Ya ha anochecido y está a oscuras.

Enciendo la luz.

¡Ah, Julio César!

—¡Por fin! —dice iluminando su calavera—. ¡Ahora aguice los oídos, colega!

—¿Qué pasa?

—Tengo al pez.

—¡¿Cómo?!

—Sí. Ya está dando vueltas al cebo, cada vez más cerca..., ¡hoy picará! Venga, tenemos que ir deprisa, los aparejos ya están allí, ¡es la hora!

—¿Qué aparejos?

—¡Ya se lo explicaré todo!

Nos marchamos a toda velocidad.

—¿Adónde?

—A El Lirio.

—¿Adónde?

—¿Cómo se lo diría yo a mi hijo? ¡El Lirio es un vulgar local de variedades!

Anda muy rápido y empieza a llover.

—La lluvia es buena —dice—, cuando llueve pican antes.

Sonríe.

—Oiga —le digo a gritos—, ¿qué es lo que pretende?

—¡Se lo contaré todo en cuanto estemos sentados! ¡Venga, nos vamos a empapar!

—Pero ¿cómo se le ocurre pescar al pez y no decirme nada?

—¡Quería darle una sorpresa, concédame esa alegría!

De repente se detiene, aunque ahora llueve más fuerte y tiene mucha prisa.

Me mira de forma extraña y luego dice despacio:

—Me pregunta usted —y me parece como si acentuara cada palabra—, me pregunta usted por qué pesco al pez. Usted me habló de él hace unos días..., ¿se acuerda? Luego se sentó usted en otra mesa y, de repente, me di cuenta de lo triste que estaba usted a causa de la chica, y en ese momento sentí que tenía que ayudarle. ¿Recuerda que estaba usted sentado a la mesa?... Creo que estaba usted escribiendo una carta.

¡¿Una carta?!

¡Sí, claro! ¡La carta a mis padres!

Cuando por fin fui capaz de superarlo: «Dios proveerá»...

Me tambaleo.

—¿Qué le pasa? ¡Está usted muy pálido! —oigo la voz de César.

—¡Nada, nada!

—¡Ya es hora de tomarse un aguardiente!

¡Quizá!

Llueve y cada vez hay más agua.

Tengo escalofríos.

Durante un instante muy breve veo la red.

N

Casi no es posible encontrar El Lirio, tan oscuros están todos los alrededores.

Dentro no hay mucha más claridad.

Pero sí hace más calor y al menos en el interior no llueve.

—Las damas ya están aquí —dice la dueña al recibirnos señalando el tercer palco.

—¡Bravo! —dice César volviéndose hacia mí—. Pues las damas son mis cebos. Las lombrices, en cierto modo.

En el tercer palco está la señorita Nelly con una camarera gorda.

Nelly me reconoce al instante, pero se calla como de costumbre.

Tan solo ríe molesta.

César se queda perplejo.

—¿Dónde está el pez? —pregunta apresurado.

—No ha aparecido —dice la gorda.

Su voz suena monótonamente triste.

—Me ha dejado plantada —dice Nelly con una dulce sonrisa.

—Ha estado dos horas esperando a la puerta del cine —asiente la gorda resignada.

—Dos y media —le corrige Nelly y, de pronto, ya no sonrío—. Me alegro de que ese asqueroso no haya venido.

—Bueno, bueno —dice César y me presenta a las damas—. Un antiguo

colega.

La gorda me examina y la señorita Nelly mira hacia arriba. Se coloca el sujetador.

Nos sentamos.

El aguardiente quema y calienta.

Somos los únicos clientes.

La dueña se pone las gafas y lee el periódico. Se inclina sobre la barra y parece como si se tapara los oídos.

No sabe nada y tampoco quiere saber nada. ¿Cómo es que las dos damas son lombrices?

—¿Qué es lo que está pasando aquí? —le pregunto a César.

Se inclina hasta estar muy cerca de mí:

—En realidad no quería que usted supiera nada en un principio, apreciado colega, porque se trata y seguirá tratándose de una historia vulgar y usted no debería tener nada que ver con ella, pero luego pensé que tal vez no estaría mal que tuviéramos otro testigo. Nosotros tres, las dos damas y yo, queríamos reconstruir los hechos.

—¿Reconstruir?!

—En cierto modo sí.

—Pero ¿cómo?

—Queríamos que el pez repitiera el asesinato.

—¿Que lo repitiera?

—Sí. Y, por cierto, siguiendo un plan genial y muy antiguo: yo quería reconstruir todo el asunto en una cama.

—¿En una cama?!

—Preste atención, colega —me dice asintiendo e iluminando su calavera—, la señorita Nelly tenía que esperar al pez a la puerta del cine, porque él piensa que ella lo ama.

Se ríe.

Pero la señorita Nelly no ríe con él. Tan solo hace una mueca y escupe.

—¡No escupas aquí! —dice la gorda con una sonrisa maliciosa.

—¡Escupir está prohibido por las autoridades!

—A las autoridades me las... —empieza a decir Nelly.

—¡Nada de política! —la interrumpe César volviéndose hacia mí—. Señor, en este palco nuestro querido pez tendría que haberse emborrachado hasta no poder nadar más, de modo que hubiéramos podido pescarlo incluso con la mano..., luego las dos damas se habrían ido con él al cuarto de atrás por la puerta empapelada. Y tras esto, en consecuencia y en buena lógica, habría sucedido lo siguiente:

»El pez se habría quedado dormido.

»La Nelly se habría tumbado en el suelo y esta chica regordeta la habría tapado con una sábana, exactamente igual que si fuera un cadáver.

»Luego mi querida regordeta se habría abalanzado sobre el pez durmiente y habría chillado bien fuerte: “¡¿Qué es lo que has hecho?! ¡Criaturita, ¿qué es lo que has hecho?!”.

»Y yo habría entrado en el cuarto y habría gritado: “¡Policía!” y le habría dicho sin rodeos que había matado a Nelly en su borrachera, exactamente igual que había hecho en su momento con la otra..., habríamos representado una buena escena y yo le habría dado además un par de bofetadas..., le apuesto, colega, que se habría delatado. Y aunque no hubiera sido más que una palabrita, yo le habría sacado a tierra, ¡yo sí!

No puedo por menos de reírme.

Me mira, casi indignado.

—Tiene usted razón —dice—, el hombre propone y Dios dispone..., cuando nos enfadamos porque uno no pica, es posible que lo tengamos ya removiéndose en la red.

Me estremezco.

¡¿En la red?!

—Sonría, sí —oigo a César—, no para usted de hablar de la chica inocente, pero yo pienso también en el chico muerto.

Escucho con atención.

¿En el chico muerto?

Ah, N..., lo he olvidado por completo.

He pensado en todos, en todos..., incluso en sus padres pienso de vez en cuando, aunque no precisamente con cariño..., pero nunca en él, nunca, no he vuelto a acordarme de él.

¡Sí, ese N!

El que fue asesinado. Con una piedra.

El que ya no existe.

EL FANTASMA

Me marchó de El Lirio.

Voy a casa corriendo y los pensamientos sobre N, que ya no existe, no me dejan en paz.

Me acompañan hasta mi cuarto, hasta mi cama.

¡Tengo que dormir! ¡Quiero dormir!

Pero no me duermo...

Una y otra vez oigo decir a N: «Ha olvidado por completo, señor maestro, que es usted cómplice de mi asesinato. ¿Quién abrió la cajita?... ¿Yo o usted? ¿Acaso no le pedí entonces que me ayudara, señor maestro, porque yo no lo había hecho?... Pero usted quería ajustar las cuentas, ajustarlas bien..., lo sé, lo sé, ¡ya se acabó!».

Sí, se acabó.

Las horas pasan, las heridas quedan.

Los minutos se vuelven cada vez más veloces...

Pasan corriendo ante mí.

El reloj pronto dará la hora.

—Señor maestro —vuelvo a oír a N—, ¿recuerda usted una clase de Historia el invierno pasado? Estábamos en la Edad Media y usted nos contó que el verdugo, antes de empezar la ejecución, siempre pedía perdón al criminal por tener que causarle tan gran dolor, porque una culpa solo se expía con otra culpa.

¿Solo con otra culpa?
Y entonces pienso: ¿acaso soy un verdugo?
¿Tengo que pedirle perdón a T?
Y los pensamientos ya no me dejan...
Me pongo en pie...
—¿Hacia dónde?
—Mejor lejos, bien lejos...
—¡Alto!
Está ante mí, N.
No me deja pasar.
¡No puedo seguir escuchándolo!
No tiene ojos, pero no me pierde de vista.
Enciendo la luz y observo la pantalla de la lámpara.
Está llena de polvo.
No puedo dejar de pensar en T.
Dando vueltas al cebo... ¿o no?
De repente N pregunta:
—¿Por qué piensa solo en usted?
—¿En mí?
—No deja usted de pensar en el pez. Pero el pez y usted, señor maestro, son una sola cosa.
—¿Una sola cosa?!
—Quiere usted pescarlo, ¿no?
—Sí, claro..., pero ¿cómo que él y yo somos una sola cosa?
—Se olvida usted del verdugo, señor maestro..., el verdugo que pide perdón al asesino. En esa hora misteriosa en que una culpa se expía con otra el verdugo se funde con el asesino en un solo ser, el asesino renace en cierto modo en el verdugo..., ¿me comprende usted, señor maestro?
Sí, poco a poco empiezo a comprender...
¡No, ahora no quiero saber nada más!

¿Tengo miedo?

—¿Está usted a punto de pescarlo y le deja que se vuelva a escapar? —oigo decir a N—. Ya está usted empezando a compadecerle...

Cierto, su madre no tiene tiempo para mí...

—Pero también tiene usted que pensar en mi madre, señor maestro, ¡y sobre todo en mí! Incluso si no pesca usted al pez por mí, sino solo por la chica, por una chica en la que usted ya no piensa más...

Escucho con atención.

Tiene razón, ya no pienso en ella...

Desde hace ya muchas horas.

¿Y qué aspecto tiene?

Cada vez hace más frío.

Apenas la conozco...

Claro, claro, una vez la vi entera, pero eso fue a la luz de la luna y las nubes cubrían la tierra..., pero ¿cómo son sus cabellos? ¿Castaños o rubios?

Qué raro, no lo sé.

Todo se aleja flotando...

¿Y en el juicio?

Solo sé que me hizo una seña antes de decir la verdad, pero entonces sentí que tenía que estar allí para ella.

N escucha con atención.

—¿Le hizo una seña?

—Sí.

Y tengo que pensar en sus ojos.

—Pero, señor maestro, ¡ella no tiene los ojos así! Tiene unos ojos pequeños, picarones, intranquilos, no paran de mirar de un lado a otro, ¡auténticos ojos de ladrona!

—¿Ojos de ladrona?

—Sí.

Y de repente se pone extrañamente solemne.

—Los ojos que lo miraron, señor maestro, no eran los ojos de la chica. Eran otros ojos.

—¿Otros?

—Sí.

EL CORZO

En mitad de la noche oigo el timbre.

¿Quién llama?

¿O acaso me he confundido?

¡No, vuelven a llamar!

Salto de la cama, me pongo la bata y salgo de la habitación a toda prisa. Ahí está ya mi casera, adormilada y confundida.

—¿Quién viene? —pregunta preocupada.

—¿Quién es? —grito a través de la puerta.

—¡Brigada de homicidios!

—¡Jesús, María y José! —exclama la casera y se queda horrorizada—.

¿Qué ha hecho usted, señor maestro?

—¿Yo? ¡Nada!

La policía entra..., dos comisarios. Preguntan por mí.

Sí, soy yo.

—No queremos más que una información. Vístase inmediatamente. Tiene que acompañarnos.

—¿Adónde?

—¡Eso después!

Me visto precipitadamente..., ¡¿qué ha ocurrido?!

Luego estoy en el coche. Los comisarios siguen callados.

¿Adónde vamos?

Las casas bonitas van acabándose poco a poco y luego empiezan las feas. Atravesamos las calles pobres y llegamos al barrio de las mansiones elegantes.

Me entra miedo.

—Señores míos —digo—, ¿qué es lo que ha pasado, en nombre de Dios?

—¡Eso después!

Esta es la última parada, nosotros seguimos.

Sí, ahora ya sé adónde lleva este viaje...

El portón alto está abierto, lo atravesamos, nadie nos anuncia.

En el vestíbulo hay mucha gente.

Reconozco al portero y también al criado que me condujo al salón rosa.

A una mesa está sentado un alto funcionario de policía. Y un actuario.

Todos me lanzan miradas inquisitivas y hostiles.

¿Qué delito he cometido?

—Aproxímese —dice el funcionario a modo de saludo.

Me aproximo.

¿Qué quieren de mí?

—Tenemos que hacerle algunas preguntas. Ayer por la tarde quiso usted hablar con la distinguida señora... —Hace una indicación hacia la derecha.

Miro hacia allá.

Allí hay una dama sentada. Con un amplio vestido de noche. Elegante y cuidada..., ¡ah, la madre de T!

Me mira fijamente llena de odio.

¿Por qué?

—¡Vamos, responda! —oigo decir al funcionario.

—Sí —digo—, quería hablar con la distinguida señora, pero por desgracia no tenía tiempo para mí.

—¿Y qué era lo que quería contarle?

Me quedo mudo..., ¡pero no tiene sentido!

¡No, no voy a mentir más!

He visto la red...

—Solo quería decirle a la distinguida señora —empiezo a hablar lentamente — que tengo una sospecha concreta respecto de su hijo...

No sigo, la madre se pone en pie rápidamente.

—¡Mentira! —grita—. ¡Solo él tiene la culpa! ¡Él ha empujado a mi hijo a la muerte! ¡Él, él y nadie más!

Me tambaleo.

¿A la muerte?!

—¿Qué está pasando?! —digo a gritos.

—¡Silencio! —me ordena el funcionario.

Y entonces me entero de que el pez se ha metido en la red. Lo sacaron a tierra y ya no se remueve. Se acabó.

Cuando la madre volvió a casa hace una hora, encontró una nota en su tocador. «El maestro me ha empujado a la muerte», rezaba la nota.

La madre subió corriendo al cuarto de T..., T había desaparecido. Alarmó a toda la casa. Lo revolvieron todo y no encontraron nada. Inspeccionaron el parque gritando «¡T!» y «¡T!» una y otra vez... sin respuesta.

Finalmente lo descubrieron. Cerca de una zanja. Se había colgado allí.

La madre me mira.

No llora.

«No puede llorar», se me pasa por la cabeza.

El funcionario me enseña la nota.

Un trozo de papel roto.

Sin firma.

«A lo mejor había escrito algo más», se me ocurre de repente. Miro a la madre.

—¿Eso es todo? —pregunto al funcionario.

La madre aparta la mirada.

—Sí, eso es todo —dice el funcionario—. ¡Explíquese!

La madre es una mujer hermosa. Su escote es más profundo por detrás que

por delante. Seguro que nunca ha sabido lo que significa no tener nada que comer...

Sus zapatos son elegantes, sus medias tan finas que parece como si no las llevara, pero tiene las piernas gordas. Su pañuelo es pequeño. ¿A qué huele? Seguro que lleva un perfume caro...

Pero no importa con qué se perfuma uno.

Si el padre no tuviera un consorcio, la madre solo olería a sí misma.

Ahora me mira, casi con gesto sarcástico.

Dos ojos claros, redondos...

¿Qué fue lo que dijo T en la confitería?

«Pero, señor maestro, yo no tengo ojos de pez, yo tengo ojos de corzo..., mi madre también lo dice siempre».

¿Acaso no dijo que ella los tenía iguales?

Ya no lo sé.

Miro fijamente a la madre.

¡Espera un poco, corzo!

Pronto nevará y te acercarás a los hombres.

¡Pero entonces yo te haré retroceder!

De vuelta al bosque, donde la nieve mide un metro de alto.

Donde te quedarás escondido de puro frío...

Donde te morirás de hambre en el hielo.

¡Pero mírame, ahora estoy hablando yo!

LOS OTROS OJOS

Y hablo del chico desconocido que ha asesinado a N y cuento que T quería ver cómo viene y se va un ser humano. Nacimiento y muerte, y todo lo que hay en medio quería saberlo al detalle. Quería desentrañar todos los misterios, pero solo para poder estar por encima..., por encima con su desprecio. No conocía espanto alguno, porque su miedo era solo cobardía. Y su amor por la realidad era solo el odio a la verdad.

Y mientras hablo así, me siento de repente maravillosamente ligero, porque T ya no existe.

¡Uno menos!

¿Es que me alegro?

¡Sí! ¡Sí, me alegro!

Porque a pesar de toda la culpa propia por haber hecho mal, ¡resulta adorable y maravilloso destruir a un malvado!

Y lo cuento todo.

—Señores míos —dije—, hay un aserradero que ya no sierra, y hay niños sentados en las ventanas pintando muñecos.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros? —me pregunta el funcionario.

La madre mira por la ventana.

Afuera es de noche.

Parece como si escuchara algo con atención...

¿Qué oye?

¿Pasos?
El portón está abierto...
—No tiene sentido intentar ajustar cuentas —digo y, de repente, oigo mis palabras.
Ahora la madre vuelve a mirarme fijamente.
Y yo me escucho:
—Es posible que yo haya empujado a su hijo a la muerte...
Me quedo mudo...
¿Por qué sonrío la madre?
Sigue sonriendo...
¿Está loca?
Empieza a reírse... ¡cada vez más fuerte!
Le da un ataque.
Grita y solloza...
Solo oigo la palabra *Dios*.
Luego grita:
—¡No tiene sentido!
Tratan de tranquilizarla.
Da golpes a su alrededor.
El criado la sujeta.
—¡Sí sierra, sí sierra! —dice entre lamentos...
¿El qué?
¿El aserradero?
¿Es que ve a los niños en las ventanas?
¿Ha aparecido ese Señor que tampoco tiene en consideración si usted tiene tiempo, distinguida señora, porque va por todas las calles, ya sean grandes o pequeñas?...
Sigue dando golpes a su alrededor.
Entonces se le cae un pedacito de papel... como si alguien le hubiera dado en la mano.

El funcionario lo recoge.
Es un papel arrugado.
El trozo arrancado de la nota en la que ponía: «El maestro me ha empujado a la muerte».
Y aquí T ha escrito por qué lo he empujado a la muerte: «Porque el maestro sabe que yo maté a N. Con la piedra...».
Se hizo un gran silencio en la sala.
La madre parecía derrumbada.
Se quedó sentada y sin moverse.
De repente vuelve a sonreír y me hace una seña.
¿Qué ha sido eso?
No, no ha sido ella...
No han sido sus ojos...
Tranquilos, como los oscuros lagos de los bosques de mi tierra. Y tristes, como una infancia sin luz.
«Así nos observa Dios», tengo que pensar de repente. En una ocasión pensé que Él tenía unos ojos maliciosos, penetrantes... ¡No, no!
Porque Dios es la verdad.[36]
—Di que tú abriste la cajita —vuelvo a oír la voz—. Hazme el favor y no me ofendas...
Ahora la madre se acerca despacio al funcionario y empieza a hablar, bajo, pero resueltamente:
—Yo quería ahorrarme la vergüenza —dice—, pero al mencionar antes el maestro a los niños de las ventanas, pensé que no tenía ningún sentido.

[36] Juan 14, 6: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie llega al Padre, sino por mí».

SOBRE LAS AGUAS[37]

Mañana me marchó a África.

En mi mesa hay flores. Son de la buena de mi casera, a modo de despedida.

Mis padres me han escrito, están contentos de que tenga un puesto y tristes de que tenga que irme tan lejos, a través del ancho mar.

Y además hay otra carta. Un sobre azul.

«Saludos a los negros. El club».

Ayer fui a ver a Eva.

Está contenta de que hayan pescado al pez. El cura me ha prometido que se hará cargo de ella cuando salga de la cárcel.

Sí, tiene ojos de ladrona.

La fiscalía ha anulado el procedimiento contra mí y Z ya está en libertad. Estoy haciendo las maletas.

Julio César me ha regalado su calavera. ¡Pero que no la pierda!

¡Mételo todo, no olvides nada!

¡No te dejes nada aquí!

El negro se va con los negros.

[37] Génesis 1, 2: «La tierra estaba desierta y vacía. Había tinieblas sobre la faz del abismo y el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas».

Epílogo

El 1 de junio de 1938 es en París un día caluroso, opresivo, casi de pleno verano. Como suele ocurrir en días así, el calor bochornoso de la tarde propicia una tormenta, una tormenta con vientos huracanados. Un hombre que tiene miedo a los automóviles camina tranquilo por los Campos Elíseos, esa avenida cuyo nombre transporta directamente al cielo azul de cualquier día parisino, enturbiado hoy por las nubes que se mueven demasiado deprisa. El hombre lleva tres días en la ciudad. Aunque su intención era pasar aquí más tiempo, nada más llegar se ha dado cuenta de que París no va a ser más que una estación intermedia en el viaje que ha de conducirlo a los Estados Unidos, donde ya lo esperan algunos familiares y amigos. El hombre, es escritor, acaba de dar forma al proyecto de una nueva obra que llevará por título su despedida: *Adieu Europa*. El continente ya no resulta seguro, sus libros no agradan a aquellos que han empezado a adueñarse de él. Pero, curiosamente, el escritor no los teme tanto como a las máquinas o a las calles, en las que el peligro acecha en cualquier esquina. El hombre es supersticioso. Una adivina le ha dicho hace unos días: «En París, señor mío, vivirá usted la mayor aventura de su vida». Y el hombre cree que la predicción se ha hecho realidad: los pocos días que lleva en la ciudad parecen haber sido de provecho, pues un productor de cine americano, Robert Siodmak, quiere llevar a la gran pantalla la novela que acaba de publicar tan solo hace unos meses y que ha sido prohibida en Alemania: *Juventud sin Dios* (*Jugend ohne*

Gott). Ese día ha tenido una entrevista con él. El escritor se siente dichoso, pues pensaba que su novela no llegaría demasiado lejos tras su prohibición. Terminada la entrevista la esposa del productor se ofrece a llevarlo a su hotel en coche, pero su miedo a las máquinas lo empuja a rechazar la oferta. Prefiere regresar caminando. En la avenida Marigny un rayo golpea un viejo castaño. Una rama se rompe y cae justamente sobre el hombre, sobre su nuca. Queda tendido en el suelo. Lo llevan rápidamente a una clínica cercana, pero los médicos no pueden hacer nada por él. Su gran amigo Joseph Roth escribe dos días después en el *Journal de Paris*: «Ödön von Horváth, uno de los mejores escritores austriacos de habla alemana, húngaro de nacimiento, falleció anteayer en París, víctima de uno de esos accidentes que solemos calificar como “sin sentido”, porque lo inexplicable nos parece que carece de él».

Sí, el hombre es Ödön von Horváth, el escritor que con solo treinta y siete años de edad ha conseguido situarse ya en lo más alto de la escena literaria del momento. Sus obras de teatro, representadas en los escenarios más importantes de los países de lengua alemana, gozan de una acogida excepcional. Sin embargo, cinco años atrás había tenido que escapar a Viena huyendo de los nazis. Las puertas del teatro alemán se le han cerrado por primera vez y lo mismo sucede después en Austria, en ese fatídico año de 1938, cuando el país se anexiona al imperio de Hitler. Es así como el escritor ha huido de Viena y llegado a París pasando primero por Budapest y luego por Praga. Son territorios que conoce bien, pues toda su vida ha sido en cierto modo un producto del multiculturalismo y de los grandes conflictos centroeuropeos. En el seno de una familia formada por un diplomático austrohúngaro, miembro de la nobleza (la *h* después de la *t* en su apellido es el predicado de nobleza húngaro al que luego añadiría también el *von* alemán) y su esposa, de origen germano-húngaro, descendiente de una familia de médicos militares, los Prehnal, el futuro escritor viene al mundo el 9 de diciembre de 1901 en Fiume, la actual Rijeka, en Croacia. «Soy una mezcla

típica de la vieja Austria: húngaro, croata, checo, alemán, lo único que no puedo ofrecer es ser semita», dice Horváth respecto de su origen geográfico y lingüístico. La multiculturalidad que determina su origen se ve corroborada asimismo por los muchos lugares en los que pasa su breve vida, condicionados en buena medida por el trabajo de su padre, que lo lleva primero de Fiume a Belgrado, Budapest y Múnich, luego a Bratislava y de vuelta a Budapest, para terminar sus años de bachillerato en Viena. Los de universidad los pasa primero en Múnich y después en Berlín, donde estudia Teatro y empieza a componer sus primeras piezas. De una y otra ciudad el joven regresa siempre a Murnau, la pequeña localidad bávara, en la que sus padres se habían asentado algunos años antes y en la que ha podido sentir por vez primera la sensación de tener un hogar, algo que la profesión del padre, unida a los acontecimientos políticos, le ha negado hasta ese momento: «Mi vida empieza con la declaración de guerra. Cuando la llamada Guerra Mundial estalló, yo tenía trece años. El periodo anterior a 1914 lo recuerdo solo como si fuera un aburrido libro de estampas. Todas mis vivencias infantiles las olvidé en la guerra».

Pero lo que el escritor no olvida es su amor por la literatura, que se ve fomentado durante sus años de estudio. No solo compone piezas teatrales en una primera fase de intensivo trabajo muy influida por el estilo del joven Gerhart Hauptmann, cuyas obras lee y estudia en las clases de Hans Heinrich Borchardt, sino también cuentos, un género por el que se siente fascinado durante toda su vida, sobre todo después de escuchar las lecciones de otro de sus profesores en Múnich, Friedrich van der Leyen. Las ideas que recoge en ellas lo impulsan a escribir los que más tarde titula como *Cuentos deportivos (Sportmärchen)*.

Pero los seminarios y las clases más interesantes son para el futuro escritor los que imparte Artur Kutscher, un profesor poco usual, de una didáctica vitalista, que procura tratar en clase los temas más actuales y estimular las amistades con autores. Para él la literatura está no solo en los libros, sino en

el trato cercano con quienes los escriben. Frank Wedekind se cuenta entre sus grandes amigos y su obra entre sus temas preferentes de trabajo, lo cual no deja de granjearle serias dificultades con las autoridades universitarias; y autores y directores de teatro frecuentan con él las aulas. Ernst Toller, Klabund o Erwin Piscator se hacen habituales, y aunque Bertolt Brecht no va con ellos, sí frecuenta después sus tertulias nocturnas. La técnica de este gran dramaturgo deja también una importante huella en el joven estudiante.

Solo una ciudad como Berlín puede darle a los veintitrés años de edad la posibilidad de entrar en contacto con el mundo del teatro de esa forma excepcional. Berlín ofrece inspiración, material, todo el material del que está compuesta la atmósfera política y social de la República de Weimar, en la que es imposible subsistir retirado en una torre de marfil, sin inmiscuirse en cuestiones políticas. Berlín es la capital del joven teatro alemán. Brecht se ha asentado allí; Carl Sternheim y Georg Kaiser continúan con sus provocaciones de antaño; Gerhart Hauptmann y Hermann Sudermann siguen presentes en los escenarios. Ernst Toller, Johannes R. Becher, Klabund y Carl Zuckmayer viven, escriben y representan sus obras en esa ciudad. El atractivo de Berlín es tremendo, también para los novelistas: Carl von Ossietzky ha llegado desde Hamburgo, Erich Kästner de Sajonia, Heinrich Mann y Alfred Döblin también se han asentado allí y hacen de la capital la protagonista de sus obras. La ciudad es un taller en vivo, un espacio creativo de dimensiones inimaginables.

Horváth llega allí a finales de 1924, el año en que ha empezado a escribir sus cuentos, que publica fundamentalmente en periódicos como el *Berliner Zeitung* y la revista satírica *Simplicissimus*. Comparados por la crítica con las *Historias del señor Keuner* de Brecht, el autor critica en ellos la falsa conciencia de los alemanes a través de una visión sarcástica del mundo del deporte con sus exacerbadas exigencias de rendimiento, así como su práctica profesional y los negocios que genera, mientras que la auténtica vivencia deportiva, la actividad física y la sensación de felicidad y bienestar que

produce no desempeñan ya ningún papel. Los cuentos tienen una acogida con la que el autor no ha contado, y ello lo impulsa a seguir escribiendo, a poner sobre el papel por la mañana en forma de diálogo lo que ha leído u oído la noche anterior, incluso las noticias que encuentra en el periódico y que le llaman la atención. Y así, en dialecto bávaro, empieza a escribir textos que él mismo ve como una continuación del género del teatro popular (*Volksstück*), tan del gusto de las zonas meridionales de Baviera y Austria. Es así como en Berlín, con los Alpes siempre como trasfondo, se gestan las *Historias de los bosques de Viena (Geschichten aus dem Wiener Wald)*, que le harían famoso en todo el mundo. Berlín, con todo su esplendor, no llega a convertirse para el escritor en un lugar donde vivir; nunca llega a tener una residencia fija y, en realidad, pasa allí solo temporadas cortas, un par de semanas, para después escapar del ruido y del ajetreo de la gran ciudad y regresar a su hogar, a Murnau. Su primera comedia, *Bellas vistas (Zur schönen Aussicht)*, compuesta en 1926, tiene como modelo precisamente este refugio, un hotel alpino venido a menos, por el que pasan un sinfín de personajes cuya vida gira en torno al dinero y el placer. De este escenario se sirve Horváth para describir con detalle la sociedad en la que vive: un mundo lleno de individuos sin principios, sin metas, sin nada a lo que aferrarse, para los que el amor es una cursilería y a los que, por tanto, no interesa otra cosa que no sea el dinero. Ese mismo año se estrena en Osnabrück *El libro de los bailes (Das Buch der Tänze)*, un texto que el estudiante ha escrito en 1922. Pero la crítica es demoledora, seguramente por la mezcla de neorromanticismo y expresionismo que lo caracterizan, aunque quizá también porque resulta demasiado cursi. Sin embargo, ese acento cursilón es algo tan propio de su escritura que llega a convertirse en una de las características que definirán el conjunto de su obra teatral, pues utilizará ese gusto por la cursilería y por una conciencia claramente cursi y redicha para criticar la falsa conciencia de sus compatriotas durante aquel difícil periodo, bajo la cual se oculta la ideología que llevará finalmente a Hitler al poder. Esta imagen puede verse muy bien

en la pieza titulada *Asesinato en la calle del Moro (Mord in der Mohrengasse)*, compuesta entre 1923 y 1924, y que gira en torno a una familia pequeñoburguesa, los Klamuschke, formada por la madre, los dos hijos, Wenzel y Paul, y Mathilde, la esposa embarazada de este último. A ellos se les unen un tal señor Müller, que pretende a Mathilde, y una vieja prostituta. La pieza tiene un trasfondo policíaco con toques marcadamente expresionistas, a menudo patéticos, pues a Wenzel lo busca la policía por haber asesinado a un joyero. Es otra vez el estilo cursilón de la pieza el que impide que llegue a representarse en vida de su autor, al contrario que la titulada *Revuelta en la cota 3018 (Revolte auf Côte 3018)*, que resulta un nuevo fracaso. El autor no cesa en su empeño y, convencido de su calidad, la revisa y le da un nuevo título, *El ferrocarril de montaña (Die Bergbahn)*, con el que se representa en Berlín en 1929. Con ella encuentra por fin la aprobación de la crítica. Y no es que esta primera pieza de teatro popular deje a un lado el tono cursilón propio de obras anteriores; todo lo contrario, pues el grandioso escenario de los Alpes y una tormenta de nieve de dimensiones gigantescas ofrecen un trasfondo casi más propio de una ópera que de una pieza teatral. La obra, que se desarrolla en un solo día de octubre de 1925, tiene como tema el tendido de un cable que ha de llegar hasta la cota 3018. Sus protagonistas son obreros, de cuya manutención y cuidado se encarga una mujer, y un peluquero, débil de físico y no acostumbrado a las condiciones climatológicas de los Alpes. Cuando este se despeña por un abismo, los obreros inician una revuelta que el ingeniero aplaca disparando sobre ellos. Uno muere en el acto y otro queda tan malherido que han de dejarlo atrás en medio de la tormenta. Lo más llamativo de esta pieza, y a lo que seguramente se debe su éxito, es que ninguno de los personajes coincide con los típicos personajes que pueblan en aquellos años el teatro de agitación y propaganda: no son proletarios con conciencia política ni obreros que acatan todo lo que se les impone, sino todo lo contrario. Esta buena acogida se repite con otras posteriores como *Sladek o el ejército negro (Sladek oder*

Die schwarze Armee), donde el autor critica a las bandas paramilitares que se encargan de eliminar sin más a cualquier sospechoso, o *Noche italiana (Italienische Nacht)*, que gira en torno a una fiesta celebrada por la Asociación para la Defensa socialdemócrata en una pequeña localidad del sur y a las confrontaciones que surgen entre los dos bandos, los conservadores y los revolucionarios, una reacción clara a los resultados de las elecciones que acaban de ganar los nacionalsocialistas y al peligro acechante del fascismo.

Pero son sin duda las *Historias de los bosques de Viena*, estrenadas en 1931, las que afianzan la fama de la que el escritor se ha hecho merecedor ya con el Premio Kleist, uno de los más prestigiosos por aquel entonces, y para el que le ha propuesto ni más ni menos que Carl Zuckmayer. La obra se desarrolla en un entorno pequeñoburgués en la capital austriaca: Marianne se promete con Oskar, un maestro carnicero del barrio, pero en realidad está enamorada de Alfred, quien a su vez rompe su compromiso con Valerie, la dueña de un quiosco, algunos años mayor que él, para irse con ella. Marianne rompe entonces también su compromiso y su padre, propietario de una tienda de juguetes, la echa de casa. Marianne y Alfred viven con su hijo en medio de una gran penuria económica, por lo que se decide a trabajar en un café de variedades y a llevar al niño al campo con la madre y la abuela de Alfred. Pero Alfred abandona a Marianne y esta comete un pequeño robo que la lleva a prisión, al tiempo que Leopold muere por culpa de su abuela. Marianne pierde a Alfred, pierde a su hijo, pierde su vida. Dishonrada y perdida, se casa con Oskar y muere de la muerte más terrible y dolorosa que puede leerse en los textos de Horváth: la lenta muerte del matrimonio sin amor. Aunque la obra está construida como una pieza de teatro popular, con varias parejas y enredos amorosos, poco tiene que ver con la trivialidad al uso en el género en cuanto que juega con los clichés y ridiculiza los falsos sentimientos de los pequeñoburgueses. Pero la muerte, la miseria y las falsas conciencias están presentes a lo largo de toda la obra, son en realidad su *leitmotiv*. Porque estas historias no son una improvisación, sino una suma dramática, el colofón

de una década de escritura, de trabajo escénico que tiene como resultado el equilibrio perfecto entre tristeza y alegría, entre comicidad y tragedia, entre horror y bienestar, entre bondad y maldad, que define la vida de un microcosmos de personajes que han aparecido ya con diferentes ropajes en el mundo literario de su autor, pero ordenados ahora en una constelación perfecta: la de una calle en el distrito VIII de Viena.

A los treinta años de edad el escritor que tiene miedo a las máquinas ha logrado consolidar ya su puesto entre los dramaturgos del momento. Y lo corrobora el hecho de que los éxitos se suceden con muchas otras obras: *Kasimir y Karoline (Kasimir und Karoline)*, *Fe Amor Esperanza (Glaube Liebe Hoffnung)*, *Una desconocida del Sena (Eine Unbekannte aus der Seine)*, *De acá para allá (Hin und Her)*, *Con la cabeza por la pared (Mit dem Kopf durch die Wand)*, *Fígaro se divorcia (Figaro lässt sich scheiden)*, *Un pueblo sin hombres (Ein Dorf ohne Männer)*, *Don Juan vuelve de la guerra (Don Juan kommt aus dem Krieg)* y *El día del juicio final (Der jüngste Tag)*. En igual proporción, como no podía ser de otra forma, se suceden los ataques de los círculos nacionalsocialistas, que no permiten la representación de sus obras en Alemania, por lo que algunas de ellas son estrenadas en Viena y en Zúrich.

A finales de 1933, el año en que Hitler llega al poder, el escritor contrae matrimonio en Viena con la cantante Maria Elsner, un matrimonio casi episódico, que terminará tan solo un año después. A pesar de su miedo a las máquinas y a las calles, el hombre no teme al poder y a comienzos de 1934, con su nuevo pasaporte húngaro, decide volver a Berlín, con la intención de escribir una obra sobre los nacionalsocialistas. Quiere conocerlos en persona y verlos actuar *in situ*. El hombre conoce el peligro: sus libros se han quemado públicamente, su casa de Murnau ha sido registrada en busca de escritos contra el régimen. Pero el hombre quiere volver una vez más a la gran ciudad en la que ha cosechado sus mayores éxitos. Tal vez simplemente quiere verse a sí mismo en una situación límite como las que ahora describe

en sus creaciones, que se han vuelto más austriacas en la dicción, más barrocas en la estructura, menos internacionales y más autobiográficas, mucho más personales. A los escasos personajes que pueblan sus textos se une ahora uno más: él mismo. Ya no se percibe en ellos un espíritu tan europeísta y en lugar del clima urbano y variopinto de los años veinte y principios de los treinta hay ahora un constante sentimiento de estar en el límite, entre dos aguas, entre dos orillas. El mundo es frágil, el suelo que pisan los personajes se quiebra, y todos parecen ya tan solo muñecos sostenidos por unos débiles hilos. Y el autor construye mundos capaces de sustituir la pérdida del mundo real en los que se percibe un claro dominio de los papeles masculinos.

A pesar de sus éxitos en el teatro, el escritor nunca ha dejado de lado la prosa. A menudo sus producciones dramáticas han surgido de algún breve esbozo narrativo. Ahora quiere dedicarle más tiempo, pues ve en esta forma mayores posibilidades de expresión del yo, y se convierte de ese modo en una nueva forma de escritura ahora que los escenarios le han cerrado sus puertas. Pero tampoco su incursión más conocida en el género de la novela, *Juventud sin Dios*, puede ver la luz en Alemania, sino que lo hace en la editorial holandesa Allert de Lange, en la que encuentran voz durante el nacionalsocialismo un sinnúmero de autores exiliados. La obra, que escribe en el verano de 1937 exiliado él también en Henndorf, en las proximidades de Salzburgo, se publica ese mismo año y rápidamente se hace popular incluso en el extranjero, donde verá traducciones a diez idiomas a lo largo de los dos años siguientes. Las referencias a la realidad del nazismo son el elemento central en una obra en la que el autor describe una curiosa mezcla de la Alemania nazi con la Austria prefascista en sus escenarios favoritos. En cuanto a la forma, es probable que el éxito de la obra se deba principalmente al uso de un estilo narrativo directo, en el que el protagonista, el maestro, no se limita exclusivamente a informar al lector, sino que relata en un diálogo consigo mismo, que le permite llegar a él de manera mucho más efectiva. La

mayor efectividad la consigue, sin duda, en el reflejo de la influencia ideológica que el régimen ejerce despiadadamente en los jóvenes a través de la educación. La forma detallada en la que describe cómo la juventud es educada para el racismo y la guerra, describiendo con claridad la metodología empleada para ello, el uso de la radio como medio de comunicación masivo, alcanza una intensidad poco común. El autor muestra la agresividad de la ideología fascista, así como la función integradora que esta cumple de puertas adentro. La propaganda del régimen no admite contradicciones y puede destruir, en aras del buen funcionamiento social, cualquier resistencia de carácter moral o intelectual. La deshumanización es total y el maestro está expuesto a ella hasta el extremo de que, aun consciente de su oposición radical a ello, fracasa al principio ocultando el papel que él mismo ha desempeñado en todo el asunto.

El contexto de culpabilidad en el que aparecen imbuidos todos los personajes de la novela, tanto grandes como pequeños burgueses, sirve también como trasfondo para mostrar a una juventud fría, sin emociones, sin sentimientos, una juventud cuyo ideal es la burla y que, en su indolencia moral, ha dejado ya de creer en Dios. A través de ellos y de sus familias el autor refleja también la división social de la época, con un incremento brutal del paro que hace que los individuos tengan que apañárselas como sea para sobrevivir, incluso utilizando a los niños, y el lujo en el que viven los grandes empresarios y las clases altas de la sociedad. Y todo ello con un lenguaje tan sencillo, tan declaradamente dramático, que resulta desgarrador, puesto que deja al descubierto el lado más íntimo de todos los que participan en la acción. Como es evidente, el protagonista y narrador es quien más al descubierto queda, y no deja de resultar llamativo ver cómo él mismo acaba situándose, tras muchas dudas y vacilaciones, en las filas de los que persiguen al criminal. Ciertamente el final deja un regusto un tanto amargo al ver que la única salida que le queda es la de la emigración, el exilio, y que también a él, como a tantos, las puertas de su país se le cierran sin más.

La misma fortuna que *Juventud sin Dios* corre también su última novela, *Un hijo de nuestro tiempo* (*Ein Kind unserer Zeit*), publicada en la misma editorial a principios de 1938. El protagonista es ahora un soldado, convencido defensor del régimen, que sufre una crisis y asesina al contable que ha cometido un error por el cual han condenado a la cajera del negocio para el que trabaja. Aunque el asesinato parece un accidente, lo acusan y es encontrado culpable. El soldado no ve una salida a su culpa y acaba suicidándose, dejándose morir de frío en medio de la nieve. De esa nieve que tantas veces es símbolo de la muerte, como si de una premonición se tratara.

Ese mismo año Viena deja de ser un territorio seguro. Los amigos del escritor se marchan, unos a Suiza, otros a Polonia. Horváth acepta la invitación de uno de ellos y se dirige a Ofen, poco después a Teplitz-Schönau, a casa de la actriz Lydia Busch, donde se siente muy a gusto. Pero en breve vuelve a ponerse en marcha, recorriendo de nuevo las estaciones de su infancia: Budapest, Belgrado, Trieste, Venecia, Milán, Zúrich. Suiza le entusiasma, y un día en que hace una excursión al cantón de Schwyz en compañía del también escritor Ulrich Becher le dice: «Aquí residiré cuando vuelva de Holanda y escribiré mi próxima novela». Y aquí escribe durante esos días uno de sus textos más hermosos, un diálogo ficticio con su hermano Lajos, en el que el tema del viaje, de la despedida, del anhelo de encontrar un lugar en el mundo, desempeña un papel central. Significativamente la pieza llevará por título *Viaje de prueba a la infancia* (*Probefahrt in die Kinderzeit*). Como si ya no le gustara vivir en el presente, sin saber, sin embargo, que el final está ya demasiado cerca.

Precisamente el final del autor, del hombre que tiene miedo a las máquinas, ha sido el principio de estas líneas. Pero es simplemente el final de su persona, no de su destello, no de su luz. Una luz que aún hoy, en un mundo que se hace día a día más complejo, puede iluminar nuestro camino por él recordándonos en todas sus obras, como decía Lion Feuchtwanger, que «la historia no es más que una repetición». Horváth sigue vivo en sus textos, en

esos textos que nos advierten de la manipulación a la que someten al pueblo aquellos que rigen sus destinos. Y el pueblo, ignorante, aplaude fascinado. Una y otra vez. Y en cualquier lugar del mundo. Del mismo modo que fascina la capacidad del hombre que tenía miedo a los coches y a las calles para hacer que los horrores de la vida hablen en medio del silencio de la muerte.

ISABEL HERNÁNDEZ

Si te ha gustado

Juventud sin Dios

te queremos recomendar

Shakespeare & Cervantes

de *Jorge Carrión*

Jorge Carrión

SHAKESPEARE & CERVANTES

Ilustrado por Javier Olivares



En el primer círculo del Infierno, donde viven las almas de los no bautizados, Dante observa a cinco de los mayores autores clásicos de la

Antigüedad. Homero, Horacio, Ovidio, Lucano y Virgilio conversan, apartados, a la sombra de unos árboles y de su propio prestigio. No están reunidos ahí por casualidad, sino porque Dante los considera sus maestros. Ego tremendo, el autor de esa *Comedia* que rápidamente se convirtió en *Divina* da un paso al frente, se une a ellos, es recibido como uno más y escribe: «Y así, entre tanto ingenio, yo fui el sexto».

Al mismo tiempo que construye la tradición que más le interesa, se sitúa en ella. Dante articula un canon, lo invade, se incorpora a él. Todos los escritores que importan lo han hecho de un modo u otro. Crear una genealogía para pertenecer a ella, ser su último exponente, quien podría pasar el testigo de esa tradición al lector futuro.



Borges dedicó dos de sus mejores cuentos precisamente a dos de esos seis maestros antiguos. Ambos relatos fueron incluidos en el volumen *El Aleph* de 1949. «El inmortal» habla de un Homero que no ha dejado de caminar desde que recitara sus poemas épicos, también inmortales; y «El Aleph» puede leerse como una versión muy libre de *El Infierno*, con su Beatriz muerta y su Borges enamorado y esas escaleras que descienden hacia el sótano donde se encuentra el panóptico absoluto, la mirada de Dios, el Aleph infernal y divino, que por supuesto no podría estar en otra ciudad que no fuera Buenos Aires (y que, por supuesto, ya había sido prefigurado en un pasaje de *Hamlet*, según el epígrafe que abre las puertas del cuento y del averno).

Sendos homenajes, sendas apropiaciones de dos grandes maestros antiguos, se completan con otra pareja de relatos, los que hacen referencia directa a los dos grandes maestros modernos. «Pierre Menard, autor del *Quijote*» es la estratosférica relectura borgeana de la herencia de Cervantes, publicada en 1939 en el libro *El jardín de senderos que se bifurcan*. Y «La memoria de Shakespeare», que comienza con alguien que acepta la memoria del autor de *Macbeth* y acaba con una llamada telefónica y una oferta que nadie podría rechazar («¿Quieres la memoria de Shakespeare?»), es decir, que habla de la transmisión de la cultura en el marco del conflicto entre memoria personal y memoria ajena o incluso artificial, es su memorable despedida del Bardo Inglés. Se trata del último cuento de Borges: lo publicó en 1983 junto con otros textos en un volumen con el mismo título, tres años antes de su muerte en Ginebra.

¿Póquer de ases? Homero, Dante, Cervantes y Shakespeare están presentes también en muchos otros textos, igual de importantes o de relevancia menor, en conferencias y cartas y poemas borgeanos. Entre tan grandes sabios, el quinto fue Borges.

Juventud sin Dios

Juventud sin Dios (Jugend ohne Gott) es un joven docente a quien el director del colegio no le pide que corrija a un alumno si este dice que los negros son infrahumanos, y sí en cambio le recuerda que su obligación es «educar para la guerra». Parte de la acción transcurre en una especie de campamento paramilitar donde se produce un crimen misterioso. "Es una de esas pequeñas joyas. Escrita en 1937, cuando lo peor estaba aún por venir, esta novela inclasificable presenta de manera logradamente atemporal, aespacial e incluso anónima... a un arquetipo que raras veces ha ocupado un papel protagónico". Carlos Fortea (Revista de libros).

El escritor austríaco de origen húngaro **Ödön von Horváth** (1901-1938) considerado como uno de los escritores en lengua alemana más críticos de todos los tiempos. Admirado por Hermann Hesse, Thomas Mann o Joseph Roth y Peter Handke llegó a a escribir un artículo titulado «*Horváth es mejor que Brecht*». Su estilo está marcado por el desconcierto y su nada estilizado sentimentalismo y frases trastornadas, que muestran los brincos y contradicciones de la conciencia. En 1931, fue galardonado junto con Eik Reger con el Premio Kleist.

Título original: *Jugend ohne Gott*

© De la traducción: Isabel Hernández

Edición en ebook: enero de 2019

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-17651-09-1

Diseño de colección: Filo Estudio

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

Juventud sin Dios

PRESENTACIÓN por Franz Werfel

Juventud sin Dios

Los negros

Llueve

Los plebeyos ricos

El pan

La peste

La era de Piscis

El portero

La guerra total

Venus desfilando

Mala hierba

El piloto desaparecido

¡Vete a casa!

En busca de los ideales de la humanidad

El capitán romano

La porquería

Z y N

Adán y Eva

Condenado

El hombre de la luna

El penúltimo día

El último día

Los colaboradores

Proceso criminal Z o N

Velo

En casa

La brújula

La cajita

Expulsados del paraíso

El pez

No pica

Banderas

Uno de cinco

El club interviene

Dos cartas

Otoño

Visita

La última parada

El cebo

En la red

N

El fantasma

El corzo

Los otros ojos

Sobre las aguas

EPÍLOGO, por Isabel Hernández

Promoción

Sobre este libro

Sobre Ödön von Horváth

Créditos

Contraportada

«Nunca se ha expresado tan vivamente el apasionado deseo de aquella juventud de escapar de una atmósfera envenenada por los odios políticos y las pasiones sociales».

STEFAN ZWEIG

Al igual que hizo Michael Haneke muchos años después en *La cinta blanca*, Ódón von Horváth narra en esta prodigiosa novela los orígenes del nacionalsocialismo y cómo la semilla del mal ya estaba presente en los jóvenes y en su educación.

El narrador de *Juventud sin Dios* es un joven profesor a quien el director del colegio le pide que no corrija a un alumno que afirma que los negros son infrahumanos, y le recuerda, además, que su obligación es «educar para la guerra». Los valores patrióticos se inculcan en una especie de campamento paramilitar en el que se producirá un crimen misterioso.

Horváth escribió esta obra en el verano de 1937, exiliado en Henndorf, en las proximidades de Salzburgo, y se publicó ese mismo año, alcanzando rápidamente una gran popularidad, incluso en el extranjero, siendo traducida a diez idiomas en los dos años siguientes. Las referencias a la realidad del nazismo son el elemento central en una obra en la que el autor describe una curiosa mezcla de la Alemania nazi con la Austria prefascista.

Nordicalibros

Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire.



ISBN: PA
ISBN: 978-84-83281-38-0



9 788417 281380

John Steinbeck

El invierno de mi desazón

Traducción de Miguel Martínez-Lage



El invierno de mi desazón

Steinbeck, John

9788417281915

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El invierno de mi desazón es la última novela del autor de Las uvas de la ira y aborda el tema de la confrontación entre el dinero producto del trabajo y el heredado. Una parábola sobre la Norteamérica actual construida con las armas de la vista gorda, la delación y el cohecho, un tema de gran actualidad. Lo que le importa a Steinbeck es la relación entre la honradez y el dinero, y el modo en que el dinero repele cualquier forma de honestidad. Steinbeck se dedica a estudiar qué es lo que hace que un hombre, el empleado y antiguo propietario de una tienda de comestibles, cambie de valores, en apariencia de la noche a la mañana.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Isak Dinesen

EL FESTÍN DE BABETTE

Ilustraciones de
Noemí Villamuza



Nórdicalibros

El festín de Babette

Dinesen, Isak

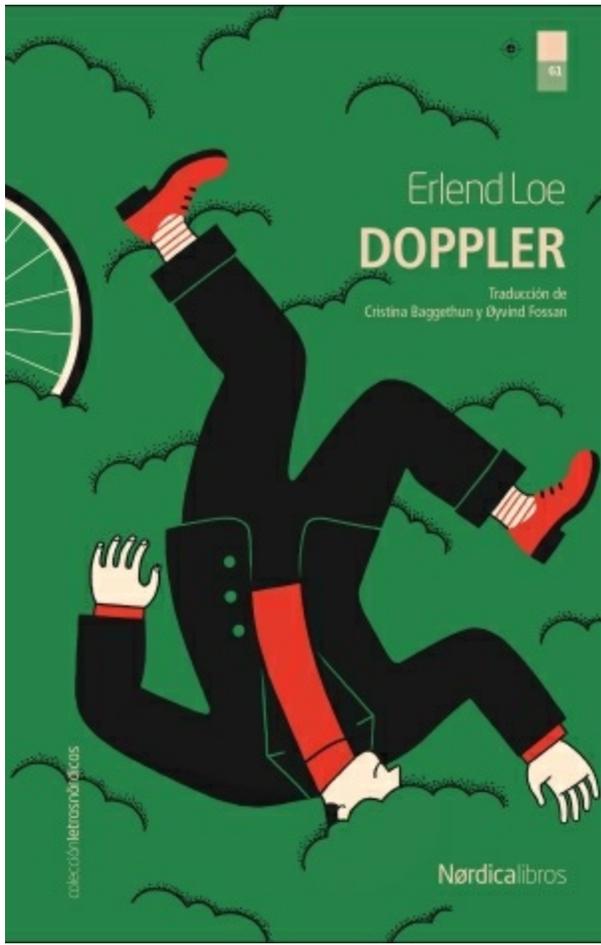
9788416440924

120 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un aislado pueblo de pescadores en la costa danesa, la comunidad practica, en el sentido más estricto, los principios religiosos que el pastor ha predicado durante años. Cuando éste muere, sus dos hijas continúan adelante con su obra y su palabra. En 1871, durante la guerra franco-prusiana, una joven francesa encuentra refugio en el austero hogar de las dos hermanas. Su llegada al pueblo representa la aparición del extraño en el paraíso. A pesar de que la joven convive durante catorce años con ellos, los fieles adeptos a la palabra de Dios la consideran un ente ajeno a la gracia divina. Un día, Babette desea agradecer su hospitalidad ofreciéndoles un banquete en honor del difunto padre...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



61

Erlend Loe
DOPPLER

Traducción de
Cristina Baggethun y Øyvind Fossan

colección nórdica

Nørdicalibros

Doppler

Loe, Erlend

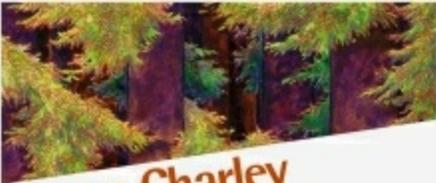
9788417651121

184 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de la muerte de su padre y tras caerse de la bicicleta, Doppler decide abandonar su hogar en Oslo, su trabajo, a sus hijos y a su esposa embarazada, y vivir una vida solitaria en el bosque a las afueras de la ciudad. Se instala en una tienda de campaña, mata un alce para comer, pero luego descubre que este tiene una cría, a la que adopta y le pone el nombre de Bongo. Con el pequeño alce habla del estado del mundo que ha dejado atrás, del consumismo y del mantra del éxito personal. Doppler decide vivir de una forma lo más alejada posible de su vida anterior, recurriendo al trueque e incluso a pequeños hurtos para satisfacer sus necesidades. Esta satírica novela, que fue todo un éxito en Noruega, nos hace reflexionar sobre nuestra sociedad y, con ironía, nos muestra que otro modo de vida es posible.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

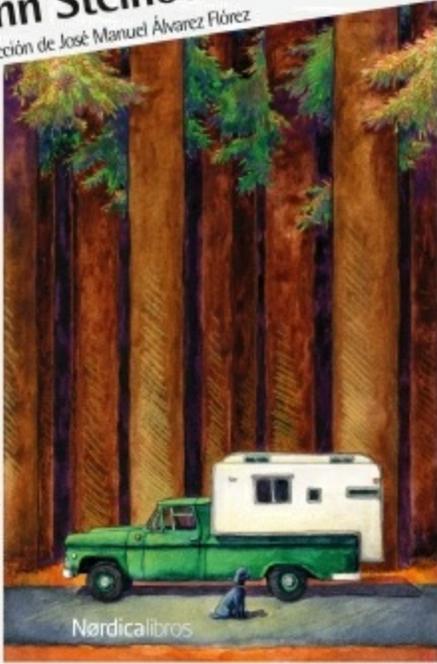


Viajes con Charley
en busca de Estados Unidos

John Steinbeck

Traducción de José Manuel Álvarez Flórez

colección: otros mundos



Viajes con Charley

Steinbeck, John

9788416112319

250 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"Mi plan era claro, conciso y razonable, creo yo. He viajado por diversas partes del mundo durante muchos años. En Estados Unidos vivo en Nueva York, o me voy a Chicago o a San Francisco. Pero Nueva York no es más los Estados Unidos de lo que París es Francia o Londres es Inglaterra. Así que descubrí que no conocía mi propio país. Yo, un escritor estadounidense, que escribía sobre Estados Unidos, estaba trabajando de memoria, y la memoria es, en el mejor de los casos, un depósito defectuoso y deformado. No había oído el habla del país, ni olido la hierba ni los árboles ni las alcantarillas, ni visto sus cerros ni sus aguas, ni su color ni la calidad de su luz. Sabía de los cambios sólo por los libros y los periódicos. Pero, aparte de eso, llevaba veinticinco años sin sentir el país." En 1960, Steinbeck, acompañado por su perro Charley, recorrió más de 16.000 kilómetros a lo largo de treinta y cuatro estados a bordo de su autocaravana Rocinante. Durante el viaje conversó con camioneros y campesinos, sintiendo los miedos y las esperanzas de sus compatriotas. Este delicioso libro, que llegó a ser Número Uno en ventas en su país, fue publicado poco antes de recibir el Nobel en 1962. "Pura delicia; un maravilloso viaje por Estados Unidos en el que Steinbeck estudia nuestros paisajes y también a sí mismo, analizando las dificultades emocionales de hacerse viejo." *The New York Times Book Review*

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La bendición de la tierra

Knut Hamsun

Traducción de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo



colección electrónica

Nordica libros

La bendición de la tierra

Hamsun, Knut

9788416440399

380 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Aclamado por Isaac Bashevis Singer como "el padre de la literatura moderna", Knut Hamsun inspiró, de hecho, a autores de la talla de Thomas Mann, Maksim Gorki, Franz Kafka y Hermann Hesse, y se hizo merecedor del Premio Nobel de Literatura en 1920 por *La bendición de la tierra*, "una obra monumental" en palabras de la Academia Sueca. Esta novela, de una insuperable precisión expresiva, narra la historia de Isak, un hombre de campo, grande y fuerte, y de su mujer, Inger. Ambos, con su trabajo y fuerza de voluntad, se abren camino en una tierra que, en principio, les es hostil. Trabajan de sol a sol, cuidan de sus hijos y tratan de hacer lo correcto. Hamsun, en este canto a la vida rural y a esos primeros colonos que, con su esfuerzo, poblaron Noruega, critica el progreso, a la vez que idealiza la vida en contacto con la naturaleza y con esa tierra que, para él, es la base de la fuerza del hombre.

[Cómpralo y empieza a leer](#)